Guiar con conocimiento

Metodología y orientación
para los que invitan al Islam



Abdul-Wahhab al-Turayri

Guiar con conocimiento

Metodología y orientación para los que invitan al Islam

Abdul-Wahhab al-Turayri

Traducción de Isa García

Introducción

A mis hermanos, los imames y predicadores en toda tierra y bajo todo cielo:

La paz, la misericordia y las bendiciones de Dios sean con ustedes. Un saludo bendito y puro que proviene de Dios.

He tenido la dicha de visitar centros islámicos en tierras de predicación y en lugares donde residen los llamados a difundir el mensaje. He sido testigo de su dedicación y sus logros, los cuales llenaron mi espíritu de admiración y mi corazón de sincera alegría por ellos. Son la continuidad histórica del llamado de los profetas y de los predicadores entre los compañeros del Mensajero de Allah; forman parte de una caravana que se extiende a lo largo del tiempo, generación tras generación, en la que Dios escoge en cada época a sus mejores hombres para que sean portadores de Su religión y transmisores de Su mensaje.

En cada encuentro con ellos sentía que renovaba mi energía espiritual y fortalecía mi ánimo, pues muchos de estos hermanos representan un modelo de entrega total, dedicación constante y profundo gozo por el servicio y el logro.

En el entusiasmo de tales encuentros compartía con ellos algunas reflexiones surgidas del momento, y escuchaba también valiosas aportaciones de su parte. Consideré oportuno reunirlas en estos breves puntos, como una carta de

recordatorio y consejo mutuo: una invitación a reafirmar lo ya mencionado y a recordar lo que pudiera haberse omitido. Espero, asimismo, que quienes lean estas páginas me enriquezcan con sus observaciones, ya sea mediante aportes o correcciones.

Ruego a Dios que nos cuente entre quienes cooperan en la rectitud y la piedad, entre quienes se exhortan mutuamente a la verdad y a la paciencia, y que bendiga a nuestros hermanos predicadores, fortalezca su labor y les conceda éxito en sus esfuerzos. Él es quien guía y concede el acierto en el camino recto.

Abdul-Wahhab al-Turayri

Başakşehir — Estambul

29/8/1445 H.

Capítulo I

La Da’wah

La divulgación o prédica

La universalidad del mensaje

El Profeta Muhámmad ﷺ proclamó su llamado en La Meca, un valle situado en el extremo de la península arábiga, lejos de los grandes centros del mundo de entonces. Sin embargo, desde el primer día declaró que su mensaje era para toda la humanidad. El Corán se dirige diciendo: **"¡Oh, seres humanos!" (Corán, 2:21)**. No dice: "¡Oh, árabes!" ni "¡Oh, gente de Quraish!", sino **"¡Oh, seres humanos!"**. Este lenguaje constituye, por sí mismo, una señal de la autenticidad profética, pues ningún ser humano en una región tan apartada podría imaginar que su llamado alcanzaría a toda la humanidad, de no tratarse de una revelación divina.

Desde los primeros pasos de su misión, personas de diversas etnias y orígenes respondieron a su mensaje. Entre quienes abrazaron el Islam en La Meca se encontraban Abu Bakr, 'Alí y Jadiya, de origen árabe; Bilal y Umm Ayman, provenientes de Abisinia; Suhaib el Bizantino, de tierras romanas; y Salim, de origen persa. Esta diversidad étnica desde los inicios definió claramente la identidad universal del mensaje: una invitación dirigida a todos los pueblos y naciones.

Más adelante, en Medina, el Profeta ﷺ contó entre sus compañeros con cerca de ciento veinticinco hombres no árabes, procedentes de Abisinia, Egipto, Persia, el Imperio romano y otras regiones. Ello reafirma el carácter universal de esta misión, como un mensaje de Dios para toda la humanidad.

El Profeta ﷺ dirigió también cartas a los gobernantes del mundo de su tiempo: a Heraclio, emperador de Bizancio; a Cosroes, rey de Persia; al Muqawqis, líder de Egipto; y al

Negus, rey de Abisinia. Todo ello porque este mensaje es misericordia para el universo entero: **“No te he enviado [¡Oh, Muhámmad!] sino como misericordia para todos los seres” (Corán, 21:107).**

Hoy ustedes, predicadores en cada rincón del planeta, hacen realidad esa universalidad en los países donde se encuentran y entre las comunidades a las que sirven. Bienaventurados sean por haber sido escogidos para tan noble responsabilidad.

Si observamos la trayectoria histórica de la comunidad islámica, advertimos que el servicio al Islam nunca fue exclusivo de un solo pueblo, ni siquiera del árabe. Aunque los árabes llevaron el mensaje en sus inicios, otras naciones compartieron la responsabilidad y desempeñaron un papel fundamental en la construcción de la civilización islámica.

Entre los persas surgieron grandes sabios dedicados a preservar y transmitir la tradición profética. Entre los bereberes se formaron ejércitos que defendieron al mundo islámico frente a invasiones externas. Tras la caída del califato abasí, líderes circasianos —conocidos como los mamelucos— asumieron la dirección política y militar. Posteriormente, los turcos establecieron el Estado islámico bajo su liderazgo.

Numerosos pueblos abrazaron el Islam por convicción y amor, no por imposición militar ni por interés material, como ocurrió en amplias regiones de África y del sudeste asiático. De esas comunidades surgieron predicadores, eruditos y portadores del mensaje.

Así, múltiples pueblos participaron en el servicio al Islam, y distintas ciudades se convirtieron en centros de irradiación

cultural y espiritual: Medina en el Hiyaz; Kufa y Bagdad en Irak; Damasco en el Levante; El Cairo en Egipto; Tombuctú en Malí; Herat en Afganistán; Hyderabad en la India. Algunos pueblos adoptaron tanto el Islam como la lengua árabe; otros abrazaron el Islam manteniendo sus propias lenguas y culturas, como turcos, kurdos, malayos y pueblos de los Balcanes. El Islam se convirtió en la identidad común que los unió.

Por ello, cuando difundes el mensaje del Mensajero de Dios ﷺ en cualquier rincón del mundo, no sabes si aquella nación será una comunidad destinada a desempeñar un papel decisivo en el futuro del Islam.

Recuerdo que, al visitar América del Sur y observar la disposición espiritual de sus pueblos hacia la fe —y particularmente hacia el Islam— pensé: quizás esta nación latinoamericana sea una comunidad reservada para el Islam. Tal vez este continente constituya uno de los próximos escenarios de su expansión. No sabemos en qué lugar germinará el árbol del Islam, extenderá sus raíces y desplegará sus ramas.

La responsabilidad frente al Islam

Cuando Malik ibn al-Huwairiz acudió al Profeta ﷺ junto a un grupo de jóvenes de su tribu, permanecieron con él veinte noches en lo que podría describirse como un curso intensivo de formación. El Profeta ﷺ, conocido por su gentileza y compasión, al notar que los jóvenes extrañaban a sus familias, conversó con ellos sobre sus seres queridos y, finalmente, les dijo:

"Regresen a sus hogares; permanezcan entre los suyos, enséñenles, exhórtenles, y oren como me han visto orar".[1]

De este modo, todo aquel que conocía al Profeta ﷺ y regresaba a su pueblo se convertía en su embajador y transmisor del mensaje, aunque su tiempo en el Islam hubiese sido breve. Él animaba constantemente a difundir la enseñanza, diciendo: "Transmitan de mí, aunque sea un versículo"[2] y "Que el presente transmita al ausente".[3]

En la invitación al Islam, cuando una persona abraza la fe, es fundamental sembrar en su corazón el sentido de responsabilidad hacia la religión y hacia su difusión. Quien ha sido guiado asume la responsabilidad de invitar a otros, de contribuir a la orientación de la humanidad hacia el camino recto. Así lo inculcaba el Profeta ﷺ a sus compañeros desde el momento mismo en que aceptaban el Islam.

Por esta razón, nadie abrazaba el islam sin sentir que entre sus responsabilidades estaba invitar a los demás hacia Al-lah y transmitir el mensaje del islam. Un ejemplo de ello es el hadiz de Dimām ibn Za'labah, quien acudió ante el Profeta —ﷺ— y le preguntó acerca del islam. Le dijo:

"Te pregunto por tu Señor y el Señor de quienes te precedieron: ¿Acaso Al-lah te ha enviado a toda la humanidad?"

Dijo — ﷺ —: "¡Te juro por Al-lah que sí!".

Dijo: "Jura por Al-lah: ¿Acaso Al-lah te ordenó que realicemos las cinco oraciones en el día y la noche?".

Dijo — ﷺ —: "¡Te juro por Al-lah que sí!".

Dijo: "Jura por Al-lah: ¿Acaso Al-lah te ordenó que ayunemos este mes del año?".

Dijo — ﷺ —: "¡Te juro por Al-lah que sí!".

Dijo: "Jura por Al-lah: ¿Acaso Al-lah te ordenó que tomes esta caridad de nuestros ricos y la distribuyas entre nuestros pobres?".

Dijo — ﷺ —: "¡Te juro por Al-lah que sí!".

Dijo: "Jura por Al-lah: ¿Acaso Al-lah te ordenó que quien tenga capacidad peregrine a esta Casa?".

Dijo — ﷺ —: "¡Te juro por Al-lah que sí!".

Por ello, nadie abrazaba la fe sin sentir que la invitación a Dios formaba parte esencial de su compromiso.

Un ejemplo elocuente es el relato de Dimmam ibn Za'laba, quien interrogó al Profeta ﷺ acerca de los pilares fundamentales del Islam. Tras confirmar cada uno de ellos, declaró: "Atestiguo que no hay divinidad sino Dios y que tú eres el Mensajero de Dios. Cumpliré estas cinco obligaciones; no añadiré ni disminuiré nada".[4]

Cabe preguntarse: ¿entendió que la invitación a Dios quedaba fuera de ese compromiso? ¿O comprendió que la responsabilidad de transmitir la fe forma parte intrínseca de aquello que había aceptado?

Cuando observamos el caso de Dimmam ibn Za'laba, vemos que regresó a su tribu y les explicó el error de adorar ídolos, proclamando que sólo Dios merece adoración y que el Mensajero había venido con la verdad. Su pueblo aceptó el Islam en su totalidad. Tanto fue así que 'Abd Allah ibn 'Abbas —que Dios esté complacido con ambos— dijo: "No hemos sabido de ningún emisario de un pueblo que haya sido mejor que Dimmam ibn Za'laba".[5]

Bastó que se encontrara con el Profeta ﷺ y aceptara el Islam para que sintiera el peso de su responsabilidad hacia él. Esa es la conciencia que debería despertar en todo nuevo creyente.

Un hombre que vino desde el extremo de la ciudad

No conocemos otra aldea a la que hayan sido enviados sucesivamente varios mensajeros, reuniéndose todos en ella para proclamar su llamado, confirmándose mutuamente y dando testimonio unos de otros, salvo aquella comunidad cuyo relato Dios nos narra en el Corán.

Dios les envió dos mensajeros; ellos los desmintieron. Entonces envió un tercero para respaldarlos y dar testimonio de su veracidad. Aun así, los rechazaron diciendo:

"Ustedes no son más que seres humanos como nosotros. El Misericordioso no ha revelado nada, ustedes son tan solo unos mentirosos" (Corán, 36:15).

¡Tres mensajeros unidos en una misma aldea proclamando la advertencia! Y las aldeas antiguas no eran grandes centros poblacionales. Sin embargo, sólo un hombre creyó en su mensaje: un hombre que vivía en el extremo de la ciudad.

Escuchó la invitación y respondió a ella cuando reconoció en ella las señales de la verdad y la autenticidad. Cuando la fe se asentó en su corazón, esa verdad interior lo impulsó; no pudo permanecer en silencio ni encerrarse en su casa con su convicción mientras veía a su alrededor el extravío y la negación.

Corrió desde el extremo de la ciudad para cumplir con su deber, llevando la verdad que había arraigado en su conciencia. No parece que fuera un hombre de prestigio o poder, ni que gozara de influencia o protección tribal. Lo movía únicamente la fe viva en su interior.

Llegó proclamando:

“¡Oh, pueblo mío! Sigan a los Mensajeros. Sigan a quienes no les piden retribución alguna [por transmitirles el conocimiento], y están bien guiados” (Corán, 36:20-21).

Luego les habló de sí mismo, de las razones de su fe, apelando a la naturaleza humana que había despertado en él, esperando que también despertara en ellos:

“¿Cómo no iba a adorar a Quien me creó, si ante Él comparecerán? ¿Acaso iba a tomar, en lugar de Él, a ídolos que, si el Compasivo decretara alguna adversidad para mí, su intercesión de nada me valdría ni podrían protegerme? Si lo hiciera, estaría en un error evidente” (Corán, 36:22-24).

Les recordó que Dios es su Creador y que a Él retornarán; por lo tanto, sólo Él merece ser adorado.

Finalmente, con firmeza frente a la oposición, declaró:

“Escúchenme, yo he abrazado la fe en su Señor”. [Pero su pueblo lo mató]” (Corán, 36:25).

Pronunció así su palabra de fe con plena convicción, invitándolos implícitamente a hacer lo mismo.

El Corán nos traslada entonces de la vida terrenal a la otra vida: de la estrechez de la tierra a la amplitud del Paraíso, de la opresión de la falsedad a la serenidad de la verdad, de la amenaza injusta a la paz del gozo eterno.

Vemos a este creyente, tras reunirse con su Señor y contemplar aquello en lo que había creído, ingresar al Paraíso y recibir el perdón y el honor divinos. Aun allí, recuerda a su

pueblo con corazón puro y satisfecho, deseando que supieran lo que Dios le ha concedido:

"Entonces le fue dicho: "Ingresa al Paraíso". Dijo: "¡Ojalá mi pueblo supiera que mi Señor me perdonó mis faltas y me honró [con la bienaventuranza]!"." (Corán, 36:26-27)[6]

¿No deberían nuestras miradas reflexivas detenerse en este hombre, a quien el Corán honra relatando más de sus palabras que de las de los propios mensajeros? Nos acompañó en su vida terrenal y contemplamos su destino eterno.

No dijo: "¿De qué servirá mi llamado si ya hay tres profetas en mi pueblo?". No buscó excusas. Corrió con urgencia y habló con pasión. Es la imagen de la prontitud, del compromiso ferviente y del rescate apasionado.

Del mismo modo actuaron los genios que escucharon el Corán del Profeta ﷺ. Cuando oyeron la recitación, dijeron: *"Guarden silencio"*.

Y cuando concluyó, regresaron de inmediato a su pueblo como advertidores:

"Y cuando envié [¡Oh, Muhámmad!] a un grupo de yinn para que escucharan la recitación [del Corán]. Cuando llegaron dijeron [a sus compañeros]: "¡Guarden silencio [para que podamos escuchar]!" Y luego que culminaste [con la recitación], retornaron a su pueblo para advertirles. Dijeron: "¡Oh, pueblo nuestro! Hemos oído un Libro revelado después de Moisés, que corrobora los Mensajes anteriores y guía hacia la Verdad y el camino recto. ¡Oh, pueblo

nuestro! Si obedecen al Mensajero de Dios y creen en él, su Señor les perdonará sus faltas y los salvará de un castigo doloroso" (Corán, 46:29-31).

Estos genios engrandecieron el Corán y lo escucharon con atención; y cuando el Profeta ﷺ concluyó su recitación, partieron de inmediato apresurándose hacia su pueblo.

Así como el hombre llegó corriendo desde lo más lejano de la ciudad, estos genios virtuosos también se apresuraron hacia su pueblo como advertidores inmediatamente después de escuchar el Corán.

No hubo demora entre escuchar y transmitir. No dejaron la responsabilidad a otros. Todos asumieron el deber de advertir.

Estos dos escenarios coránicos —el hombre que vino desde el extremo de la ciudad y los genios que regresaron a su pueblo— representan la iniciativa en la invitación a Dios, la prontitud en asumir responsabilidades y la eliminación de excusas.

Mejor para ti que los camellos rojos

Jaibar era el granero del occidente de la península arábiga: sus valles estaban cubiertos de palmerales y sus fortalezas guardaban riquezas de oro y plata. Sus habitantes habían conspirado contra el Profeta ﷺ, incluso instigando la coalición enemiga en la batalla del Foso.

El Profeta ﷺ marchó hacia sus fortalezas para desactivar su amenaza. Sin embargo, pese a sus actos hostiles y a sus enormes riquezas, hubo algo más fuerte que el deseo de venganza o la ambición material: el anhelo de su guía.

Entregó el estandarte a ʻAlí —que Dios esté complacido con él— y le dijo: "Avanza con calma hasta llegar a su territorio; luego invítalos al Islam e infórmales de lo que les corresponde. Por Dios, que Dios guíe por medio de ti a un solo hombre es mejor para ti que poseer los camellos rojos".[7]

Los camellos rojos eran el bien más valioso entre los árabes, símbolo de riqueza suprema. Sin embargo, la guía de una sola persona vale más que las mayores fortunas.

Tal vez Dios abra, a través de ti, el corazón de una sola persona; y esa persona, a su vez, guíe a otros cuyo número sólo Dios conoce. Recibirás la recompensa de todos ellos a lo largo de generaciones. ¡Cuántos predicadores reposan ya en sus tumbas mientras las obras de quienes guiaron continúan multiplicándose!

A veces, tu invitación es el puente hacia logros mayores que los tuyos propios. Todo ello es gracia divina.

Basta al predicador saber que Dios describió su palabra como la mejor de las palabras:

“Quién puede expresar mejores palabras que aquel que invita a la gente a creer en Dios, obra rectamente y dice: “¡Yo soy de los musulmanes!”.” (Corán, 41:33)

La invitación a Dios es la herencia de los profetas. Quien sigue ese camino participa de su legado más noble.

La vida es da'wa y la da'wa es vida

Cuando contemplamos los últimos instantes del Profeta ﷺ en esta vida —momentos de la dureza de la muerte y de sus agonías— advertimos que dedicó sus últimas exhalaciones y sus segundos finales, aun atravesando la intensidad de ese trance, a dirigir una exhortación a su comunidad. De hecho, entre sus últimas palabras estuvo este llamado: "La oración, la oración; y cuiden a quienes están bajo su responsabilidad"[8]. Lo repitió una y otra vez hasta que su aliento se extinguió con esas palabras.

Si el Profeta ﷺ no escatimó consejo ni exhortación en una circunstancia tan extrema, ¿qué podríamos esperar de él en los momentos de amplitud, tranquilidad y plenitud de su vida?

Vivía en un estado constante de alerta y compromiso con la da'wah: **su vida era da'wah, y su da'wah era vida**. Por eso lo encuentras predicando en su reunión, predicando desde el púlpito, predicando en el camino que recorría, predicando en el mercado al que entraba, predicando incluso mientras comía.

Anas —que Dios esté complacido con él— relata: "Nos sentamos con el Profeta ﷺ a comer. Le acercaron la paletilla del animal, que era la parte que más le gustaba. Dio un bocado y dijo: 'Yo seré el señor de la humanidad el Día de la Resurrección'". Guardamos silencio. Luego tomó otro bocado y repitió: 'Yo seré el señor de la humanidad el Día de la Resurrección'. Y al ver que sus compañeros no preguntaban, dijo: '¿No van a decir: "¿Cómo?"'. Dijimos: "¿Cómo, Mensajero de Dios?". Entonces explicó: "Dios reunirá el Día de la Resurrección a los primeros y a los últimos en una sola

explanada; el pregonero los hará oír, y la vista los alcanzará…”[9] y continuó con el extenso relato de la intercesión, uno de los más largos en Sahih al-Bujari.

¿Dónde contó este relato? En la mesa, mientras comía. Lo más probable es que eligiera ese momento porque había personas presentes que necesitaban comprenderlo directamente de él. Podría haberlo expuesto en un sermón del viernes o en otra ocasión pública, pero observa el modo pedagógico y atractivo con el que lo introdujo: “¿No van a decir: ‘¿Cómo?’”.

También montaba en un asno, con Mu‘adh sentado detrás, y aun así no dejaba que el trayecto pasara sin convertirlo en una oportunidad de enseñanza. Le dijo a Mu‘adh: “Oh, Mu‘adh: ¿sabes cuál es el derecho de Dios sobre Sus siervos y cuál es el derecho de los siervos sobre Dios?” Mu‘adh respondió: “Dios y Su Mensajero saben mejor”. El Profeta ﷺ dijo: “El derecho de Dios sobre Sus siervos es que Lo adoren y no Le asocien nada; y el derecho de los siervos sobre Dios es que no castigue a quien no Le asocia nada”.[10]

Observa: iban montados en el camino, y aun así convirtió la distancia en una escuela y la marcha en una lección.

Por eso, el predicador procura no dejar escapar ninguna oportunidad. Quien se sienta junto a ti en un avión; a quien visitas en su trabajo o te visita en el tuyo; a quien encuentras en un espacio público o en una reunión privada: cada uno es una oportunidad que conviene aprovechar.

No es necesario abrir con alguien “todo el proyecto” de la da’wah desde el comienzo hasta el final. Lo esencial es sembrar una semilla: entregarle un folleto, plantearle una pregunta, decirle: “Este tema me importa y creo que también

podría importarte"; invitarlo a visitar la mezquita, o a asistir a encuentros de su comunidad, y así sucesivamente.

Así procuras que cada persona que encuentras forme parte —aunque sea mínimamente— de tu horizonte de bien: cada ocasión para decir una palabra buena o invitar a un bien debe aprovecharse. El Profeta ﷺ, que gastó por nosotros sus últimos alientos, nos enseñó con ello que nuestras propias respiraciones y momentos de vida deben convertirse en un campo de acción para nuestra llamada y nuestro mensaje.

Un predicador en las profundidades de la prisión

Las pruebas se suceden: la injusticia de sus hermanos, la caída a la condición de esclavitud después de la dignidad de la libertad y el amparo familiar; luego una acusación falsa, una calumnia atroz contra su honor; y finalmente el encarcelamiento injusto, con mentira y difamación, pese a su pureza e inocencia.

En prisión se fue formando la relación entre él y los demás reclusos. Su trato noble, su rectitud y su bondad los atrajeron hacia él. Por eso acudían a consultarle sobre lo que les importaba, y le pidieron interpretación de un sueño que habían tenido.

Uno de ellos soñó que exprimía vino; el otro soñó que llevaba pan sobre su cabeza y que las aves comían de él. Ambos le pidieron que interpretara sus sueños, con gran ansiedad por conocer su significado.

En la vida de los presos, los sueños suelen convertirse en un evento central: una novedad dentro de una existencia detenida y monótona. Tal como dijo un poeta:

"Nos alegran los sueños, pues casi toda nuestra conversación al amanecer gira en torno a los sueños".

Él aprovechó esa expectativa y esa urgencia. Primero, reforzó la confianza en su conocimiento: les explicó que Dios le había concedido un saber mediante el cual podía interpretar no sólo los sueños, sino también los hechos, al punto de poder anunciar lo que ocurriría antes de que ocurriera. Incluso podía decirles cuál sería la comida que les llegaría antes de

que se la trajeran —y ese era, casi, el único acontecimiento verdaderamente nuevo en la rutina carcelaria.

Luego aclaró que ese conocimiento era un don divino, no adivinación ni brujería, diciendo: **"es algo que mi Señor me enseñó" (Corán, 12:37).**

Entonces anticipó una pregunta implícita: "¿Por qué te ha distinguido Dios con este conocimiento?" Y respondió que había abandonado las religiones falsas que no creen ni en Dios ni en la otra vida.

Después, como si previera otra pregunta: "Si dejaste la religión del rey y la religión de la gente, ¿qué religión seguiste?", respondió antes de que se la formularan: que siguió la tradición de sus padres, Abraham, Isaac y Jacob: **la religión del monoteísmo y la entrega a Dios**; que no es lícito asociar nada a Dios; que esto es parte del favor de Dios sobre él y sobre las personas a quienes invita; y que, sin embargo, la mayoría de la gente no agradece las gracias de Dios ni se orienta a adorarlo exclusivamente.

Él percibió que ambos estaban ansiosos por conocer la interpretación del sueño. Así que aprovechó esa urgencia para dirigirlos a algo más importante: **guiarlos hacia la verdad**, rescatarlos del extravío de la idolatría y de la multiplicidad de falsos dioses.

Les dijo, apelando a la razón: ¿es sabio adorar divinidades dispersas y abandonar la adoración del único Dios verdadero, singular en Su grandeza y dominio?

"¿Creer en muchos ídolos o creer en Dios, el Único, el Victorioso?" (Corán, 12:39).

Esos "ídolos" no son más que nombres inventados, sin realidad ni fundamento: **"[Esos tres ídolos] son solo nombres que ustedes y sus padres han inventado, porque Dios no les dio autoridad alguna para ello" (Corán, 53:23).**

Mientras tanto, la divinidad y la adoración son derecho exclusivo de Dios: a Él pertenecen la creación y el juicio y la autoridad. Y de Su autoridad está que nos ordene no adorar a nadie más que a Él. Ese es la religión verdadera, el camino firme. Lo demás es extravío e ignorancia en los que cayó gente que no sabe, por apartarse de la verdad y seguir a sus líderes que los desviaron.

"El juicio solo pertenece a Dios, Quien ordenó que no adoren a nada ni nadie excepto a Él; esa es la religión verdadera, pero la mayoría de la gente lo ignora" (Corán, 12:40).

Por ello, orientemos nuestro corazón únicamente hacia Dios y abandonemos toda forma de adoración fuera de Él.

Todo este discurso fue pronunciado mientras ellos se encontraban en estado de expectativa, atentos y ansiosos por escuchar la respuesta a su pregunta y la interpretación de sus sueños. Sin embargo, José (la paz sea con él) aprovechó esa disposición interior y ese deseo de saber para transmitir su mensaje y cumplir con su misión. Su da'wah (llamado) coincidió con una mente abierta y un corazón dispuesto a recibirlo. Sólo después de sembrar la verdad en sus almas, procedió a interpretar el sueño por el que habían preguntado:

"¡Compañeros de cárcel! [La interpretación de sus sueños es que] uno servirá vino [de nuevo] al rey;

mientras que el otro será crucificado y los pájaros comerán de su cabeza" (Corán, 12:41).

Obsérvese su delicadeza: no dijo "tú servirás vino y tú serás crucificado", sino que generalizó la respuesta para suavizar el impacto del anuncio y tratar con consideración a quien estaba destinado a la desgracia.

Lo que conmueve en esta da'wah de José es lo siguiente:

Que, aun siendo prisionero, compartiendo la aflicción de los reclusos, era reconocido entre ellos por su excelencia moral: **"Háblanos sobre su interpretación, porque nos pareces un hombre virtuoso" (Corán, 12:36)**. ¿Qué podía ofrecer en prisión para merecer ese reconocimiento? El buen trato, la nobleza en el comportamiento y la generosidad incluso en la escasez.

Que no los ocupó hablando de su propio sufrimiento:
No mencionó la injusticia de sus hermanos, ni su esclavitud tras la libertad, ni la falsa acusación, ni la prisión injusta. Superó todo ello y se concentró en lo esencial: hacer el bien a quienes lo rodeaban y transmitirles el mensaje de Dios.

La elección del momento oportuno: Aprovechó el instante en que ellos acudieron a él con atención y expectativa. Presentó primero la da'wah antes de la respuesta, para que coincidiera con su disposición interior.

El método gradual y ordenado de su exposición: Cada idea conducía naturalmente a la siguiente. Comenzó fortaleciendo la confianza en su conocimiento: **"Antes de que traigan la comida ya les habré dado su interpretación" (Corán, 12:37)**. Luego explicó que ese

saber era don divino, fruto de haber abandonado las religiones falsas y haber seguido la fe de sus antepasados, Abraham, Isaac y Jacob. Después desenmascaró la falsedad de los ídolos, señalando que eran divinidades inventadas por ellos mismos. Finalmente, los dirigió hacia la adoración exclusiva de Dios, a quien pertenece el juicio y la autoridad, y quien ha ordenado que no se adore sino a Él. Ese es el camino recto.

Que no se lamentó de sus penas, sino que habló de las gracias de Dios: "Esto es una gracia de Dios para nosotros y para todo aquel que siga la guía" (Corán, 12:38). Sus dolores eran pasajeros; las bendiciones, permanentes.

Si José no descuidó la da'wah aun en la oscuridad de la prisión, ¿cómo podría hacerlo quien vive en comodidad y libertad? Si él invitaba a sus compañeros de celda mientras era prisionero, ¿invitamos nosotros a quienes trabajan en nuestros hogares, comparten nuestras oficinas o se cruzan en los caminos de nuestra vida?
¡Cuántas oportunidades dejamos pasar y que el mal aprovecha!

Un hijo creyente y un padre incrédulo

Con frecuencia, la fe del hijo se enfrenta a la incredulidad y la obstinación del padre. Es una escena que se repite en la larga historia de la guía.

El ejemplo más conmovedor y eterno es el del profeta Abraham (la paz sea con él) con su padre Azar. Abraham comenzó su diálogo con ternura y profundidad:

"¡Oh, padre mío! ¿Por qué adoras a lo que no oye ni ve ni puede beneficiarte en absoluto?" (Corán, 19:42).

La adoración debe dirigirse a quien es superior, poderoso y sabio. ¿Cómo dirigirla hacia algo que no escucha tu súplica, no ve tu oración, no puede perjudicarte si lo abandonas ni beneficiarte si lo veneras?

Abraham apeló tanto a la razón como al corazón. Repetía con afecto: "¡Oh, padre mío!", despertando la ternura paternal. Luego añadió con sensibilidad:

"¡Oh, padre mío! Temo que te alcance un castigo del Compasivo y seas de los que acompañen al demonio [al Infierno]" (Corán, 19:45).

No dijo: "Te advierto", sino: "Temo por ti". Y habló del "Misericordioso", no del Dominador o el Imponente, recordándole que Dios es compasivo y que rechazar Su misericordia conduce al castigo.

Pese a ese trato respetuoso, Azar respondió con dureza y amenaza:

“Si no dejas de hacerlo te lapidaré. Aléjate de mí por buen tiempo” (Corán, 19:46).

Sin embargo, Abraham no perdió la cortesía ni la compasión. Respondió:

“¡Que la paz sea sobre ti! Pediré perdón por ti a mi Señor” (Corán, 19:47).

Qué contraste con el caso de Noé (la paz sea con él), quien hasta el último instante llamó a su hijo “¡Oh, hijo mío!”, y aun cuando el diluvio lo separó, suplicó por él diciendo: **“¡Señor mío! Mi hijo era parte de mi familia [y pensé que no sería destruido]” (Corán, 11:45)**.

De este diálogo se desprenden varias enseñanzas:

La combinación de razón y emoción en la da’wah: No debe presentarse de forma fría, sino acompañada de afecto y compasión.

Comenzar por los más cercanos: Abraham llamó primero a su padre; el Profeta Muhámmad ﷺ recibió la orden: **“Advierte a tus familiares cercanos” (Corán, 26:214).**

La negativa de los cercanos no debe desanimar: Abraham continuó llamando a su pueblo e incluso debatió con el tirano rey. No dijo: “¿Cómo invitar a otros si mi propio padre no respondió?”

Consuelo para quien enfrenta rechazo familiar: Dios dijo: **“Tú no puedes guiar a quien amas, sino que Dios guía a quien Él quiere” (Corán, 28:56).**

El alcance del impacto del predicador

Mus'ab ibn 'Umair llevó el mensaje del Profeta ﷺ a Medina y transformó aquella ciudad en un entorno que respiraba Islam.

En apenas un año, antes de que muchas normas fueran reveladas, sembró fe y sentido de responsabilidad. Los Ansar que abrazaron el Islam a través de él no soportaron saber que el Profeta ﷺ era perseguido[11] en La Meca mientras ellos estaban seguros en Medina. Por ello, le ofrecieron emigrar hacia ellos.[12]

Mus'ab murió joven, mártir en la batalla de Uhud. No presenció la conquista de La Meca, ni el Año de las Delegaciones, ni la Peregrinación de Despedida. Murió con tan escasos recursos que sólo tenían una tela para cubrirlo: si tapaban su cabeza, quedaban descubiertos sus pies; si cubrían sus pies, quedaba descubierta su cabeza.[13]

Pero ¿estuvo realmente ausente de esos acontecimientos?

Muchos de quienes participaron en la conquista de La Meca fueron fruto directo o indirecto de su da'wah. Lo mismo ocurrió con muchos de los peregrinos en la despedida del Profeta ﷺ. Sus obras fueron, en parte, extensión de la suya.

'Abd al-Rahman ibn 'Awf lloró recordándolo, temiendo que sus recompensas hubieran sido adelantadas en esta vida.

Y ustedes, si parten como predicadores a tierras lejanas, quizá no presencien los frutos de su labor, pero su recompensa continuará. Quienes se guíen por medio de ustedes serán registrados en su balanza de buenas obras; y

los hijos de ellos, y quienes se guíen a través de ellos, también.[14]

La recompensa de la da'wah se multiplica y se expande sin límite, como una red que se ramifica indefinidamente. Es gracia de Dios, que concede a quien quiere. Y Dios es poseedor de una gracia inmensa.

Un hombre acudió a uno de los sabios y le dijo:

—Quiero peregrinar y ofrecer las recompensas al Profeta ﷺ.

El sabio le respondió:

—Peregrina por ti mismo; la recompensa de tu peregrinación llegará también al Profeta ﷺ, porque fue él quien te guio hacia ella.

En realidad, todo bien que realizamos alcanza al Profeta ﷺ con una recompensa semejante, pues él nos indicó el camino. Lo mismo sucede con quienes nos enseñaron, con quienes hemos enseñado, con quienes nos llamaron al bien y con quienes nosotros llamamos.

Un objetivo que guía todos los objetivos

El Profeta ﷺ fue a Taif para presentar su llamado, con la esperanza de encontrar corazones receptivos y oídos atentos. Sin embargo, fue rechazado de la peor manera, y quienes estaban allí de entre Quraish instigaron una respuesta aún más hostil.

Regresó afligido y entristecido, pues sabía que al volver a La Meca la oposición se atrevería aún más contra él y se burlaría con mayor saña. Sumido en su pesar, no volvió plenamente en sí hasta llegar a Qarn al-Za'alib, a unos 46 kilómetros de Taif.

Entonces se le presentó el ángel Gabriel y le dijo: —"Dios ha escuchado lo que tu pueblo te ha dicho y cómo te ha respondido. Te ha enviado al ángel de las montañas para que le ordenes lo que desees respecto a ellos".

El ángel de las montañas lo saludó y dijo: —"¡Oh, Muhámmad! Si quieres, puedo hacer que las dos montañas que los rodean se cierren sobre ellos".

El destino de esa gente estaba entre los labios del Profeta ﷺ. Una sola palabra habría bastado para que fueran sepultados bajo las rocas. Pero él rechazó la represalia, superó su dolor y su aflicción, y proyectó su esperanza hacia las generaciones futuras, diciendo:

—"No. Más bien espero que Dios haga surgir de sus descendientes a quienes adoren únicamente a Dios sin asociarle nada"[15].

El anhelo del Profeta ﷺ por la guía fue más fuerte que la reacción inmediata, más fuerte que el deseo de venganza. Su

esperanza en la orientación superó la obstinación de ellos en el error. Extendió su mirada más allá del presente, aguardando que las generaciones venideras respondieran al mensaje.

Y Dios no frustró su esperanza. El Profeta ﷺ vio con sus propios ojos cómo los hijos de los más encarnizados opositores abrazaban el Islam y se convertían en defensores de la fe. Hijos e hijas de figuras que habían combatido el mensaje terminaron creyendo y siguiendo al Mensajero ﷺ.

En el momento más duro, cuando esperaba mayor hostilidad y burla, no se dejó arrastrar por la reacción impulsiva ni por la pasión de la venganza —una de las más poderosas inclinaciones humanas—. Fue más fuerte que todo ello su voluntad de salvar y guiar a su pueblo, incluso si debía soportar dolor en espera de una respuesta futura.

Asimismo, cuando el Profeta ﷺ envió a Tufail ibn ‘Amr al-Dawsi a invitar a su pueblo, Daws, estos lo rechazaron. Tufail regresó y dijo:
—¡Oh, Mensajero de Dios! Daws ha desobedecido y rechazado el llamado; invoca a Dios contra ellos.

El Profeta ﷺ alzó sus manos en súplica. Algunos pensaron que Daws estaba perdido. Pero él dijo:

—“¡Oh Dios, guía a Daws y tráelos a nosotros!”[16]

La búsqueda de la guía y el rescate de la humanidad era el objetivo supremo que orientaba todos los demás objetivos. Estaba por encima de los impulsos personales y de las reacciones momentáneas.

Por ello, el Profeta ﷺ supo superar enemistades cuando veía en ello una posibilidad de orientación. Se ganó el corazón de

quienes habían sido sus más fieros adversarios, hasta que esos corazones se iluminaron con la fe y se convirtieron en portadores del mensaje.

Esta es una lección profunda para todo aquel que asuma la misión de invitar al bien: mantener este objetivo ante los ojos, perseverar con firmeza y no permitir que reacciones pasajeras lo desvíen. La guía de las personas es el propósito que conduce todos los propósitos. Habrá obstáculos, provocaciones y desafíos; por ello, es indispensable armarse de paciencia.

Cuando Dios ordenó a Su Profeta advertir, unió ese mandato con el de la paciencia:

"¡Oh, tú [Muhámmad] que te envuelves en un manto! Ponte de pie y advierte" (Corán, 74:1-2).

y luego añadió: **"Sé paciente [con las dificultades que enfrentarás al divulgar el Mensaje] de tu Señor" (Corán, 74:7).**

El camino requiere constancia, resistencia, claridad de visión y firmeza en el objetivo.

Capítulo II

El da’i

Predicador - divulgador

No cosechar el fruto antes de su madurez

Debemos trabajar con el espíritu de Mus'ab ibn 'Umair: el espíritu de quien emigró para servir, sin apresurarse a recoger el fruto.

Me conmueve la luminosa frase de uno de los predicadores del Islam: "Quien trabaja por esta religión no debe apresurarse a recibir recompensa alguna, ni siquiera la recompensa de ver los resultados con sus propios ojos".

No es correcto lanzarnos a la da'wah y luego exigir resultados, fijando plazos o condiciones. Debemos invitar al bien según nuestras capacidades, esforzarnos sin ansiedad por los frutos. Los resultados pertenecen a Dios.

El Profeta ﷺ permaneció trece años en La Meca; el Islam crecía lentamente, persona por persona. Después de la emigración, llegó el auxilio y la victoria, y las personas entraron en la fe en multitudes.

Así también nosotros: hacemos nuestro esfuerzo. Tal vez nuestros ojos vean el fruto; tal vez lo vean generaciones posteriores que cuidarán la semilla y cosecharán la cosecha.

El exitoso es quien hace lo mejor posible con los recursos disponibles en su tiempo. Las capacidades crecen con el trabajo. Lo decisivo no es la modestia del inicio, sino la plenitud del final.

No debemos quedar atrapados en la obsesión por la perfección, pues es uno de los mayores obstáculos en la acción. Tampoco debemos idealizar experiencias históricas ya consolidadas; si hubiéramos visto sus comienzos modestos, los habríamos encontrado similares a los nuestros.

No renunciemos a lo poco que podemos hacer por anhelar algo grande que aún no podemos alcanzar. El mal induce a desear lo inalcanzable y a despreciar lo posible; así la persona no logra lo que desea ni realiza lo que puede.

Si queremos que Dios bendiga nuestro trabajo, debemos actuar con lo posible y lo disponible, aprovechar lo que está en nuestras manos y no esperar apoyo externo como condición previa. Ha habido personas que partieron con recursos mínimos pero con intenciones sinceras, y Dios bendijo sus esfuerzos. En cambio, quien depende constantemente de otros vive en espera permanente y queda supeditado a quienes espera.

Cuando alguien comienza con lo que tiene, por limitado que sea, Dios bendice su labor y la hace crecer; y entonces le concede lo que ni siquiera había pedido.

Tomemos ejemplo del profeta José. Tras haber sufrido exilio, esclavitud, injusticia y prisión, no se encerró en su drama personal. Mientras estaba encarcelado, se dedicó a su causa mayor: el monoteísmo y la invitación a Dios. Otro habría llenado los oídos de sus compañeros con su tragedia; él, en cambio, hablaba como si no estuviera en prisión, como si no hubiera atravesado ese camino doloroso. Transformó la cárcel en escuela y campo de misión.

¿Qué recursos tenía un prisionero extranjero? Casi ninguno. Sin embargo, hizo lo que estaba en su poder, aprovechó la oportunidad y presentó su mensaje con sabiduría. Es una lección para todo predicador: trabajar con lo que se tiene, aprovechar cada ocasión y confiar en que los resultados llegarán con la ayuda divina.

Además, los logros llaman a otros logros. El mayor incentivo para quienes apoyan una causa es ver su trabajo y su impacto. Ese es el mejor llamado a la cooperación y la participación.

Y si estuviera decretado que no recibieras apoyo alguno de nadie, te basta con haber hecho cuanto estuvo a tu alcance y haber recorrido el camino de los mensajeros:

“Solo pretendo vuestro bienestar en la medida que pueda” (Corán, 11:88).

Entonces te presentarás ante Dios diciendo: “Señor mío, lo que estuvo en mi capacidad lo entregué; acéptalo y bendícelo”.

El predicador y el desarrollo del conocimiento

Cuando el Profeta ﷺ quiso enviar a un predicador al Yemen —donde habitaban Gentes del Libro y personas instruidas— eligió a uno de los sabios entre sus compañeros: Mu'adh ibn Yabal. Sobre él dijo:

"El más conocedor de mi comunidad respecto a lo lícito y lo ilícito es Mu'adh ibn Yabal"[17].

Lo eligió por su conocimiento y su sólida formación, adecuadas para el contexto al que sería enviado.

La humanidad actual vive en una era de abundancia informativa y riqueza de conocimientos sin precedentes. Por ello, es indispensable que el imam y el predicador se mantengan en constante provisión intelectual, y que la rutina diaria y las múltiples ocupaciones no los aparten del desarrollo personal, la lectura y el aprendizaje continuo.

Se ha dicho con acierto: "La ignorancia no requiere más que abandonar el aprendizaje".

Todo especialista que deja de actualizarse queda rezagado; el tiempo lo supera, su información envejece y termina repitiendo lo mismo hasta volverse predecible y, finalmente, tedioso.

El predicador debe establecer una disciplina regular de lectura y escucha que fortalezca y amplíe su conocimiento, especialmente en el Corán y su exégesis, en la Sunna, en la biografía profética y en las obras relacionadas con la da'wah. Asimismo, debe desarrollar habilidades complementarias: comunicación, diálogo, inteligencia emocional y otras

competencias que le permitan ejercer su rol con mayor profesionalismo y eficacia.

Parte de su crecimiento implica también adquirir nociones de ciencias humanas contemporáneas —como sociología, psicología, comunicación y estudio comparado de religiones—, aunque sea a nivel introductorio. Estas herramientas pueden tener un impacto significativo en la efectividad del mensaje.

De igual manera, debe respetar la especialización. El predicador no está obligado a ser jurista ni juez. Debe actuar en aquello que domina, pues el valor de cada persona reside en lo que sabe hacer bien. Si enfrenta una pregunta cuya respuesta desconoce, debe ser transparente: admitir que investigará o remitir al consultante a una autoridad confiable que comprenda su contexto y circunstancias.

Es igualmente importante que el predicador reconozca sus fortalezas y limitaciones. Las capacidades varían: algunos destacan en la enseñanza, otros en la oratoria, el debate o los medios de comunicación. Conviene potenciar lo que se hace bien y evitar aquello que no se domina o no corresponde a la propia naturaleza.

Sea cual sea tu especialización, encontrarás espacios abiertos donde puedas cubrir una necesidad, aliviar una dificultad, defender una verdad, refutar una falsedad, aumentar el bien y disminuir el mal.

En ocasiones, las circunstancias pueden llevarte a cambiar de especialidad o a incorporar una nueva área de interés. La sinceridad en la devoción a Dios implica responder a las necesidades reales del momento. El equilibrio consiste en armonizar la inclinación personal con las necesidades de la

comunidad. Y si Dios te ha bendecido en un ámbito, persevera en él[18].

Cuando el predicador emigra a otro país, debe familiarizarse con su historia, cultura, identidad civilizatoria, diversidad étnica, costumbres y tradiciones; conocer el número de musulmanes, su situación y sus necesidades; identificar líderes influyentes y comprender las particularidades y recursos del lugar. De este modo, su da'wah será la de quien conoce el entorno, respeta su singularidad y adapta su discurso al contexto. Lo que funciona en un país puede no ser adecuado en otro; el tono y el enfoque deben ajustarse a cada realidad.

La respuesta tiene sus etapas

No debe desalentarnos que, al presentar el Islam, algunos muestren señales de rechazo o indiferencia. La mera presentación del mensaje es en sí misma un acto de adoración. La respuesta tiene sus etapas y puede desarrollarse gradualmente.

Tal vez la palabra que pronuncies sea una semilla que necesita tiempo para arraigar y crecer, para florecer en un momento que no llegarás a presenciar. Puede que tu palabra sea la piedra fundamental, y que otro venga después a construir sobre ella.

El Profeta ﷺ fue a Taif en busca de apoyo. Jalid ibn Abi Yabal al-'Adwani relató que vio al Mensajero de Dios ﷺ de pie apoyado en su bastón, recitando:

"Juro por el cosmos y el astro nocturno" (Corán, 86:1)

hasta el final de la sura. Dijo que la memorizó en su época de incredulidad, y que luego la recitó siendo ya musulmán[19].

El pueblo de Taif rechazó al Profeta ﷺ, y él regresó entristecido. Pero, ¿sabía que había sembrado una semilla que sería comprendida y aceptada más tarde? Entre quienes se vieron influidos estuvo Jalid, que la memorizó siendo incrédulo y la recitó como creyente.

Asimismo, el Profeta ﷺ envió una carta a Heraclio invitándolo al Islam. Abu Sufián estaba presente cuando la carta fue leída y observó la impresión que causó en el emperador. Aquello marcó el inicio de su propia inclinación hacia el Islam. Más tarde confesó:

“Siempre estuve convencido de que el asunto del Mensajero de Dios ﷺ tendría éxito, hasta que Dios introdujo el Islam en mi corazón, aun cuando yo me resistía”.[20]

Obsérvese: el destinatario directo no aceptó, pero quien la escuchó incidentalmente fue impactado. Esa fue la semilla que germinó en su interior.

Así ocurre con nuestra da’wah: puede ser el factor decisivo que conduzca a la fe, o puede ser el comienzo de un proceso que madure más adelante, quizás completado por otros.

Toda persona a quien invitamos es un proyecto de rescate. Si acepta la guía, es un éxito compartido; si se aparta, tú igualmente has cumplido, tu mensaje ha llegado a su destino y tu recompensa está asegurada. Y quizá la guía esté reservada para otro momento… o para otro corazón.

No te dejes arrastrar por el pasado ni mires hacia atrás

Aisha le preguntó al Profeta ﷺ: "¿Has vivido algún día más duro que el día de Uhud?". Él le respondió mencionando algo que, para él, fue aún más difícil: el día en que regresó de Taif a La Meca, después de haber encontrado rechazo por parte de la gente de Taif y de anticipar la insolencia y la burla de la gente de La Meca. Esa angustia fue tan intensa que superó incluso el dolor de Uhud.

Lo llamativo de este relato es que el Profeta ﷺ no mencionó esa experiencia sino hasta que Aisha se lo preguntó. No encontramos esta historia narrada en otro hadiz. Es posible que, de no haberle preguntado, jamás hubiéramos conocido ese episodio, a pesar de lo profundo que fue su impacto emocional.

Esto indica que el Profeta ﷺ no vivía rumiando recuerdos ni quedándose atado al pasado. Estaba enfocado en el futuro y en la realización de su misión. Por eso, no encontrarás en su vida en Medina relatos prolongados sobre La Meca, ni recuerdos nostálgicos, ni discursos sobre su anhelo por regresar. Tampoco verás a los compañeros —ya establecidos en Medina— ocupados en hablar de cómo era su vida en La Meca. Sus miradas estaban dirigidas al proyecto que tenían delante, no a "masticar" lo que quedó atrás ni a suspirar por lo perdido.

Más aún: a los emigrados de La Meca a Medina se les prohibió volver a residir en La Meca después de la conquista. Ninguno regresó para instalarse allí. Su orientación era futura y su marcha era hacia adelante. Por eso, tras la muerte

del Profeta ﷺ, los compañeros se dispersaron por distintas tierras y no volvieron a asentarse en sus lugares de origen.

En esto hay una lección profunda para todo emigrante que invita a Dios: debe mirar su proyecto futuro y no tropezar con los recuerdos, la nostalgia y el anhelo por lo que dejó atrás.

El futuro está en la misión que se asumió, a la que dedicó el resto de su vida. Y qué rápido se cierra la página de la existencia: el ser humano se encuentra de pronto con los frutos de su obra guardados para él. En cambio, quien se ocupa en mirar hacia atrás no avanzará; su determinación se dispersará y su camino se verá entorpecido, tal como dijo el poeta:

"Quien dispersa su voluntad consume su vida, sin victoria ni derrota."

La instigación del demonio

Después de que el Profeta ﷺ culminó su misión, Dios completó Su favor, perfeccionó la religión, se transmitió el mensaje y el Profeta ﷺ se despidió de la gente en la Peregrinación de Despedida, una de las advertencias más destacadas de su sermón final fue contra la instigación del demonio para sembrar discordia entre ellos. Dijo:

"En verdad, Satanás ha desesperado de ser adorado por quienes rezan, pero no ha desistido de provocar discordia entre ellos".[21]

Una de las mayores trampas del demonio es precisamente avivar disputas entre los predicadores y quienes trabajan por la causa de Dios: fabricar diferencias, alimentarlas y vestirlas con un ropaje religioso. Las enemistades más peligrosas son aquellas que el demonio logra encender entre los musulmanes "en nombre de la religión".

Por eso, quienes trabajan en la da'wah deben tener extrema cautela ante las insinuaciones satánicas: pequeñas discrepancias que se convierten en conflictos, luego en enemistades. Entre sus formas están las rivalidades y luchas en el ámbito del trabajo religioso, como si uno intentara anular la obra del otro y apropiarse del éxito. En realidad el campo es amplio y admite múltiples esfuerzos sin necesidad de esa competencia destructiva.

Una vía esencial de prevención es cerrar la puerta a los conflictos importados: no trasladar al lugar de emigración las disputas partidistas, sectarias o grupales que existen en los países de origen. La falta se agrava cuando esas querellas se exportan a comunidades musulmanas en el extranjero, y

terminan afectando a personas que apenas comienzan a conocer el Islam.

Que los musulmanes permanezcan en su pureza original, lejos de esas pugnas. Presentémosles el Islam como si el Profeta ﷺ hubiera fallecido hace apenas una hora: una religión aún fresca como descendió, y un mensaje blanco y limpio como él lo transmitió.

Ayuda mucho a esto reducir el consumo cotidiano de redes sociales saturadas de disputas y polarización, pues te encierran en un entorno estrecho y te impiden abrirte a los vastos horizontes de Dios.

También es fundamental recordar la recomendación del Profeta ﷺ a Mu'adh y Abu Musa cuando los envió al Yemen: "Sean flexibles entre ustedes y no discrepen"[22].

Las diferencias son naturales en toda comunidad humana, y también entre predicadores en sus interpretaciones y criterios. Lo crucial es administrar esas diferencias para que terminen en cooperación, no en conflicto. A veces, uno debe ceder. Y más vale que los predicadores se pongan de acuerdo en un asunto secundario, que enfrentarse por un asunto que alguno considere superior. En los inicios del Islam, el terreno no soporta esos conflictos: pueden convertirse en una causa de alejamiento de la religión.

Que todos recuerden y renueven esa recomendación profética: "Sean flexibles y no discrepen."

Debemos cuidar la unidad de los musulmanes, en especial de quienes trabajan en la da'wah, evitando profundizar divisiones sectarias, partidistas o doctrinales. Que el lema sea:

“Esta es la comunidad a la que pertenecen [la de los Profetas], que es una única comunidad” (Corán, 23:52).

La cooperación debe moverse en el terreno de lo común y acordado. Cuanto más se fortalece el espacio compartido, más se reduce el espacio de lo disputado.

En muchos países habrá personas de temperamento difícil, inclinadas al choque, amantes de encender disputas y buscar confrontación. Conviene no engancharse con ellas ni perder el enfoque. Lo mejor es neutralizarlas en la medida de lo posible, si no es viable ganarlas e integrarlas.

La purificación interior

Al inicio de su misión, el Profeta ﷺ recibió este llamado divino:

"¡Oh, tú [Muhámmad] que estás arropado! Levántate a orar en la noche, salvo una pequeña parte de ella, la mitad, o un poco menos, o un poco más, y recita el Corán claramente y meditando en su significado. Porque he de transmitirte una revelación de gran peso" (Corán, 73:1–5).

La orientación divina para recibir y cargar con ese "mensaje pesado" fue prepararse mediante una práctica devocional constante: el rezo nocturno.

Por ello, uno de los apoyos más grandes para el predicador es la purificación del alma: perseverar en el recuerdo de Dios, mantener las prácticas regulares, cultivar una relación íntima con el Corán, vivir la devoción de la oración, y en especial la oración nocturna. En la medida en que el corazón se purifica y la relación con Dios se fortalece, se eleva la calidad del esfuerzo, se bendice la obra y descienden el auxilio, la inspiración y el apoyo divinos.

Quienes tienen trato sincero con Dios llevan luz en sus palabras, fuerza en su conducta y un brillo particular en su presencia. Mientras más se impregna una persona de esa conexión, más profundo es el efecto de su palabra.

Debemos aconsejarnos y sostenernos mutuamente en este cuidado:

"Cuando cumplas con tus obligaciones dedícate a la adoración, y a tu Señor anhela con devoción" (Corán, 94:7–8).

La da'wah es trato con Dios y acto de adoración. La ayuda para adorar correctamente sólo se obtiene del auxilio de Dios. El Profeta ﷺ le dijo a Mu'adh:

"¡Oh Mu'adh! Por Dios, te amo. No dejes de decir al final de cada oración: 'Oh Dios, ayúdame a recordarte, a agradecerte y a adorarte de la mejor manera'."[23]

Cuidar el corazón con devoción, humildad y purificación es de lo que más limpia el interior y lo eleva. Ayuda a ello leer obras de educación espiritual y purificación del corazón, como resúmenes de *Madarich al-Salikin*, versiones abreviadas de *Ihya' 'Ulum al-Din*, la *Risalat al-'Ubudiyya* de Ibn Taimiia, o libros similares sobre carácter y espiritualidad.

El cuidado constante del corazón protege contra los susurros del demonio y sus enfermedades ocultas, que penetran en tiempos de descuido. De la negligencia nacen epidemias interiores: vanidad, rivalidad, competencia destructiva y resentimiento.

El Profeta ﷺ dijo: "A mi corazón le sobreviene una especie de velo, y por eso pido perdón a Dios cien veces al día.[24]"

Ese "velo" es como una nubosidad que cubre el corazón, del modo en que las nubes cubren el cielo. El Profeta ﷺ cuidaba su corazón con abundante petición de perdón (*istigfar*) para mantenerlo despierto e iluminado. Si él —siendo el más conectado con Dios, el más conocedor de Dios y el más temeroso de Él— vigilaba su corazón de esa manera, ¿cuánto

más necesitamos nosotros purificar el nuestro, quitarle la niebla del descuido y limpiarlo de las enfermedades del alma?

Oh Dios, concede piedad a nuestras almas y purifícalas; Tú eres el mejor de quienes purifican.

No des esperando recibir más a cambio

Cuando Dios —exaltado sea— ordenó a Su Profeta ﷺ asumir la advertencia y la proclamación, le entregó antes de iniciar una serie de orientaciones integrales que constituyen principios fundamentales de la da'wah (llamado) y que deben mantenerse presentes y aplicarse con rigor. Dijo:

"¡Oh, tú [Muhámmad] que te envuelves en un manto! Ponte de pie y advierte. Proclama la grandeza de tu Señor, purifica tus vestimentas, apártate de la idolatría, y no des esperando recibir más a cambio. Sé paciente [con las dificultades que enfrentarás al divulgar el Mensaje] de tu Señor" (Corán, 74:1–7).

El Profeta ﷺ aún no había comenzado formalmente su misión, y aun así, desde el inicio del camino se le dijo: "y no des esperando recibir más a cambio" **(Corán, 74:6)**.

Ibn Yarir al-Tabari explicó el sentido de esta frase así: "No recuerdes ante tu Señor tus obras de manera que pretendas multiplicar tu mérito por tu obra recta.[25]"

Esto describe la naturaleza misma de esta misión: en ella no hay lugar para la autosuficiencia moral, ni para "hacer valer" las obras ante Dios, ni para inflarse con logros y realizaciones.

Entre las afecciones que dañan la sinceridad del predicador está el reproche velado de su propio esfuerzo, tanto ante Dios como ante quienes lo rodean. Algunos viven —por palabras o por actitudes— repitiendo: "Yo dije", "yo hice". Y su estribillo se vuelve: "¿Recuerdan cuando hice tal y tal cosa…?". Lo repiten una y otra vez hasta engrandecerse a sus propios ojos, admirarse a sí mismos y elevarse frente a la gente.

Hay una verdad que merece atención: el valor del predicador cae ante los demás cuando lo ven buscar ganancia material, aferrarse a prestigio o cargo, o esperar de la gente recompensa o agradecimiento. Por eso, los profetas y mensajeros —la paz sea con ellos— decían con claridad absoluta:

"No les pido remuneración a cambio [de transmitirles el Mensaje]. Mi recompensa me la dará el Señor del Universo" (Corán, 26:109).

Y entre las enfermedades más sutiles está que algunos vinculados a la da'wah quizá no se apeguen al dinero, pero sí se "adornan" con la da'wah, ambicionan prestigio, honor, reputación, fama y exposición; desean ocupar el centro en reuniones, foros y medios, destacarse en espacios públicos, y se ofenden si no se les concede ese lugar. A menudo, el deseo de ganancias simbólicas —prestigio, reconocimiento, respeto— es incluso más peligroso que la ambición material.

Por ello, todo predicador debería reflexionar sobre esta advertencia profética: "Dos lobos hambrientos soltados entre un rebaño no causan tanto daño a su religiosidad como el afán del hombre por el dinero y por el prestigio".[26]

Sufián al-Zawri decía: "No he visto una renuncia más escasa que la renuncia al liderazgo: verás al hombre renunciar a la comida, bebida, dinero y vestimenta; pero si se le disputa el mando, lo defiende con fiereza y se enemista".[27]

Ibn Rayab al-Hanbali afirmó: "En cuanto al afán por el prestigio, es más devastador que el afán por el dinero. Buscar la elevación mundana, el mando sobre la gente y la superioridad en la tierra perjudica más al siervo que buscar

riqueza. Renunciar a ello es más difícil, pues el dinero suele gastarse precisamente para alcanzar mando y honor".[28]

Al observar la realidad del trabajo de da'wah en distintos lugares, se ve con claridad que algunas disputas, rivalidades y fracturas institucionales en ciertos entornos nacen del afán de figurar, liderar y sobresalir. La sinceridad es rara... muy rara. Por eso, Yahya ibn Abi Kazir aconsejaba: "Aprendan la intención, pues es más elocuente que la obra".[29]

Y la verdadera pérdida —por Dios, la verdadera pérdida— es que el predicador se agote, entregue su conocimiento y su dinero, sacrifique su tiempo y su vida, descuide a su familia, y que al final la da'wah sea contra él en la Otra Vida por una intención corrompida, por buscar ganancias inmediatas o por ansiar el elogio de la gente. Dios dijo:

"Quienes prefieran los placeres transitorios de la vida mundanal sepan que se los concederé a quien Yo quiera, pero les destinaré el Infierno, donde ingresarán humillados y condenados [por haberse olvidado de obrar para la otra vida]. Mientras que a quienes anhelen la vida del más allá, sean creyentes y se esfuercen por alcanzarla, se les retribuirá por su esfuerzo" (Corán, 17:18–19).

Y dijo también:

"A aquel que busque obtener la recompensa de la otra vida [a través de obras buenas], se la multiplicaré. Pero a quien solo pretenda obtener bienes materiales en este mundo, se los concederé, pero no obtendrá recompensa alguna en la otra vida" (Corán, 42:20).

Que el predicador considere, además, esta advertencia severa transmitida por Ubayy ibn Kaʿb —que Dios esté complacido con él—, quien relató que el Mensajero de Dios ﷺ dijo: "Anuncien a esta comunidad esplendor, elevación, victoria y establecimiento en la tierra. Pero quien realice acciones propias de la Otra Vida buscando con ellas el mundo, no tendrá parte en la Otra Vida".[30]

Y dijo también: "Quien busca fama, Dios lo expondrá; y quien ostenta para ser visto, Dios lo dejará en evidencia".[31]

Qué pérdida la del ser humano cuya da'wah se convierte en argumento en su contra el Día del Juicio. El Profeta ﷺ dijo: "El Corán será prueba a tu favor o en tu contra".[32]

Un predicador con iniciativa

Rabi'a ibn 'Abbad al-Dili describió una escena que su memoria conservó del Mensajero ﷺ en los primeros días de la misión. Dijo: "Vi al Mensajero de Dios ﷺ, en tiempos de la ignorancia, en el mercado de Dhu al-Majaz. Se acercaba a la gente en sus reuniones y decía: '¡Oh, gente! Digan: no hay divinidad sino Dios, y triunfarán'. La gente se agolpaba a su alrededor, y detrás de él había un hombre bizco y de aspecto llamativo que decía: 'Nosotros, su gente, lo conocemos mejor; es un mentiroso'. Pregunté: '¿Quién es ese?'. Me dijeron: 'Ese es Ibn 'Abd al-Muttalib, y ese es su tío 'Abd al-'Uzza ibn 'Abd al-Muttalib, Abu Lahab'."[33]

Esta escena muestra que el Profeta ﷺ, en su da'wah, actuaba con iniciativa y valentía: acudía a las reuniones, a los mercados y a los espacios públicos para presentar su mensaje. No esperaba que la gente llegara a él; él iba hacia la gente.

Y debes imaginar que los mercados de la época eran lugares donde se vendía vino y se comerciaba con ídolos; donde abundaban la rivalidad tribal, la jactancia y los códigos de la ignorancia. Nada de eso impidió que el Profeta ﷺ se adentrara en esos espacios para transmitir el bien con el que fue enviado.

Por ello, el predicador debe ser una persona de iniciativa: presente en reuniones y espacios comunitarios; en relación con instituciones gubernamentales, organizaciones sociales y entidades civiles; cercano a la gente en sus lugares habituales —mercados, parques y otros puntos de encuentro—, con una presencia social activa que permita que el mensaje irradie y llegue a los distintos ámbitos de la vida.

Esto implica integrarse con los diversos sectores y capas de la sociedad. Nuestro Profeta ﷺ abarcaba a todos con su noble carácter. Anas —que Dios esté complacido con él— narró que un sastre invitó al Profeta ﷺ a comer. Le ofreció carne seca y un guiso con calabaza. Mientras el sastre seguía trabajando, el Profeta ﷺ comía y mostraba agrado por la calabaza; Anas dijo: "Lo vi buscar la calabaza alrededor del plato, y desde ese día no dejé de amar la calabaza".[34]

El sastre pertenecía a la clase trabajadora, y aun así tuvo la confianza de invitar al Profeta ﷺ a su hogar. El Profeta ﷺ aceptó con su grandeza moral y compartió con aquel trabajador su comida sencilla. Imagínate la emoción del sastre antes de la visita mientras se preparaba y le contaba a su familia que el Mensajero ﷺ los visitaría; e imagina cómo narraría ese recuerdo durante el resto de su vida, y el impacto que tendría en quienes lo escucharan.

Así era el gran corazón del Profeta: acogía a todos los sectores de la sociedad. Nadie se sentía marginado ni inferior en su presencia ﷺ.

Capítulo III

Métodos de da’wah

Asumir la religión con orgullo y fortaleza

Cuando presentamos el Islam, debemos hacerlo con certeza y confianza. No debemos invitar a las personas como si estuviéramos mendigando seguidores para el Islam. Si alguien abraza la fe y siente que "ahora es carga de los musulmanes" y que deben hacerse responsables de él como si fuese un peso, esa es una falla en el método.

Al contrario: debe sentir que, al entrar al Islam, ha obtenido una ganancia inmensa, y que ha asumido una gran responsabilidad ante Dios: transmitir esta religión a la que Dios lo guio. Su pertenencia al Islam es una ganancia para él, no una "ganancia para el Islam":

"Fue Dios Quien les hizo el favor de guiarlos a la fe" (Corán, 49:17).

Debe comprender que él es el mayor beneficiado por su Islam; y que la alegría de sus hermanos musulmanes por su conversión es alegría por él mismo. En su interior deben sembrarse significados de dignidad y orgullo por la fe: que su Islam le aumente fuerza, firmeza, confianza y determinación. El Profeta ﷺ dijo: "El creyente fuerte es mejor y más amado por Dios que el creyente débil".[35]

Cuando alguien se convierte ante nosotros, conviene que sienta independencia: no es "nuestro seguidor", sino un hermano como nosotros. No debemos exagerar el cuidado y la protección de un modo que le haga sentir fragilidad o dependencia.

Sa'd ibn Mu'adh, en el primer año tras la emigración, viajó a La Meca para realizar la 'umra, cuando apenas llevaba dos años como musulmán. Allí se encontró con figuras

prominentes del rechazo: Abu Yahl, Umayya ibn Jalaf, al-Nadr ibn al-Hariz y otros. No nos llegó que el Profeta ﷺ lo hubiera asustado antes de partir ni interrogado con inquietud a su regreso.

Y lo mismo ocurrió con Zumama ibn Uzal —que Dios esté complacido con él—, quien abrazó el Islam y partió de inmediato a La Meca, donde aún estaban los idólatras, para enfrentar su entorno con su fe y declararla abiertamente.

El Profeta ﷺ hacía sentir a cada nuevo musulmán la fortaleza de la verdad que llevaba consigo y la debilidad de la falsedad que enfrentaría. Así, cada uno avanzaba con una especie de "protección de fe", fortalecido desde dentro.

Fuerza de impacto y rapidez de expansión

Cada vez que visito un país donde existe una minoría musulmana, recuerdo las palabras del Profeta ﷺ cuando, apenas llegado a Medina, dijo a sus compañeros: "Cuéntenme cuántos creen en el Islam."

Ellos respondieron: "¡Oh, Mensajero de Dios! ¿Temes que seamos pocos, cuando somos entre seiscientos y setecientos?"[36]

Es decir, el número de musulmanes en Medina durante el primer año tras la emigración oscilaba entre seiscientos y setecientos. Sin embargo, diez años después, el Profeta ﷺ realizó la Peregrinación de Despedida y toda la península arábiga había abrazado el Islam. Más de cien mil personas acudieron a la peregrinación.

¿Cómo ocurrió aquello? Esos cien mil fueron fruto del llamado de aquellos setecientos. Aquellos pocos constituyeron una fuerza activa y transformadora: gracias a su compromiso, la península entera se islamizó. Luego, tras la muerte del Profeta ﷺ, asumieron la responsabilidad de esta religión y se dispersaron por los confines del mundo. Los que cabían todos en la mezquita del Profeta en Medina terminaron teniendo sus tumbas repartidas entre Asia, África y Europa, llevando el mensaje del Islam y transmitiendo la misión de Muhámmad ﷺ.

En tiempos más recientes, muchos emigraron a Europa durante el siglo pasado por diversas razones. Como consecuencia, el Islam se estableció allí, se multiplicaron las mezquitas y los centros islámicos, y aumentó el número de

musulmanes. Aunque muchos son inmigrantes, también numerosas personas han abrazado el Islam gracias a la labor de los predicadores. Hoy el número de musulmanes en Europa supera los cincuenta millones —aproximadamente el 6% de su población— y continúa creciendo.

Actualmente, vemos la necesidad de un impulso misionero hacia América del Sur, cuya población supera los cuatrocientos millones de personas, mientras que los musulmanes no alcanzan el millón. Si entre ellos surgen personas que asuman con sinceridad y dedicación la responsabilidad del llamado, el Islam se expandirá en ese continente como la luz del amanecer. Quizá alguno de los lectores de este libro diga: "Yo asumo esta tarea", y Dios, por medio de él, dé vida a una comunidad después de su postración y la salve. Tendrá la recompensa de ellos y de quienes los sigan hasta el Día del Juicio.

Por ello, debemos decir a cada comunidad musulmana en cada ciudad: ¿cuántos son ustedes? Los compañeros del Profeta ﷺ en los primeros años eran menos que ustedes, y gracias a ellos la península entera abrazó el Islam. ¿Conocerá la gente de su ciudad o de su país el Islam a través de ustedes? ¿Serán ustedes causa de su guía y salvación?

¿Cómo debemos invitar a la gente?

Ni su juventud ni la solemnidad del Profeta ﷺ impidieron que un joven se acercara a él con una petición difícil. El muchacho, afectado por el ardor de la juventud y la fuerza del deseo, se presentó ante el Profeta ﷺ mientras sus compañeros estaban reunidos y dijo:

"¡Oh, Mensajero de Dios! Permíteme cometer fornicación".

Fue una petición impactante que sorprendió a quienes estaban presentes. Algunos reaccionaron exclamando con indignación. ¿Cómo pedir permiso para algo que el propio Mensajero ﷺ había venido a prohibir?

Pero el Profeta ﷺ dijo: "Déjenlo, no lo interrumpan."

Luego le dijo al joven: "Acércate."

El joven se sentó frente a él. Entonces el Profeta ﷺ, con la sabiduría de un educador y la sensibilidad de un guía, le preguntó:

"¿Te gustaría que alguien hiciera eso con tu madre?"
—No, por Dios, ¡que yo sea tu rescate!
"Así tampoco la gente lo quiere para sus madres. ¿Te gustaría que lo hicieran con tu hija?"
—No, por Dios.
"¿Con tu hermana? ¿Con tu tía paterna? ¿Con tu tía materna?"

En cada caso respondió negativamente. Entonces el Profeta ﷺ concluyó: "Detesta lo que Dios detesta, ama para los demás lo que amas para ti, y detesta para ellos lo que detestas para ti".

El joven comprendió la gravedad de lo que había pensado y pidió: "¡Oh, Mensajero de Dios! Ruega a Dios que purifique mi corazón."

El Profeta ﷺ colocó su mano sobre el pecho del joven y suplicó:
"¡Oh Dios, perdona su pecado, purifica su corazón y protege su castidad!"

Después de eso, el joven no volvió a inclinarse hacia tal deseo.[37]

Lo que llama la atención es la forma en que el Profeta ﷺ gestionó el diálogo: despertó el pensamiento, utilizó la persuasión y llevó al joven a una convicción racional, no simplemente a una obediencia pasiva. Podría haberle dicho simplemente: "No hay permiso para eso". El joven habría aceptado. Pero el Profeta ﷺ quiso que comprendiera por sí mismo la fealdad y el perjuicio del acto.

Además, presentó la argumentación en un marco afectivo: defendió al joven ante sus compañeros, lo acercó físicamente, lo escuchó con respeto y lo tocó con compasión. Aquella cercanía fue una llave profética que abrió su corazón.

Esto es lo que hace que quien invita a los demás hacia Al-lah asuma la responsabilidad de persuadir con la llamada, y de llevar a las personas a compartir con él la convicción respecto a aquello a lo que llama. Si alguien pudiera prescindir de ello, habría sido el Mensajero de Al-lah ﷺ. Sin embargo, su guía y su práctica consistían en movilizar la razón, estimular el pensamiento y conducir a las personas, mediante una reflexión correcta, hacia convicciones acertadas. De este modo liberó a la humanidad de sus cadenas para que se dirigiera hacia la rectitud. Que Al-lah tenga misericordia del

profesor Al-'Aqqad cuando afirmó: "Pensar es una obligación islámica".

También llama tu atención que el Profeta ﷺ presentó el argumento convincente en un hermoso marco afectivo que hizo sentir a aquel joven la cercanía especial del Profeta ﷺ, su trato paternal hacia él, y que lo que le ordenaba era consejo, compasión y amor. Esto se manifiesta en que prohibió a los compañeros reprocharle y les dijo: "Déjenlo, permítanle hablar". Después lo acercó diciendo: "Acércate". Hasta que se sentó frente a él, de manera que quedaba al alcance de su mano. Ese era el ámbito afectivo del cuerpo. Luego vino la pronta respuesta del Profeta ﷺ al suplicar por él más de lo que había pedido, y el hecho de que colocara su noble mano sobre su pecho.

Es como si aquel joven, cuando el Profeta ﷺ llevó su bendita mano hasta su pecho, hubiera sentido su frescor en el corazón. Y como si hubiera vivido toda su vida recordando con emoción aquel contacto físico con el Profeta, percibiendo su efecto en el pecho y en su interior, como si el Profeta ﷺ acabara de retirar su mano de él en ese mismo instante.

Aquellos gestos afectivos eran llaves proféticas con las que abría los cerrojos de los corazones. Dichoso aquel joven, y motivo de alegría para él su cercanía al Mensajero de Al-lah ﷺ, el hecho de que le pasara la mano por el pecho y suplicara por él. Y bendita fue su pregunta, que le procuró todo aquello.

En cuanto a nosotros, ¿aprenderemos de ello que la llamada a Al-lah es amor, que la enseñanza es amor y que la vida es amor, y que no podremos transmitir nuestro mensaje a las personas mientras no lleguemos a sus corazones mediante el amor?

También llama la atención que el Profeta ﷺ, en su diálogo con el joven, tuvo en cuenta el entorno del que procedía y su influencia en la formación de su carácter psicológico. El Profeta ﷺ se dirigía a un joven árabe perteneciente a una comunidad conocida por la intensidad de su celo y su sentido del honor, hasta el punto de que algunos enterraban viva a la hija en su infancia por temor a la deshonra, y no había reproche más duro para uno de ellos que insinuar algo contra el honor de su familia.

Por ello, cuando el Profeta ﷺ le hizo imaginar lo que había pedido aplicado a una de sus parientes protegidas, despertó en él el ardor de ese celo. Es como si viéramos a aquel joven ante el Mensajero de Al-lah ﷺ escuchando, mientras el sudor brota de su frente y siente algo semejante al calor del fuego bajo la piel de su rostro al imaginar esa pregunta en su mente. Por eso su respuesta fue inmediata: "No, por Al-lah, Mensajero de Al-lah; que Al-lah me haga tu rescate".

Y parece que, si plantearas esa misma pregunta a quienes viven en sociedades de permisividad sexual, cuyas normas se han desviado, te responderían con total tranquilidad, tras encogerse de hombros: "Es libre; esa es una relación que solo a ella le concierne".

El Mensajero de Al-lah ﷺ tenía en cuenta, en su enseñanza y en su llamada, el entorno del aprendiz y su trasfondo formativo, y así llegaba por el camino más directo a su mente y a su corazón.

Esa es una brillante pedagogía profética: comprender el contexto y emplearlo sabiamente en la persuasión.

Exhortación sabia y mejor debate

Hacia el final de su vida, el Profeta ﷺ, tras la oración del alba, se puso de pie y dirigió a sus compañeros una exhortación profundamente conmovedora. Al-'Irbad ibn Saríah la describió en estos términos:

"El Mensajero de Dios ﷺ nos exhortó una mañana con palabras elocuentes; de ellas brotaron lágrimas en los ojos y se estremecieron los corazones. Dijimos: "¡Oh, Mensajero de Dios!, parece la exhortación de quien se despide; danos, pues, una recomendación". Él respondió: "Les recomiendo que tengan un profundo temor reverente a Dios, que escuchen y obedezcan, incluso si quien es puesto como autoridad sobre ustedes es un esclavo abisinio. Quien de ustedes viva después de mí verá muchas discrepancias. Aférrense entonces a mi Sunnah y a la Sunnah de los califas rectamente guiados; sujétense a ella con firmeza. Y cuídense de las innovaciones, pues toda innovación es extravío"."[38]

Fue una exhortación elocuente y penetrante: arrancó lágrimas y sobrecogió los corazones. Los compañeros percibieron en ella la intensidad emocional de una despedida inminente, como si quien hablaba estuviera a punto de partir. Conmovidos por su estado y sus palabras, le pidieron que les dejara un legado más explícito.

Esta exhortación, calificada por Al-'Irbad como elocuente y descrita a partir de su impacto en ojos y corazones, encarna la "buena exhortación" que le fue ordenada al Profeta ﷺ en las palabras divinas:

"Convoca al sendero de tu Señor con sabiduría y bellas palabras" (Corán, 16:125).

El mandato dice: **"Convoca al sendero de tu Señor"**; es una convocatoria al camino de Dios, no a la persona del predicador, ni a su pueblo, ni a su patria. Al divulgador no le corresponde de su llamado sino el cumplimiento de su deber ante Dios; no posee mérito propio que reivindicar, ni sobre la causa ni sobre aquellos a quienes convoca. Su recompensa pertenece únicamente a Dios, exaltado sea.

El texto menciona la invitación con sabiduría sin describirla, pues el propio término la contiene y su significado la abarca. En cambio, califica la exhortación como "buena", porque existe una exhortación áspera que repele en lugar de acercar, que distancia en vez de congregar. Con frecuencia, la exhortación deja de ser buena cuando se mezcla con pasiones personales y con intereses del ego.

La buena exhortación, por el contrario, penetra en los corazones con suavidad, cala en los sentimientos con delicadeza, y se aparta de la reprensión y el reproche cuando no hay causa justificada. No expone públicamente las faltas, no las divulga ni se regodea en quien las ha cometido. La mansedumbre en la exhortación y su bondad suelen guiar a los corazones extraviados, reconciliar a los reacios y producir más bien que la severidad, el reproche y la amonestación áspera.

En cuanto a la controversia, el texto la califica como **"Argumenta de la mejor manera" (Corán, 16:125)**. Esta expresión es más enfática que si simplemente la hubiera descrito como "buena". Es como si dijera: no discutas de manera meramente correcta si puedes hacerlo de una manera mejor; esfuérzate por que tu argumentación alcance el grado más alto de excelencia. Quien debate es quien más necesita la

cortesía y la mesura con su interlocutor, para no provocarlo ni empujarlo a la obstinación y al rechazo.

Discutir de la mejor manera implica conducir el diálogo sin desdén hacia el discrepante, sin desacreditarlo ni denigrarlo, hasta que confíe en quien lo invita y perciba que su propósito no es imponerse ni triunfar, sino persuadir y alcanzar la verdad. El ser humano posee orgullo y terquedad; difícilmente abandona la opinión que defiende si siente que hacerlo equivale a una derrota.

A menudo, la persona confunde el valor de la opinión que sostiene con su propio valor ante los demás, y considera que su postura forma parte de su dignidad. No acepta, por ello, que se la derribe con ligereza o desprecio. De ahí la importancia de reconocer los aspectos acertados en su posición y elogiarlos.

El debate llevado a cabo de la mejor manera atenúa ese orgullo susceptible; hace sentir al interlocutor que su dignidad está a salvo y que su valor es respetado, y que quien lo invita no busca sino esclarecer la verdad y orientarse hacia ella, no en defensa de sí mismo ni para imponer su punto de vista, sino únicamente por Dios.

Es fundamental que el predicador no se adentre en el diálogo con ningún grupo sin estar provisto de pruebas, argumentos y la luz del conocimiento; debe comprender la naturaleza de las dudas de cada sector y saber cómo abordarlas. Ha de esforzarse por atraer a su interlocutor y rescatarlo del laberinto de la confusión hacia la serenidad de la guía. Su diálogo debe ser el de quien pretende salvar, no el de quien pretende vencer; el de quien aspira a que el otro alcance la guía, no a obtener una victoria personal. Quien dialoga debe

percibir en él misericordia y deseo sincero de su bien, no ánimo de imponerse.

Los destinatarios de la da'wa son diversos, y cada tipo requiere un enfoque adecuado. No es correcto dirigirse al ateo del mismo modo que al cristiano convencido de su fe. Cuando el diálogo se establece con alguien con quien se comparte un terreno común, es preciso partir de esa base y avanzar gradualmente hacia los puntos de discrepancia.

La da'wah a través del ejemplo

Zumama ibn Uzal era un jefe tribal influyente de la tribu de Banu Hanifa. En su momento, había amenazado al Profeta ﷺ y se había mostrado hostil hacia él. Posteriormente, mientras se dirigía a La Meca, fue capturado por una expedición enviada por el Profeta ﷺ y llevado a Medina.

El Profeta ﷺ no ordenó encerrarlo en una celda ni someterlo a un trato humillante. Por el contrario, dispuso que fuera atado a una de las columnas de la mezquita, de modo que ante sus ojos se desplegara la vida cotidiana y espiritual del Mensajero de Dios ﷺ y de los creyentes que lo rodeaban.

El primer día, el Profeta ﷺ se acercó y le dijo: "¿Qué tienes que decir, Zumama?"

Estas palabras estaban muy lejos de cualquier tono de reproche o amenaza. Zumama podría haber esperado escuchar lo que el Profeta tenía reservado para él, pero fue el Profeta quien le preguntó primero.

Zumama respondió con la dignidad de un líder seguro de sí mismo:
"Tengo algo bueno que ofrecer, Muhámmad. Si me matas, matarás a un hombre de sangre importante; pero si me perdonas, perdonarás a alguien agradecido; y si deseas dinero, pide lo que quieras."

El Profeta ﷺ no respondió a ninguna de esas opciones. Lo dejó en su lugar, permitiendo que sus sentidos y su mente observaran lo que ocurría a su alrededor.

Durante dos días, Zumama permaneció atado, pero no fue tratado de manera que lesionara su dignidad. Su alimento

provenía de la casa del propio Profeta ﷺ, como si compartiera con él su sustento.

Desde su posición, Zumama contemplaba la grandeza moral del Profeta ﷺ: lo veía vivir entre sus compañeros como uno más, sin la arrogancia de los reyes, pero con la serenidad de los profetas. Observaba las filas ordenadas de los creyentes en oración y escuchaba la recitación del Corán en la voz del Mensajero. Cada escena era un mensaje silencioso que penetraba en su corazón.

Al tercer día, el Profeta ﷺ dijo: "Liberen a Zumama".

Fue puesto en libertad sin condiciones, tras haber pasado tres días contemplando la vida profética y escuchando las palabras del Corán. Salió de la mezquita con un corazón distinto del que tenía al entrar. Se dirigió a un huerto cercano, se purificó, regresó y declaró ante el Profeta ﷺ:

"Atestiguo que no hay divinidad sino Dios y que Muhámmad es el Mensajero de Dios. ¡Oh Muhámmad! No había rostro en la tierra más detestable para mí que el tuyo; ahora es el más amado. No había religión más odiada para mí que la tuya; ahora es la más querida. No había ciudad más aborrecida para mí que la tuya; ahora es la más amada".[39]

¿Qué fue lo que lo atrajo al Islam, si el Profeta ﷺ no le hizo una invitación directa ni condicionó su libertad a la conversión?

Fue el ejemplo vivo del Profeta ﷺ. Durante tres días observó su carácter, su humildad, su oración, su trato con la gente. Cada gesto era una prueba de su veracidad, cada escena una línea escrita en el corazón.

Algo similar ocurrió con ‘Adi ibn Hatim. Cuando acudió al Profeta ﷺ, lo vio detenerse en el camino para escuchar con paciencia a una mujer necesitada. Pensó: “Esto no es propio de un rey”. Luego entró en su casa y vio que no había más que un solo cojín, que el Profeta le ofreció a él mientras se sentaba en el suelo.[40]

‘Adi, que conocía la pompa de los reyes, comprendió que aquello no era la actitud de un monarca, sino de un profeta.

Asimismo, cuando el Profeta ﷺ llegó a Medina, ‘Abdullah ibn Salam —erudito judío— dijo al verlo: “Cuando contemplé su rostro, supe que no era el rostro de un mentiroso”.[41]

Contemplar su rostro ﷺ infundía tranquilidad y evidenciaba veracidad.

Por ello, uno de los medios más eficaces en la llamada a Al-lah es presentar la vida del Profeta ﷺ y darlo a conocer; pues su biografía es profundamente atractiva y constituye una de las pruebas de su profecía. Quien conoce su vida comprende que no puede ser sino la vida de un profeta que recibe la revelación de Al-lah.

Al presentar su biografía es importante no limitarse a exponer una narración histórica desde su nacimiento hasta su fallecimiento. Lo esencial es mostrar sus cualidades y su noble carácter, exponer las pruebas racionales de su profecía —que son la demostración de su misión profética— y presentar su relación con los profetas anteriores, especialmente con Abraham, Moisés y Jesús.

Sobre la biografía profética he escrito un libro que se publicó en árabe con el título “As-Sirah al-iasirah”, y que fue traducido con el título “El último de los profetas”. En él me

centré en una biografía resumida, en la mención de las pruebas racionales de la profecía y en las cualidades proféticas, porque eso es lo más importante que debe conocer quien lee la biografía del Profeta.

Comenzar desde el punto de acuerdo

El Profeta ﷺ dialogó con Husayn ibn ‘Ubayd comenzando desde un terreno común, sin confrontación directa. Le preguntó:

“¿Cuántas divinidades adoras hoy?”
“Siete en la tierra y una en el cielo.”
“Si te aflige una desgracia, ¿a quién invocas?”
“Al que está en el cielo.”
“Si pierdes tus bienes, ¿a quién invocas?”
“Al que está en el cielo.”
“¿Y Él te responde solo, y aun así asocias a otros con Él?”[42]

Con este método activó la reflexión partiendo de un punto compartido.

Las personas son diversas. El cristiano que cree en Dios y en los profetas ya ha recorrido parte del camino; existe un terreno común sobre el cual construir el diálogo. En cambio, con el ateo, la conversación comienza desde las preguntas fundamentales de la existencia: ¿de dónde venimos?, ¿hacia dónde vamos?, ¿cuál es nuestro propósito?, ¿es concebible que el universo exista sin sentido?

Los destinatarios de la da’wa son de diversos tipos y opiniones, y cada uno requiere el modo de invitación que le resulte más adecuado. El cristiano que cree en su cristianismo ya ha recorrido una parte del camino: cree en Al-lah, en el Día del Juicio, en los mensajeros y en las revelaciones. Existe, por tanto, un espacio de acuerdo y una base común. El diálogo con él consiste en corregir la creencia en Al-lah —glorificado y exaltado sea— mediante Su unicidad, y en demostrar la profecía de Muhámmad ﷺ, y que él es el

Mensajero de Al-lah, del mismo modo que los profetas fueron enviados antes que él. Así dice Al-lah: **"Di: "¡Oh, Gente del Libro! Convengamos en una creencia común: No adoraremos sino a Dios, no Le asociaremos nada y no tomaremos a nadie como divinidad fuera de Dios". Pero si no aceptan digan: "Sean testigos de que nosotros solo adoramos a Dios"." (Corán, 3:64)**.

Por ello fue la recomendación del Profeta ﷺ a Mu'adh cuando lo envió al Yemen. Le dijo: "Vas a llegar a un pueblo de la Gente del Libro; que lo primero a lo que los invites sea a que reconozcan la unicidad de Al-lah, exaltado sea".[43]

Quien cree en la existencia de Al-lah —glorificado y exaltado sea— y en el retorno a Él, debe comenzar por la afirmación de Su unicidad y por magnificarlo, para luego pasar a lo que viene después, una vez que se haya establecido ese acuerdo.

En cambio, con el ateo que niega la existencia de Al-lah —glorificado y exaltado sea— el discurso debe centrarse en la existencia de Al-lah, en Su creación de las criaturas, en Su gobierno del reino, y en Su sabiduría en la creación y en el mandato. Los puntos de partida del diálogo con él comienzan con las preguntas existenciales decisivas que se imponen a toda razón y se agitan en toda naturaleza humana: ¿de dónde hemos venido sin haberlo elegido? ¿Hacia dónde iremos sin haberlo elegido? ¿Cuál es nuestra misión y nuestra finalidad? ¿Es concebible que todo este universo haya surgido en vano? ¿Y que el ser humano sea dejado sin responsabilidad ni rendición de cuentas? **"¿Acaso cree el ser humano que no será responsable de sus actos?" (Corán, 75:36)**.

Este método —comenzar desde el acuerdo— es una orientación coránica. Dios dice:

“Pregúntales [¡Oh, Muhámmad! a los idólatras]: “¿Quién los sustenta de los cielos y la Tierra?” Diles: “¡Dios!”.” (Corán, 34:24).

A partir de lo que todos admiten, se avanza hacia aquello en lo que difieren.

Por ejemplo, ¿es Él el único que merece la adoración? ¿O existen “asociados” a quienes se adora pese a que no proveen sustento? Digamos: **“Uno de nosotros está en el sendero recto y el otro en el error evidente” (Corán, 34:24).**

Y puesto que la fe en la existencia de Dios, en Su creación y en Su gobierno del universo era un punto común entre el Profeta ﷺ y los politeístas, él la reafirmaba y la repetía, y desde allí avanzaba: **“¿Acaso Quien los guía en la oscuridad [de la noche] por la tierra y el mar, y envía los vientos que traen las lluvias como una misericordia [puede compararse a quien no es capaz de hacer nada de eso]? ¿Acaso puede haber otra divinidad junto con Dios? Dios está por encima de [los ídolos] que Le asocian” (Corán, 27:63).**

Y también: **“Si les preguntas [a los idólatras] quién creó los cielos y la Tierra, y sujetó al Sol y a la Luna [a una órbita], responderán: “¡Dios!” ¿Cómo, entonces, es que se desvían [del monoteísmo]?” (Corán, 29:61).**

La guía a través del Corán

Yubayr ibn Mut'im fue a Medina siendo aún idólatra para negociar con el Profeta ﷺ respecto de algunos prisioneros de Badr. Entró a la mezquita mientras el Profeta ﷺ dirigía la oración del magrib y lo oyó recitar la sura *At-Tur*. Dijo: "Cuando lo escuché recitar las palabras de Dios: **"¿Acaso surgieron de la nada o son ellos sus propios creadores?" (Corán, 52:35)**, sentí que mi corazón estaba a punto de salir volando".[44]

El impacto de esos versículos sacudió el corazón de un hombre que todavía no se había convertido, pero comprendió el mensaje y percibió su fuerza sobre el alma. Fue una semilla que germinó en su interior, de modo que cuando finalmente abrazó el Islam lo hizo ya predispuesto a aceptarlo.

Cuando el Profeta ﷺ presentaba su mensaje, recitaba el Corán. Sus significados los envolvían y su guía los alcanzaba, cumpliendo el mandato de Dios: **"Me ha sido revelado este Corán para advertirles con él a todos aquellos que les llegue el Mensaje" (Corán, 6:19)**.

Cuando Mus'ab ibn 'Umayr fue a Medina, su provisión y su herramienta fueron el Corán: con él invitaba, y por él la ciudad se abrió al Islam.

Los significados integrales del Corán hablan tanto a la razón despierta como al corazón vivo y sensible: es un mensaje racional y emocional; contiene sabiduría, exhortación y debate en la mejor forma. **"El Corán guía por el sendero más justo y firme" (Corán, 17:9)**.

Dios ordenó a Su Profeta que convocara mediante la recitación del Corán y su explicación a la gente: **"[Diles, oh,**

Muhámmad:] “Me ha sido ordenado adorar al Señor de esta ciudad [La Meca], a la que ha declarado sagrada; el Señor de todas las cosas. Me ha sido ordenado ser de los musulmanes [que someten a Dios su voluntad]. [Se me ha ordenado] recitar el Corán. Quien siga la guía lo hará en beneficio propio, y a quien se extravíe dile: “Yo solo he venido a advertirles…”.” (Corán, 27:91–92).

Esto orienta a los predicadores a hacer del Corán el eje de su da’wah: es luz, es guía y es el influjo más fuerte sobre las almas.

Predicar con el Corán implica recitarlo, presentar sus contenidos, acercar sus significados a la gente, y variar el modo de presentarlo según cada público, para que comprendan la palabra de Dios, la asimilen y se vean afectados por ella.

Muchos de quienes abrazaron el Islam lo hicieron porque un solo versículo los atrajo: una aleya que impactó su interior, despertó su conciencia y removió sus sentimientos.

Al invitar a no musulmanes mediante el Corán, es útil elegir versículos que dialogan con ellos: especialmente los pasajes mequíes que hablan de la grandeza de Dios en la creación, el origen de la existencia, los dones concedidos; de Su derecho exclusivo a ser adorado; del sentido de la vida; de la misión humana y del destino posterior.

Cuando visité algunos centros islámicos, vi que entregaban copias de traducciones del Corán al nuevo musulmán o a quien preguntaba por el Islam. Consideré que es preferible ofrecerles, antes, selecciones de aleyas y suras adecuadas a

sus necesidades, en vez de sumergirlos de inmediato en la amplitud de significados que quizá no logren abarcar.

El Mensajero ﷺ, en su carta a Heraclio, no le envió un ejemplar del Corán ni una sura completa: le envió una sola aleya, breve y abarcadora, que interpela a la Gente del Libro invitándola al monoteísmo y a unirse en la adoración exclusiva de Dios.

Por ello preparé un breve texto titulado: "Conoce el Corán". Incluí una introducción sobre el Corán, su descenso y su grandeza; luego seleccioné algunas suras: *Al-Fatiha*, *Mariam*, *Qaf* e *Al-Ijlas*, con comentarios breves que aclaran sus significados; y añadí aleyas concisas sobre ética y trato humano. El resultado fue un folleto corto, legible en una sola sesión, útil como entrada para una lectura más amplia del Corán en una etapa posterior, cuando las cuestiones mayores se hayan aclarado y las preguntas existenciales fundamentales hayan recibido respuesta.

La da'wah con sabiduría

Un hombre acudió al Mensajero de Dios ﷺ y le dijo: "¡Oh, Mensajero de Dios, dame un consejo!". Él respondió: "No te enojes". El hombre repitió la petición varias veces y el Profeta ﷺ le respondió siempre: "No te enojes".[45]

Otro le dijo: "Dime una frase sobre el Islam por la cual no necesite preguntar a nadie después de ti". Él dijo: 'Di: 'Creo en Dios', y luego mantente firme".[46]

Otro le preguntó: "¿Qué es lo mejor en el mejor?". Respondió: "Dar de comer y saludar con paz a quien conoces y a quien no conoces".[47]

Y otro preguntó: "¿Cuál obra es la mejor?". Respondió: "Creer en Dios y en Su Mensajero". Preguntó: "¿Y después?". Dijo: "La lucha en el camino de Dios".[48]

Así, las respuestas del Profeta ﷺ variaron a pesar de que las preguntas eran similares. Los estudiosos explicaron la sabiduría de esa diversidad: se debía a la diversidad de las situaciones de los que preguntaban, y el Mensajero ﷺ respondía a cada uno con lo que más necesitaba y con lo más adecuado a su condición.[49]

Esa es la sabiduría, y es lo que Dios ordenó: **"Convoca al sendero de tu Señor con sabiduría y bellas palabras" (Corán, 16:125)**.

Invitar con sabiduría exige considerar la situación del interlocutor y sus circunstancias, dosificar lo que se le explica en cada ocasión para no agobiarlo, no cargarlo con obligaciones antes de que el alma esté preparada, elegir una forma de mensaje apropiado y variar el método según lo que

exija la situación. Que el celo y el entusiasmo no lo arrastren a apartarse de la sabiduría, ni en esto ni en lo demás.[50]

La sabiduría es necesaria en toda labor de da'wah y en todo proyecto de reforma, individual o institucional, de corto o largo plazo. Pero la sabiduría no es un conjunto de instrucciones rígidas, reglamentos cerrados o leyes estrictas que el predicador simplemente "aplica". Sus definiciones y elementos muestran que es un campo amplio de esfuerzo y discernimiento: en palabras, acciones y posturas que cambian según las circunstancias, los entornos y los tiempos. Su propósito es acertar en lo que se dice y se hace, y colocar cada cosa en el lugar que le corresponde. Lo que es sabiduría en un tiempo o lugar puede no serlo en otro. El predicador sabio es quien, mediante su criterio, logra valorar lo adecuado para cada situación.[51]

Entre los aspectos de la sabiduría en la predicación que vale la pena mencionar aquí:

El predicador sabio sabe relacionarse con la diversidad de quienes son objeto de su mensaje: comprende sus temperamentos, sus contextos sociales y culturales, y domina las claves para ganar sus corazones mediante los recursos psicológicos y pedagógicos más adecuados a cada uno. Otorga a cada cual el trato y la consideración que le corresponden.

La biografía del Profeta ﷺ está colmada de ejemplos prácticos que lo demuestran. Supo tratar tanto con los beduinos rudos como con los sagaces estrategas árabes; con quienes tenían un carácter severo, con los líderes del politeísmo y con las distintas clases de hipócritas. Así, en innumerables situaciones, se manifiesta su sabiduría al interactuar con personalidades disímiles, en circunstancias y momentos variados.

El predicador prudente tiene en cuenta la situación de quienes están sujetos a las obligaciones religiosas; reconoce la diversidad en la comprensión de las personas y en su capacidad para cumplir los actos de obediencia. Por ello orienta con equilibrio y moderación, procurando lo posible sin exigir lo inalcanzable. Según se transmite de Abu Huraira —que Dios esté complacido con él—, el Mensajero de Dios ﷺ dijo: "Obren con rectitud, intenten la perfección; avancen por la mañana y por la tarde, y aprovechen parte de la noche. Sean constantes, sean mesurados, y alcanzarán la meta".[52]

La sabiduría en la predicación no se perfecciona sin el conocimiento de los fines, las causas y los propósitos superiores de la ley islámica. Los objetivos de la sharía son, como afirmó Al-Shatibi: "el espíritu de las obras".[53] No es verdaderamente sabio quien simplemente distingue entre el bien y el mal, sino quien sabe discernir entre dos bienes cuál es el mayor, y entre dos males cuál es el menor; quien procura la mayor de las utilidades aunque se pierda una menor, y evita el daño más grave aunque ello implique tolerar uno más leve. La ley revelada fue instituida para realizar y perfeccionar los beneficios, así como para eliminar los perjuicios o, al menos, reducirlos.[54]

La da'wah: emoción y compromiso

La intensidad emocional del Profeta ﷺ se manifestaba incluso en sus sermones. Se ha descrito que cuando pronunciaba una exhortación, elevaba la voz, sus ojos se enrojecían y hablaba como quien advierte a de ejército inminente. Esa fuerza provenía de su profunda convicción en aquello que proclamaba.

Su da'wah estaba impregnada de compasión por la humanidad, del deseo ardiente de rescatarla del extravío. Se alegraba cuando veía a las personas encaminarse hacia la guía, y se entristecía profundamente cuando persistían en el error. Tal era su pesar que Dios le dijo: **"¿Acaso vas a dejar que te consuma la pena si ellos se niegan a creer en estas palabras?" (Corán, 18:6).**

Es el sentimiento de celo sincero por la guía de las personas y el anhelo de rescatar a la humanidad. Ese es el espíritu que debe percibir quien recibe la invitación: que el motor de tu da'wah es el amor y la compasión hacia él; que reconoces entre ambos una fraternidad humana que te impulsa a desearle la guía, a caminar juntos por el sendero recto y a transitar el camino que conduce a Dios.

Debe advertir en ti la premura de quien desea salvar, no la imposición de quien ordena; comprender que tu invitación nace del afecto y la misericordia, no del afán de dominar o sumar adeptos.

Si Dios dispone que alguno abrace el Islam por medio de ti, conviene que perciba tu alegría, y que los musulmanes compartan contigo ese júbilo, haciéndole sentir que ha pasado a formar parte de la gran familia del Islam, que es

ahora uno de los suyos. Debe experimentar el cuidado y la cercanía de esa comunidad, de modo que en su interior nazca una reciprocidad afectiva acorde con la que se le ha mostrado.

De igual modo, todo aquel a quien Dios abra, por tu mediación, una puerta hacia la guía y la rectitud, debe percibir tu regocijo, tu apoyo y tu colaboración sincera.

Así como el Profeta ﷺ se entristecía y afligía ante la indiferencia de quienes rechazaban el mensaje, también se alegraba profundamente por la guía de quienes lo aceptaban. Visitó en cierta ocasión a un joven judío enfermo que le servía, y al hallarlo cercano a la muerte le presentó el Islam; el joven aceptó y poco después falleció. Entonces el Profeta ﷺ salió diciendo con júbilo: "Alabado sea Dios, que lo salvó del Fuego por medio de mi".[55]

Aquel joven abrazó el Islam y murió de inmediato: el Profeta ﷺ no obtendría de él beneficio alguno, ni la comunidad recibiría provecho material de su conversión. Sin embargo, el Mensajero se alegró por su guía y por haberlo rescatado de un destino de extravío.

La invitación a la fe es, en sí misma, una ganancia y un botín íntegro. Su mayor logro es que Dios guíe por tu causa a una sola persona, incluso si consideras que no aportará nada a otros. Salvarla es, por sí mismo, su salvación y tu mérito. Es un logro que merece ser celebrado, motivo de gratitud y alabanza a Dios por haberte concedido el honor de que la guía se realizara a través de ti.

El buen carácter como forma de da'wah

El Profeta ﷺ aconsejó a Abu Dharr con tres orientaciones que sintetizan la purificación interior: "Teme a Dios dondequiera que estés; sigue a la mala acción con una buena que la borre; y trata a la gente con buen carácter."[56]

Obsérvese que dijo "a la gente": el buen carácter se ofrece a todos, cercanos y lejanos, creyentes y no creyentes. El propio Profeta ﷺ fue el modelo supremo de noble conducta. Dios dijo sobre él:

"Eres de una naturaleza y moral grandiosas" (Corán, 68:4).

Y Anas relató: "El Mensajero de Dios era el mejor de las personas en carácter".[57]

No se conoce a nadie cuya vida haya sido expuesta y conocida como lo fue la vida del Profeta ﷺ, de tal manera que toda la existencia quedó iluminada por ella. Nadie ha influido en la humanidad como él lo hizo, ni siquiera de manera cercana a su influencia. Entre las cosas que Al-lah dispuso para ello estuvo el noble carácter con el que fue creado: **"[¡Oh, Muhámmad!] Por misericordia de Dios eres compasivo con ellos. Si hubieras sido rudo y de corazón duro se habrían alejado de ti" (Corán, 3:159)**.

El buen carácter es el acto de adoración mediante el cual servimos a Al-lah —glorificado y exaltado sea— cuando tratamos con las personas. No hay nada más pesado en la balanza del siervo que el buen carácter. Es un lenguaje que no necesita intérprete, y las personas perciben la diferencia entre

los comportamientos morales con mayor claridad de lo que perciben la diferencia entre las ideas.

No hay influencia más poderosa que la del ejemplo. El buen carácter es un acto de adoración que practicamos al tratar con los demás. Es lo más pesado en la balanza de las obras y el lenguaje que no necesita traducción. Las personas distinguen mejor la nobleza moral que la sutileza intelectual.

Muchos corazones han sido conquistados por la conducta antes que por los argumentos. Existe un proverbio que lo expresa con claridad: "No me hables demasiado, pues lo que haces habla tan fuerte que me impide oír tus palabras."

Un ejemplo elocuente ocurrió cuando una delegación de la tribu de Mudar llegó en extrema necesidad. El Profeta ﷺ se conmovió al ver su estado y exhortó a la comunidad a ayudar. La gente vaciló al principio, hasta que un hombre de los Ansar se adelantó con una bolsa de monedas que apenas podía sostener. Tras él, otros se apresuraron, hasta que se formaron montones de alimentos y ropa ante el Profeta ﷺ, cuyo rostro se iluminó de alegría. Entonces dijo: "Quien establezca en el Islam una buena práctica tendrá su recompensa y la de quienes la sigan, sin que disminuya la de ellos; y quien establezca una mala práctica cargará con su pecado y el de quienes la sigan."[58]

Ese hombre no ordenó nada a nadie: simplemente actuó, y su ejemplo inspiró a los demás.

Así también, cuando ofrecemos un modelo noble de conducta, presentamos la belleza atractiva de esta religión. No se trata de aparentar ni de buscar reconocimiento, sino de expresar sinceramente la fe.

Es igualmente importante promover la da'wah práctica mediante el servicio a la sociedad: proyectos que atiendan la pobreza, la drogadicción, la delincuencia o la ignorancia. Contribuir a resolver estos problemas es una forma de invitación y de excelencia moral, independientemente de que genere conversiones. Es un acto de acercamiento a Dios y, al mismo tiempo, una presentación digna de nuestra fe y nuestro mensaje.

Rectificar la distorsión y contener la provocación

La imagen del islam ha sido objeto de distorsión en numerosos países. Parte de esa deformación ha sido producto de los grupos extremistas de carácter violento; otra parte, de ciertos medios de comunicación hostiles que presentan esas escenas como si representaran al islam y a los musulmanes en su totalidad.

Por ello, se hace necesario exponer el admirable enfoque del islam en el trato con quienes profesan creencias distintas, así como aclarar sus derechos y las dimensiones de benevolencia y justicia que rigen esa relación. Dice Dios, exaltado sea:

"Dios no les prohíbe hacer el bien y tratar con justicia a quienes no los han combatido por causa de la religión ni los han expulsado de sus hogares, porque Dios ama a los que actúan con justicia" (Corán, 60:8).

Conviene recordar que estos principios fueron legislados mucho antes de la aparición de los tratados internacionales y las organizaciones globales contemporáneas.

Asimismo, las campañas de desprestigio deben enfrentarse de manera positiva, aprovechando los acontecimientos sin reaccionar de forma impulsiva ante ellos. Si surge una campaña de burla contra el Profeta ﷺ, debe responderse con una campaña que dé a conocer su figura y su grandeza. Si aparece una campaña de menosprecio hacia el Corán, debe contestarse con la traducción y difusión de capítulos y versículos que evidencien su sublimidad, su defensa de los

derechos, su exaltación de los profetas y su promoción de los valores éticos.

Del mismo modo, puede que enfrentemos provocaciones por parte de personas fanatizadas o extremistas de corrientes contrarias. No obstante, tales situaciones no deben arrastrarnos a reacciones emocionales que hagan perder valiosas oportunidades de transmisión del mensaje. La sabiduría radica en contener la discrepancia mediante la indulgencia, el perdón y la moderación. Dios, exaltado sea, dice:

"Muchos de entre la Gente del Libro quisieran que renegaran de su fe y volvieran a ser incrédulos, por la envidia que les tienen, [incluso] después de habérseles evidenciado a ellos la verdad. Pero perdonen y disculpen hasta que Dios decida sobre ellos. Dios tiene poder sobre todas las cosas" (Corán, 2:109).

Se ordena aquí el perdón y la tolerancia para contener el conflicto y evitar su escalada, pues la mayoría de sus seguidores constituyen un espacio abierto a la orientación; no debe empujárseles hacia una confrontación innecesaria con el islam.

Presentar los fundamentos del islam

Al dar a conocer el islam, es fundamental centrarse en sus principios esenciales, aquellos que lo distinguen y le otorgan identidad. La presentación del islam debe estructurarse a partir de sus fundamentos: la exaltación de Dios —glorificado y exaltado sea—, cuyo mayor reconocimiento consiste en Su unicidad y en dedicarle exclusivamente la adoración, la intención y la orientación vital.

Es también necesario evidenciar los valores que el islam aporta y que muchas veces escasean en las concepciones modernas que han transformado la vida en un gran taller productivo, donde las existencias se consumen ajenas al propósito de la creación y al destino final del ser humano. Dice el Corán:

"¿Acaso cree el ser humano que no será responsable de sus actos?" (Corán, 75:36).

El elemento más significativo en este marco es la plenitud espiritual y la serenidad interior que el creyente encuentra en su fe. El Corán es guía para transitar la vida: define la posición del ser humano, traza su camino, aclara su origen y su destino, otorga valor a su existencia y lo rescata de una visión nihilista hacia una vida dotada de propósito y noble finalidad:

"Él es Quien creó la muerte y la vida para probarlos y distinguir quién obra mejor" (Corán, 67:2).

En este horizonte, el ser humano armoniza con el vasto universo que lo rodea mediante la adoración a Dios, la orientación hacia Él y la certeza de Su grandeza, Su cercanía y Su auxilio. El Profeta ﷺ dijo:

"La excelencia espiritual (ihsán) consiste en adorar a Dios como si lo vieras; y si no lo ves, sabes que Él ciertamente te ve".[59]

¡Qué distinta sería la vida de quien vive con la convicción de estar bajo la mirada de Dios! Su existencia sería serena y confiada. Colocaría la vida terrenal en su justa medida, viviendo en ella con la mirada proyectada hacia la vida eterna. Afrontaría las dificultades con certeza y confianza:

"Diles: "El goce de la vida mundanal es pasajero; en cambio, la otra vida es superior para los piadosos, en la que no serán tratados injustamente en lo más mínimo" (Corán, 4:77).

Asimismo, deben exponerse las virtudes del islam, especialmente en el ámbito ético y en el trato benevolente hacia los demás.

En una ocasión, al reunirme con una funcionaria encargada de asuntos religiosos en el Ministerio del Interior de Colombia, conversé con ella sobre este aspecto. Le expliqué que ningún libro ni constitución había abordado los derechos del prisionero antes que el Corán. Fue el primer texto que habló de los derechos del cautivo, además de los derechos del huérfano, del necesitado y del endeudado. Incluso el prisionero, que en principio pudo haber llegado como combatiente, cuando cae en cautiverio y se encuentra en situación de debilidad, se convierte en objeto de trato compasivo. Esta perspectiva la impresionó profundamente.

La claridad doctrinal, la pureza conceptual y las virtudes del islam atraen naturalmente a las personas. Sin embargo, debe evitarse la confrontación con las religiones presentes en cada país, así como los debates polémicos con cristianos o

budistas, pues tales disputas suelen avivar tensiones y cerrar puertas de diálogo. Lo adecuado es cultivar una comunicación respetuosa con los líderes religiosos y presentarles el islam mediante un trato ejemplar, evitando en lo posible escenarios de confrontación.

No se debe recurrir al ataque directo contra sus credos o creencias, pues la agresión genera inevitablemente una reacción defensiva.

La causa debe centrarse en presentar el islam, darlo a conocer y orientar hacia él. Cuando se enciende la luz, la oscuridad se disipa; cuando se manifiesta la verdad, la falsedad se desvanece.

Al presentar el islam, es esencial hacerlo sin que la persona perciba una intención de presión o manipulación. Se trata de exponer las enseñanzas de la religión y dejar al interlocutor la responsabilidad de elegir y decidir. La razón, la naturaleza humana y el mundo circundante constituyen testimonios convergentes de una misma verdad.

El fruto es mayor que la semilla

El esfuerzo individual no debe subestimarse. Puede que la labor de un solo predicador, bendecida por Dios, sea causa de grandes transformaciones. Mus'ab ibn 'Umayr fue un enviado solitario a Medina y se convirtió en motivo de la conversión de muchos de los Ansar.

Abū Dharr —que Dios esté complacido con él— acudió al Profeta ﷺ en los primeros tiempos de la misión, cuando los musulmanes aún practicaban su fe en secreto en La Meca. Tras aceptar el islam, el Profeta le ordenó regresar a su pueblo y le dijo: "Vuelve con tu gente y transmíteles el mensaje hasta que recibas nuevas instrucciones mías". Permanecer en La Meca habría supuesto una carga para la comunidad. Sin embargo, Abū Dharr no regresó a la espera pasiva, sino que emprendió una labor activa de da'wah hasta que la mitad de su tribu, Gifar, abrazó el islam.[60]

Por ello, no menosprecies tu esfuerzo ni minimices tu papel. Tal vez seas un instrumento para salvar a una comunidad o revivir una tierra espiritualmente estéril.

Puede que quien se guíe por medio de ti realice obras mayores que las tuyas y logre más de lo que tú alcanzaste. A menudo, quien recibe un mensaje lo comprende mejor que quien lo transmitió. Todo ello quedará registrado a tu favor. Cuando se trabaja en contextos no musulmanes, puede que algunas personas acepten el islam con sinceridad y realicen aportes que tú mismo hoy no podrías llevar a cabo; y todo ello será una prolongación de tu labor.

Un ejemplo de ello es al-Tufail ibn 'Amr al-Dawsī —que Dios esté complacido con él—, quien aceptó el islam en los inicios

de la misión y luego regresó a su tribu, Daws, para difundir el mensaje. Entre quienes abrazaron el islam gracias a él estuvo Abū Huraira —que Dios esté complacido con él—, conocido como el gran transmisor de la tradición profética. Dios preservó, a través de él, una parte fundamental de la Sunna. En el Musnad de Ahmad se registran 3867 narraciones transmitidas por Abū Huraira, mientras que no figura ninguna narración transmitida directamente por al-Tufail. Sin embargo, todas las narraciones de Abū Huraira constituyen, en cierto modo, parte del legado espiritual de al-Tufail.

Capítulo IV

El predicador emigrante

Valorar espiritualmente la experiencia de la migración

¿Has imaginado tus sentimientos y emociones mientras preparas tus maletas para un viaje de da'wah? ¿Has reflexionado sobre tu estado mientras te elevas por los amplios horizontes de Al-lah? Lo que llevas contigo no es solo lo que has puesto en tus maletas, sino lo que llevas en tu corazón. ¿Has sentido, mientras atraviesas los cielos o recorres los caminos de la tierra, que eres un emigrante por la causa de Al-lah —glorificado y exaltado sea—? ¿Que te esfuerzas en una misión de rescate y de dar vida, con la esperanza de que quizá Al-lah salve por medio de ti a una comunidad que está pereciendo?

Quien se aleja de su tierra con esta intención, Al-lah le abre las puertas de Su favor. Dice Al-lah —glorificado y exaltado sea—:

"Quien emigre por la causa de Dios encontrará en la Tierra muchos lugares para refugiarse y también sustento" (Corán, 4:100).

Al-lah no puede prometer amplitud al emigrante para luego trasladarlo a la estrechez; más bien lo llevará hacia la amplitud, el favor y una gran recompensa. Si en algún momento el asunto se te vuelve confuso, revisa tu intención y corrige tu propósito.

En nuestra emigración seguimos las huellas de los profetas y mensajeros de Al-lah —la paz sea con ellos—. El profeta Abraham emigró, Lot emigró, Jacob emigró, José emigró y Moisés emigró. Después vino nuestro Profeta Muhámmad ﷺ

para ser el más noble de los emigrantes, y nosotros, en esta época, caminamos tras sus pasos.

La emigración para la da'wah nos fue precedida por los profetas y mensajeros de Al-lah —la paz sea con ellos—, y también nos precedieron en ella los compañeros de nuestro Profeta Muhámmad ﷺ.

Entre ellos estuvieron los emigrantes a Abisinia, Mus'ab ibn 'Umayr y después los emigrantes a Medina. Y nosotros hoy, en estos horizontes, sentimos cada uno de nosotros que ha sido enviado por su Profeta Muhámmad ﷺ tal como ellos fueron enviados, y que somos emigrantes como ellos emigraron.

El Profeta ﷺ inculcaba en el corazón de los compañeros[61] que cada uno de ellos era un mensajero enviado con el mensaje de Al-lah a la humanidad. Les dijo: "Ciertamente, han sido enviados para facilitar"[62]. Se dirigía a ellos como enviados y atribuía directamente a ellos el envío, porque eran enviados con aquello con lo que él había sido enviado. Por ello, Rib'i ibn 'Amir dijo al comandante de los persas cuando le preguntó: "¿Qué os ha traído aquí?". Él respondió: "Al-lah nos ha enviado para sacar a las personas de la adoración de los siervos a la adoración del Señor de los siervos"[63]. Observa las palabras del Profeta ﷺ: "Ciertamente, han sido enviados". Y las palabras de Rib'i: "Al-lah nos ha enviado".

La capacitación para esta noble misión es una elección y una concesión de éxito por parte de Al-lah. Vemos cómo las universidades islámicas gradúan cada año a miles de estudiantes en los departamentos de teología y da'wah; sin embargo, a veces Al-lah guía a Sus siervos por medio de personas que se encuentran fuera de esas selecciones humanas. Es la elección y el favor concedido por Al-lah. Él

escoge para esta noble misión a quienes son dignos de ella: **“Tu Señor es Quien crea y elige hacer lo que quiere” (Corán, 28:68).**

En nuestra realidad contemporánea existen modelos de predicación que constituyen ejemplos actuales, los cuales han sabido aprovechar los medios disponibles de nuestra época y desarrollar la eficacia de la da’wah.

Entre esos ejemplos se encuentra el shéij doctor ‘Abd Ar-Rahmán As-Sumait —que Al-lah tenga misericordia de él—, quien permaneció cerca de un tercio de siglo en África invitando a las personas hacia Al-lah —glorificado y exaltado sea—. Sus huellas permanecieron en todo el continente africano, al igual que las de otros predicadores que se alejaron de sus tierras y a través de quienes Al-lah benefició a muchas personas.

En aquella época, el alejamiento de la patria implicaba grandes dificultades. No existían los medios de comunicación disponibles hoy ni la facilidad para desplazarse; sin embargo, ellos soportaron esas dificultades, buscaron con ello la recompensa de Al-lah, y sus huellas permanecieron mientras sus frutos siguieron multiplicándose.

La intención de la emigración y del

alejamiento de la patria

Si hemos mencionado el caso de Mus'ab ibn 'Umayr —a quien los musulmanes alcanzaron apenas un año después—, existe otro emigrante cuya permanencia en el exilio se prolongó cerca de quince años: **Ya'far ibn Abī Tālib**, junto con quienes lo acompañaron.

Partieron hacia Abisinia en el quinto año de la misión profética y regresaron al encuentro del Profeta ﷺ en el séptimo año después de la Hégira. Entre su partida y su retorno transcurrieron aproximadamente quince años vividos en condición de inmigrantes. Lo previsible habría sido que regresaran cuando el Profeta ﷺ emigró a Medina; sin embargo, Ya'far permaneció allí. No hay explicación más coherente para su permanencia que su dedicación —junto a sus compañeros— a la transmisión del mensaje entre los abisinios.

Cuando finalmente regresó desde Abisinia, lo hizo acompañado por una delegación de musulmanes abisinios, en número cercano a treinta emigrantes. Estos fueron quienes optaron por trasladarse; otros abrazaron el islam y permanecieron en su tierra. Así, Ya'far y quienes lo acompañaban no fueron solo emigrantes, sino verdaderos embajadores del islam en Abisinia, los primeros en abrir las puertas de África e iluminarla con el mensaje islámico.

Los musulmanes emigrados en Abisinia eran conscientes del mérito de su emigración y soportaban el dolor del exilio por la magnitud de la misión que desempeñaban. Eran portadores de un mensaje, y uno de los frutos de su labor fue la conversión del Negus, rey de Abisinia, así como la de numerosos abisinios. De ello derivó la posterior expansión

del islam en el este del continente africano. La semilla inicial de ese proceso fue la labor de aquellos emigrantes que vivieron su exilio por Dios y por Su Mensajero ﷺ.

Por ello, quien hoy vive lejos de su tierra puede valorar su experiencia del mismo modo que lo hicieron aquellos embajadores del mensaje, siguiendo el ejemplo de Mus'ab ibn 'Umayr, Ya'far ibn Abī Tālib y Abū Dharr al-Ghifārī —que Dios esté complacido con todos ellos—.

Debemos reflexionar también sobre la emigración de los compañeros del Profeta —que Dios esté complacido con ellos— primero hacia Medina y luego desde Medina hacia otras tierras. Emigraron desde La Meca —su ciudad natal y la más amada para ellos— hacia Medina. Más tarde, emigraron nuevamente desde Medina, dejando atrás sus recuerdos junto al Mensajero de Dios ﷺ, sabiendo el mérito de aquella ciudad, el valor de morir en ella, la excelencia de orar en su mezquita y el honor de que el Profeta ﷺ estuviera enterrado entre ellos.

Aun así, partieron hacia Siria, Irak, Jorasán, Egipto y África. Permanecieron en esas tierras y allí fallecieron. No los movía otro propósito que la transmisión de esta religión. Por ello se convirtieron en pilares firmes del islam en cada lugar al que llegaron.

La migración y sus pruebas

El predicador que vive en el extranjero enfrenta las mismas dificultades que cualquier emigrante: la nostalgia, la añoranza de la patria y de los seres queridos, y múltiples formas de sufrimiento emocional. Sin embargo, debe sobreponerse a ello con paciencia y conciencia espiritual, comprendiendo que su situación constituye una forma de emigración y esfuerzo en el camino de Dios, y que todo sacrificio realizado queda preservado como recompensa ante Él.

Una lección profunda al respecto se encuentra en el relato de Asmā' bint 'Umays —que Dios esté complacido con ella—, quien regresó de Abisinia en el séptimo año de la Hégira, tras quince años de exilio. En aquella época, la experiencia del destierro era aún más dura: no existían medios de comunicación ni facilidad de transporte; la separación era absoluta, una desconexión total de la patria, de la familia y de los amigos, y la adaptación a un entorno completamente ajeno.

A pesar de ello, su consuelo radicaba en saber que permanecieron en el exilio por Dios y por Su Mensajero ﷺ. Cuando regresó, 'Umar ibn al-Jattāb —que Dios esté complacido con él— le dijo: "Nosotros los precedimos en la emigración y en el esfuerzo junto al Mensajero de Dios ﷺ".

Ella respondió: "¡De ningún modo! Ustedes estaban junto al Mensajero de Dios ﷺ; él alimentaba a sus necesitados y enseñaba a sus ignorantes, mientras que nosotros estábamos en una tierra hostil y lejana, y todo ello fue por Dios y por Su Mensajero. No probaré bocado ni beberé nada hasta acudir al Mensajero de Dios ﷺ y contarle lo que has dicho".

Acudió de inmediato al Profeta ﷺ y le relató las palabras de ‘Umar. El Profeta ﷺ no respondió de inmediato, sino que le preguntó qué había contestado ella, pues conocía la conciencia que tenía de su misión y su papel. Cuando ella repitió su respuesta, el Mensajero de Dios ﷺ le dijo:

“Ellos no tienen más derecho que ustedes. Para él y sus compañeros hubo una emigración; pero para ustedes —los del barco— hubo dos emigraciones”[64].

Obsérvese que quienes regresaban de Abisinia no participaron en batallas decisivas como Badr, Uhud o la del Foso, ni estuvieron presentes en el Juramento de Ridwān. Sin embargo, su situación fue considerada de gran mérito, pues su ausencia se debió a una misión cumplida por Dios y por Su Mensajero.

Este episodio revela la claridad de conciencia de Asmā’ respecto a su papel: su sufrimiento y su exilio eran parte de una misión, una obra que presentaba ante Dios con orgullo legítimo, así como otros se enorgullecían de su participación en combates y migraciones.

Hoy vemos personas que emigran en busca de sustento, seguridad, estudios o trabajo, y que soportan la dureza del exilio alentadas por la satisfacción de alcanzar sus metas.

¿Cuánto más significativo es, entonces, emigrar por una causa elevada y objetivos trascendentes, actuando en conciencia ante Dios, esperando un impacto que perdure en vida y después de la muerte, heredando con la propia labor la misión de los profetas en la transmisión del mensaje divino a la humanidad, sabiendo que toda intención y acción realizada tiene su recompensa asegurada ante Dios, se llegue a ver su fruto o no?

Dice en el Corán: **“Quien emigre por la causa de Dios encontrará en la Tierra muchos lugares para refugiarse y también sustento. A quien emigre de su hogar por la causa de Dios y la de Su Mensajero, pero lo sorprenda la muerte, sepa que Dios le garantiza Su recompensa. Dios es Absolvedor, Misericordioso” (Corán, 4:100).**

Comenzar por los fundamentos

Cuando el Profeta ﷺ envió a Mu'adh ibn Yabal a Yemen, le dijo:
"Llegas a un pueblo de la Gente del Libro. Que lo primero a lo que los invites sea a la unicidad de Dios. Si aceptan, infórmales que Dios les ha prescrito cinco oraciones diarias. Si las cumplen, diles que Dios les ha prescrito la caridad obligatoria, tomada de sus ricos y devuelta a sus pobres...".[65]

Este hadiz presenta una metodología en la da'wah, de modo que se comience con la persona invitada por los fundamentos principales, siendo el más importante la adoración exclusiva de Al-lah —glorificado y exaltado sea—, magnificarlo y dirigir hacia Él la intención y la orientación del corazón. Si responde a ello, entonces se pasa a las aplicaciones de esa adoración, siendo la más importante la oración.

Observa las palabras del Profeta ﷺ : "Si obedecen en ello", lo cual muestra la gradualidad en la llamada y que quien invita a los demás hacia Al-lah pasa de una obligación a otra cuando se produce la respuesta y la aceptación.

Por ello, se debe prestar especial atención a los nuevos musulmanes de manera que se fortalezca en ellos la certeza de la fe. Deben ser enseñados en los fundamentos de la religión y en sus acciones prácticas: ¿qué necesita del islam en su vida diaria?

Malik ibn Al-Huwayriz dijo: "Acudimos al Profeta ﷺ cuando éramos jóvenes de edades semejantes. Permanecimos con él veinte noches. Luego nos dijo: "Regresad con vuestras familias, enseñadles y ordenadles, y rezad como me habéis visto rezar".[66]

Cabe preguntarse qué fue lo que estos jóvenes aprendieron y se les ordenó enseñar durante su estancia de veinte días en Medina, siendo aún recientes en el islam. Aprendieron los fundamentos de la religión y el programa de vida del musulmán: la adoración diaria y las normas éticas cotidianas en el trato con los demás.

Esto es precisamente lo que debe cuidarse al enseñar al nuevo musulmán, sin distraerlo con cuestiones que podrá aprender más adelante con el paso del tiempo, mediante la convivencia prolongada y cuando la fe se afiance en su corazón.

Al recibir a un nuevo musulmán no debemos introducirlo en ramificaciones que puedan suscitar en él confusión o provocar rechazo. Más bien debemos centrarnos con él en los fundamentos de la fe y en los valores morales, y ofrecerle una orientación clara para su vida social, haciéndole comprender que con este islam no perderá sus relaciones, ni entrará en confrontación con su sociedad, ni su vida se trastornará por completo. Al contrario, existen deberes sociales y relaciones que debe conservar, cuidar y mantener con buen carácter.

He redactado un breve tratado titulado “A mi hermano y mi hermana”, que resume los valores fundamentales que el nuevo musulmán necesita comprender: su relación con Dios, su relación con las personas y la forma de fortalecer su fe día a día.

Asimismo, debemos tener cuidado de no distraer al nuevo creyente con cuestiones secundarias que pueden postergarse y en las que existe amplitud de criterio. Entre ellas, por ejemplo, el tema de la circuncisión. No debe presentársele de manera abrupta, sino que ha de conocerlo cuando ya esté firme en la fe. Que muera como musulmán sin circuncidarse es preferible a que se le imponga la circuncisión de inmediato

y ello provoque su apostasía. La circuncisión forma parte de las disposiciones naturales, pero su ausencia no invalida el Islam.

De igual modo, el cambio de nombre, de vestimenta o la eliminación de tatuajes no deben convertirse en motivo de perturbación o conflicto. El principio general es que cada persona conserve su nombre, salvo que su significado sea prohibido, como "Siervo de Cristo" u otros similares.

Por ello, los compañeros del Profeta no cambiaron sus nombres al abrazar el Islam, salvo aquellos que tenían significados reprobables. Tampoco modificaron su vestimenta. La ropa que vestía el Profeta ﷺ era la misma que vestía Abu Yahl. No es correcto imponer, por ejemplo, el uso de una gorra específica a todo musulmán, pues ello no constituye un símbolo esencial del Islam.

Lo verdaderamente importante es cuidar lo que hay en su corazón. En cuanto a la vestimenta, puede usar la de su pueblo siempre que no contenga algo ilícito. De hecho, la indumentaria masculina hoy en día es prácticamente global y similar en forma y estilo.

Es fundamental ordenar prioridades y observar la gradualidad en la aplicación de ciertas obligaciones o recomendaciones, pues la precipitación puede generar efectos contraproducentes. Forzar, por ejemplo, a los hombres a dejarse la barba de inmediato, o exigir a las mujeres el uso completo del hiyab sin preparación previa, puede resultar perjudicial. El aplazamiento prudente de estas prácticas, considerando las circunstancias culturales, sociales y personales, es aceptable hasta que la fe se consolide en sus corazones y su comprensión del Islam madure.

A este respecto, Aisha —que Dios esté complacido con ella— relató:

"Lo primero que fue revelado del Corán fueron suras breves que hablaban del Paraíso y del Infierno. Cuando la gente se afirmó en el Islam, fueron reveladas las normas de lo lícito y lo ilícito. Si lo primero que se hubiera revelado hubiese sido: 'No beban vino', habrían dicho: 'Jamás dejaremos el vino'. Y si se hubiese revelado: 'No cometan fornicación', habrían dicho: 'Jamás abandonaremos la fornicación'. Cuando se reveló en La Meca: **"Mas la Hora será su cita, y ese día será más terrible y amargo aún" (Corán, 54:46)**, yo era aún una niña que jugaba. Las suras de Al-Baqara y An-Nisa fueron reveladas después[67], cuando ya estaba con él en Medina."

Cuando el Profeta ﷺ envió a Mu'adh y a Abu Musa a Yemen como predicadores y jueces, les aconsejó:

"Faciliten las cosas y no las dificulten; albricien y no espanten; colaboren y no discrepen".[68]

Esta orientación profética debe constituir el programa de acción de todo predicador: un discurso que atraiga, que infunda esperanza y que tenga en cuenta la naturaleza del entorno en el que actúa. No es adecuado exigir a los nuevos musulmanes el máximo rigor desde el inicio; deben ser guiados con facilidad y comprensión.

En ocasiones, algunos jóvenes, al comienzo de su compromiso religioso, se inclinan hacia prácticas rigurosas y abundantes actos voluntarios, especialmente cuando se encuentran en ambientes espiritualmente estimulantes, como campamentos o retiros juveniles. Esto es positivo y digno de reconocimiento. Sin embargo, deben comprender que esos

ambientes intensos pueden no ser permanentes en la vida cotidiana. Su interrupción no significa abandono de la religión ni debilidad en la fe.

Hanzala al-Usaidi relató que dijo a Abu Bakr: “Hanzala ha caído en hipocresía.” Abu Bakr se mostró sorprendido. Hanzala explicó que cuando estaban con el Mensajero de Dios ﷺ, recordaban el Paraíso y el Infierno como si los vieran con sus propios ojos, pero al volver a sus hogares, ocupados con la familia y los asuntos mundanos, olvidaban mucho. Cuando ambos expusieron esto al Profeta ﷺ, él respondió:

“Por Aquel en cuya mano está mi alma: si permanecieran siempre como cuando están conmigo y en el recuerdo de Dios, los ángeles les darían la mano en sus lechos y en sus caminos. Pero, Hanzala, hay momentos para una cosa y momentos para otra”.[69]

Este hadiz establece un principio esencial: el creyente no está obligado a mantener un estado constante de máxima elevación espiritual. El alma tiene momentos de vigor y momentos de cansancio, tiempos de intensidad y tiempos de normalidad. La moderación es parte de la sabiduría.

Las opiniones jurídicas (fatwa) en contextos de minorías

Se relata que un hombre viajó seis meses desde el Magreb hasta Medina para consultar al imám Malik ibn Anas sobre una cuestión. Malik respondió: "No lo sé. No hemos sido probados con ese asunto en nuestra ciudad, ni he oído a nuestros maestros pronunciarse al respecto. Vuelve mañana". Al día siguiente, cuando el hombre regresó, Malik reiteró: "No lo sé". Y añadió: "Cuando regreses, dile a tu gente que no tengo conocimiento.[70]"

Lo más probable es que Malik se abstuviera porque la cuestión estaba ligada a las circunstancias específicas del país de origen del consultante. Dijo: "No hemos sido probados con este asunto en nuestra tierra". Es decir, las condiciones sociales y culturales influyen en el juicio jurídico, y solo quien comprende la realidad concreta puede emitir una opinión adecuada.

Si el imám Malik consideraba las diferencias de contexto dentro de un mismo territorio islámico, ¿qué decir entonces de las circunstancias de los musulmanes que viven en países donde son minoría, y que afrontan situaciones nuevas y consultas jurídicas rodeadas de condiciones particulares y de presiones apremiantes?

Esto ha sido afirmado por los eruditos rigurosos. Al-Qarafi dijo: "Conviene que el muftí, cuando se le presente alguien para consultarle y no sepa que pertenece a la misma región que él ni al lugar donde se emite la fatwa, no le responda según lo que acostumbra dictaminar hasta preguntarle por su país y si en esa tierra ha surgido alguna costumbre particular. Esto es un asunto necesario y obligatorio en el que no hay

desacuerdo entre los sabios. Siempre que las costumbres de dos regiones no sean iguales, tampoco lo serán sus dictámenes".[71]

Asimismo, Isma'il ibn Ishaq Al-Qadi dijo: "Si un hombre de una región distinta de la tuya te pide una fatwa, pregúntale por las costumbres de su tierra y dicta tu respuesta conforme a ellas, no según las costumbres de tu propio país; esto es la verdad evidente".[72]

Por ello, quien invita a los demás hacia Al-lah en esos lugares debe actuar con prudencia al emitir dictámenes y remitirse a los eruditos que tengan un conocimiento real de las circunstancias y presiones a las que se enfrentan los musulmanes en ese país. Entre ello se encuentra acudir a los consejos jurídicos que prestan atención a la situación de las minorías musulmanas, pues los musulmanes que viven como minoría tienen sus propias circunstancias y condiciones particulares, y afrontan cuestiones complejas como las relacionadas con las fatwas sobre seguros, los préstamos bancarios para la compra de vivienda y asuntos similares.

No es correcto importar para ellos dictámenes emitidos por sabios que viven en países islámicos, que pueden tener una sólida formación islámica, pero que no poseen una comprensión del contexto de los musulmanes en esos países ni un conocimiento de sus circunstancias particulares. Por ello, conviene recurrir a los consejos que estudian estas cuestiones teniendo en cuenta la situación y las condiciones de estas comunidades.

Entre estas referencias jurídicas se encuentran:

El Consejo Europeo para la Fatwa y la Investigación.

La Asamblea de Juristas Musulmanes de Norte América (AMJA).

La Academia de Fiqh Islámico de Jeddah (dependiente de la Organización de Cooperación Islámica).

La Academia de Investigaciones Islámicas de Al-Azhar, entre otras.

Estas instituciones poseen experiencia en la situación de los musulmanes que viven en esos países, en las circunstancias y factores que influyen en sus dictámenes, y en aquello que debe tenerse en consideración al emitir una fatwa para ellos.

La construcción de la comunidad musulmana

El Profeta ﷺ subrayó con firmeza la relación entre los musulmanes y estableció medios concretos para fortalecer la cohesión social.

Dijo: "El musulmán tiene seis derechos sobre su hermano musulmán: cuando lo encuentres, salúdalo; si te invita, respóndele; si te pide consejo, aconséjalo; si estornuda y alaba a Dios, respóndele; si enferma, visítalo; y si muere, acompaña su funeral".[73]

Estas prácticas fortalecen la comunicación y consolidan los vínculos comunitarios. El aislamiento debilita al creyente; por eso el Profeta ﷺ advirtió: "Aférrate al grupo, pues el lobo devora a la oveja aislada".[74]

Asimismo, reunirlos en encuentros periódicos, especialmente en la oración del viernes y en las festividades, crea un tipo de comunicación entre ellos y permite que se beneficien unos de otros. Estas asociaciones y vínculos les hacen sentir la unidad, fortalecen su presencia mediante la cooperación, el encuentro y el consejo mutuo. La reunión les sirve de protección, fortalece el apoyo entre ellos y refuerza la relación del nuevo musulmán con sus hermanos, pues el lobo solo devora a la oveja que se separa del rebaño.

Por ello, es esencial mantener el vínculo con el nuevo musulmán, integrarlo en la comunidad, fortalecer su relación con la mezquita y crear espacios organizativos —escuelas, asociaciones, redes estudiantiles y profesionales— que refuercen el sentido de pertenencia.

También es vital prestar especial atención a las nuevas generaciones, especialmente a los hijos de los nuevos musulmanes, acompañarlos, formarlos y apoyar a quienes muestran liderazgo y capacidad. Formar predicadores locales es una inversión duradera: sus obras serán extensión de las tuyas, y su impacto, parte de tu legado.

Capítulo V

La comunidad de la da’wah

Los más cercanos

El Profeta ﷺ fue enviado a toda la humanidad —a los seres humanos y a los yinn—; sin embargo, junto con esa misión universal, recibió una orden divina específica que complementaba la advertencia general: dirigir un llamado particular a sus parientes más próximos. Dice Dios:

"Advierte a tus familiares cercanos" **(Corán, 26:214).**

El Profeta ﷺ se apresuró a obedecer el mandato. Subió al monte Safa y convocó a los clanes de Quraish. Llamó en términos generales y también de manera particular, proclamando con firmeza:

"¡Oh gente de Quraish! Salven sus propias almas; no puedo ayudarlos en nada ante Dios.
¡Oh hijos de Ka'b ibn Lu'ayy! Salven sus propias almas del Fuego.
¡Oh hijos de Murrah ibn Ka'b! Salven sus propias almas del Fuego.
¡Oh hijos de 'Abd Shams! Salven sus propias almas del Fuego.
¡Oh hijos de 'Abd Manáf! Salven sus propias almas del Fuego.
¡Oh hijos de Hāshim! Salven sus propias almas del Fuego.
¡Oh hijos de 'Abd al-Muttalib! Salven sus propias almas del Fuego.
¡Oh 'Abbás ibn 'Abd al-Muttalib! No puedo ayudarte en nada ante Dios.
¡Oh Safiyyah, tía del Mensajero de Dios! No puedo ayudarte en nada ante Dios.
¡Oh Fátima, hija de Muhámmad! Pídeme de mis bienes lo que quieras; pero salva tu propia alma del Fuego, pues no puedo librarte de Dios en nada. Solo que entre nosotros hay un lazo de parentesco que mantendré como corresponde".[75]

En este llamado se perciben la intensidad de la emoción, la urgencia de la compasión y la sinceridad del ruego. Es el clamor de quien busca rescatar, sin escatimar consejo ni esfuerzo.

Quienes deberían beneficiarse en primer lugar de la da'wah del predicador son sus familiares y parientes más cercanos. Lo más valioso que un divulgador puede ofrecer es la guía; por ello, su familia debe ser la primera en recibir ese bien. Como dijo el Profeta ﷺ: "El mejor de ustedes es el mejor con su familia".[76]

Esta es la constante en la vida de los profetas y mensajeros: su primera esfera de llamado fue su propio hogar. Noé suplicó a su hijo en el último instante de salvación:

"¡Oh, hijito mío! Sube al arca con nosotros y no te cuentes entre los que se niegan a creer" **(Corán, 11:42).**

Ibrahim llamó a su padre con ternura y temor reverente:

"¡Oh, padre mío! Temo que te alcance un castigo del Compasivo y seas de los que acompañen al demonio [al Infierno]" **(Corán, 19:45).**

Jacob, en los últimos momentos de su vida, se aseguró de renovar la recomendación a sus hijos para confirmar la firmeza de su fe antes de partir:

"¿Acaso saben qué le preguntó Jacob a sus hijos cuando le llegó la muerte?: "¿Qué adorarán después de mí [muerte]?" **(Corán, 2:133).**

De igual manera, nuestro Profeta ﷺ insistió con su tío Abu Talib hasta el lecho de muerte, diciéndole mientras agonizaba:

“¡Tío! Di: “No hay divinidad sino Dios”, una palabra con la que pueda interceder por ti ante Dios”.[77]

Repitió esa invitación y le tendió el “cable” de salvación hasta su último aliento.

En su vida cotidiana, este significado fue evidente. Se exigía a sí mismo y a sus familiares con determinación. Se levantaba de noche para orar y tocaba la puerta de su hija mientras ella estaba con su esposo, invitándolos en la quietud de la noche:

“¿No se levantan para orar?”[78]

En las últimas diez noches de Ramadán intensificaba su adoración y despertaba a su familia para que compartieran el esfuerzo y la dulzura del recogimiento[79].

Cuando su hija Fátima acudió a él pidiéndole un sirviente debido al cansancio del trabajo doméstico, el Profeta ﷺ fue esa misma noche a verla, pidió permiso para entrar, se sentó entre ella y su esposo y les dijo: “¿Quieren que les indique algo mejor para ustedes que un sirviente? Cuando se acuesten, glorifiquen a Dios treinta y tres veces, alábenlo treinta y tres veces y proclamen Su grandeza treinta y cuatro veces; eso es mejor para ustedes que un sirviente”.[80]

¡Qué urgencia amorosa! No esperó al día siguiente, sino que acudió de inmediato para enseñarles un recuerdo que pudieran practicar esa misma noche.

Asimismo, enseñó a su nieto Al-Hasan —aún en la infancia— la súplica que debía pronunciar en el qunūt:

“¡Oh Dios! Guíame; concédeme bienestar; encárgate de mí; bendice lo que me has dado; protégeme del mal de lo que has decretado. Tú decretas y nadie decreta sobre Ti. No se

humilla a quien Tú proteges ni se honra a quien Tú abandonas. Bendito y exaltado tu eres, Señor nuestro".[81]

Esa misma súplica es la que hoy recitan millones de musulmanes. El primero que la aprendió del Mensajero de Dios ﷺ fue Al-Hasan siendo aún niño, y luego la ummah la recibió de él. Si en un corazón tan joven se sembraron tales significados, ¿qué habría recibido el resto de sus familiares que convivieron con él por más tiempo?

Invitar primero a los más cercanos y honrarlos con la guía es una forma de bondad hacia ellos. Los parientes tienen mayor derecho al bien. Es parte de cumplir con la responsabilidad y preservar la conciencia limpia. No es coherente invitar a otros mientras se descuida a quienes dependen de uno. El Profeta ﷺ advirtió:

"Basta como pecado para una persona descuidar a quienes están bajo su responsabilidad".[82]

Comenzar por los más cercanos es también prueba de la sinceridad del predicador y de la profundidad de su convicción. Por eso el Profeta ﷺ aplicó la da'wah primero en su propio entorno.

En muchas sociedades musulmanas, el parentesco sigue siendo un vínculo fuerte y vivo. Invertir esos lazos en la transmisión de la guía revelada, en la educación compartida y en programas formativos para las nuevas generaciones es una de las mejores formas de aprovechar esa cercanía. Debe hacerse con sabiduría, amor y buen consejo, dejando una huella educativa duradera.

El predicador, especialmente con sus familiares, debe mostrarse optimista y comprensivo. Que su bondad preceda a

su exhortación y que su cercanía anteceda a su consejo. Debe hacer sentir a cada uno de sus parientes su importancia y su consideración, atender los conflictos y evitar que las diferencias escalen hasta la ruptura.

Y si enfrenta resistencia, obstinación o rechazo, debe aferrarse a la paciencia noble. Le corresponde contener el desacuerdo y detener su escalada. Si ha actuado con sabiduría y ha respondido al mal con el bien, habrá cumplido con su deber. No le perjudica la insistencia de quien insiste ni la negativa de quien se aparta. Pues Noé no logró convencer a su hijo, Ibrahim enfrentó la oposición de su padre, y nuestro Profeta ﷺ tampoco vio a todos sus seres queridos responder a su llamado.

Su propio tío —a pesar de la cercanía y el cuidado que le prodigó— no respondió al llamado. Porque nuestro deber es invitar; la guía, en cambio, no está en nuestras manos. Dios dice:

“Tú no puedes guiar a quien amas, sino que Dios guía a quien Él quiere” (Corán, 28:56).

Los ídolos de las ilusiones

Mi padre solía beber el té habitual de nuestra aldea, un té adulterado con colorantes y aserrín. El sabor de esa mezcla era, para nosotros, el sabor auténtico del té, el único que conocíamos y al que estábamos acostumbrados. Un día nos visitó un familiar que trabajaba en Libia y le trajo como obsequio un té de Ceilán de excelente calidad. Preparamos el nuevo té para mi padre; cuando lo probó, no le agradó. Frunció el ceño, apretó los labios y murmuró palabras de disgusto. Volvió entonces al que siempre había bebido, convencido de que ese era el verdadero té, mientras consideraba el nuevo como insípido y sin carácter.

Comencé a reflexionar sobre la sorprendente afinidad del ser humano con la ilusión. Mi padre rechazó el sabor genuino y regresó al adulterado que había hecho suyo por costumbre. Aquella escena se convirtió para mí en una pequeña metáfora de una gran tragedia: la familiaridad prolongada convierte las ilusiones y las supersticiones en verdades aparentes. Así se explica la persistencia en la adoración de falsas deidades y la consolidación de creencias infundadas que, con el tiempo, adquieren carácter sagrado. El poder de la costumbre, la repetición constante y la adhesión colectiva transforman ídolos sin sustancia en señores venerados.

La adoración de las vacas en la India o de los ídolos en la Arabia preislámica no es, en esencia, sino la manifestación de este mismo fenómeno: cuando la costumbre se convierte en religión, lo familiar en revelación y el silencio ante la falsedad en una forma de culto colectivo tranquilizador.

Las sociedades que crecen sobre el error terminan cautivas de sus imágenes heredadas. La santidad de la forma supera

entonces la autoridad de la verdad. La adoración deja de basarse en convicción racional o prueba lógica y se sostiene, en cambio, sobre la repetición mecánica y la lealtad grupal.

Quien llama a la verdad no se enfrenta únicamente a un error pasajero, sino a una sensibilidad intelectual deteriorada, incapaz de distinguir entre lo auténtico y lo adulterado, que absolutiza lo conocido y sacraliza la ilusión. Y ese error no obtiene su fuerza de la solidez de sus argumentos, sino de la prolongada familiaridad con él.[83]

Así se entiende cómo Quraish resistió durante veinte años la invitación del Profeta ﷺ, aferrándose a piedras talladas por manos humanas y elevándolas al rango de divinidad. Dios dice:

"¿Acaso no vieron que no podía hablarles, y no podía dañarlos ni beneficiarlos?" (Corán, 20:89).

Era el apego a una ilusión antigua, consolidada por la costumbre hasta parecer verdad. El Profeta ﷺ soportó rechazo, persecución y sufrimiento para derribar esa falsedad y revelar su vacío.

Por ello, quien llama a la verdad debe prepararse para una lucha paciente. Derribar los ídolos de la imaginación requiere constancia, sabiduría y perseverancia. La falsedad puede parecer evidente para quien la combate, pero para quien ha vivido siempre dentro de ella se presenta como la verdad absoluta.

Por eso el Profeta ﷺ no destruyó físicamente los ídolos de Quraish mientras los llamaba a la fe; solo fueron derribados tras la conquista de La Meca. Antes debía destruir su lugar en las mentes y corazones. Cuando finalmente cayeron al suelo,

su sacralidad ya había sido demolida en el interior de las personas.

Todo error arraigado por la repetición y la costumbre necesita paciencia sostenida para ser reemplazado por la verdad.

Los neutrales: el espacio más amplio

¡Qué escena tan aleccionadora la que Dios inmortalizó en Su Libro! Es la historia del hombre ciego, acerca de la cual se revelaron versículos que se recitan hasta hoy. El hombre acudió al Profeta ﷺ buscando orientación, mientras el Profeta se encontraba ocupado llamando a los líderes de Quraish, con la esperanza de que, si aceptaban el Islam, sus seguidores lo harían también. Entonces descendió la amonestación divina:

"En cambio, al soberbio le dedicaste toda tu atención. Pero tú no eres responsable si él rechaza purificarse [de la idolatría, ya que tu obligación solo es transmitir el Mensaje]. En cambio, aquel que se presentó ante ti con deseos [de aprender], teniendo temor de Dios, te apartaste de él. No lo vuelvas a hacer, porque este Mensaje es para toda la humanidad. Quien quiera, que reflexione y obre acorde a él" (Corán, 80:5–12).

Este reproche divino enseña que atender al receptivo es más prioritario que insistir con el obstinado. Quien no tiene enemistad previa ni resistencia arraigada es más digno de atención que quien se parapeta en la arrogancia.

Si observamos a la humanidad en general, veremos que la gran mayoría de los no musulmanes no alberga una postura hostil hacia el Islam. Tampoco posee información clara —ni positiva ni negativa— sobre él. Constituyen, en esencia, un sector neutral. Existen grupos abiertamente adversos, pero son minoría.

Por ello, el esfuerzo debe dirigirse principalmente a esa mayoría neutral, más cercana a la aceptación y más

necesitada de conocer el Islam en su forma auténtica antes de que lo haga a través de versiones distorsionadas.

Muchos cristianos nominales, por ejemplo, no han leído su propio libro sagrado ni reflexionado sobre cuestiones teológicas complejas como la Trinidad, el pecado original o la redención. Tampoco han confrontado las contradicciones textuales que existen en sus escrituras. Su postura hacia el Islam no está necesariamente definida por la hostilidad. A este sector —y a otros semejantes— debería orientarse el esfuerzo, en lugar de desgastarse en disputas interminables con opositores declarados.

Las polémicas rara vez concluyen en aceptación, pues quien entra en debate adopta una postura defensiva. Por ello se nos ordenó discutir "de la mejor manera". El enfoque debe ser presentar el mensaje con claridad, explicarlo con serenidad y hacer sentir a quien escucha que se le ofrece conocimiento, no imposición. La elección es suya; la guía pertenece a Dios.

La da’wah y los medios de comunicación

El Profeta ﷺ sorprendió a Quraish una mañana, cuando se encontraban reunidos en sus asambleas alrededor de la Ka‘bah. Desde lo alto de la roca de Safa lanzó un llamado enérgico:

“¡Ya sabāhāh! ¡Ya sabāhāh!”

Era el grito de alarma que, en la tradición árabe, pronunciaba el centinela al advertir la inminencia de un ataque enemigo, para que su gente se preparara y tomara precauciones. La intensidad del llamado atrajo a los habitantes de La Meca; incluso quienes no pudieron acudir enviaron a alguien para averiguar qué sucedía.

Cuando se congregaron, les dijo:

“Si les dijera que un enemigo se dispone a atacarlos al amanecer o al anochecer, ¿me creerían?”

Respondieron: “No conocemos de ti que hayas mentido ni una sola vez”.

Entonces afirmó: “Pues yo soy para ustedes un advertidor ante un castigo severo”.[84]

Observamos aquí la sabiduría en el uso de los códigos culturales vigentes: primero, el recurso al llamado de alarma que captaba la atención colectiva; luego, la confirmación pública de su veracidad; finalmente, la proclamación del mensaje. Todo ello constituía una estrategia para preparar las mentes y disponer los corazones a recibir la verdad.

Posteriormente, el Profeta ﷺ acudía a los mercados, a las reuniones públicas y a las temporadas de peregrinación,

aprovechando cada ocasión de encuentro para presentar su mensaje. Tras el tratado de Hudaibiiah, comenzó a enviar cartas a reyes y gobernantes, incluso adoptando un sello para autenticar su correspondencia oficial.

Este recorrido evidencia la diversidad de medios empleados y la disposición a utilizar toda vía eficaz para transmitir la verdad.

En nuestra época, los medios digitales y las redes sociales constituyen un espacio de enorme influencia, que compite incluso con los medios tradicionales, cuyo impacto ha disminuido considerablemente. Por ello, es imprescindible involucrar a jóvenes con habilidades en comunicación digital e inteligencia artificial, organizar campañas estratégicas y aprovechar estos recursos para alcanzar a personas a las que el contacto directo difícilmente llegaría.

Durante una visita a México conocí a un joven lleno de entusiasmo y convicción cuya conversión al Islam no superaba los diez meses. Al preguntarle por su historia, relató que descubrió el Islam a través de un sitio web; tras interactuar con ese portal, comprendió el mensaje y tomó su decisión en menos de veinticuatro horas. Era una verdadera llama de energía y compromiso. Esto demuestra la importancia de disponer en estos espacios digitales de contenidos breves y claros que presenten el Islam, informen sobre la mezquita local, el centro islámico y sus programas.

También es valioso documentar las historias de nuevos musulmanes cuya conversión transformó su vida y les otorgó estabilidad y propósito. Cuando un hijo de la propia nación habla sobre el Islam y su experiencia personal, el impacto es mayor y más cercano.

De igual modo, quienes poseen una trayectoria amplia en la da'wah deberían escribir y preservar sus experiencias, para que sirvan de orientación a las generaciones posteriores y constituyan un testimonio histórico del desarrollo del Islam en cada país.

La da'wah y el trabajo institucional

Es fundamental que los imames y responsables en cada ciudad transformen su labor en un trabajo institucional, dotado de estructura, normativa y supervisión colectiva. Las iniciativas individuales, aunque valiosas, son vulnerables a debilidades que pueden debilitarlas o incluso extinguirlas. En cambio, un proyecto institucional con gobernanza clara y dirección compartida es más sólido, duradero y capaz de crecer. Su continuidad no dependerá exclusivamente de la vida de quienes lo dirigen, sino que podrá trascenderlos.

Este tipo de trabajo es el que beneficia a las personas y permanece en el tiempo.

Los predicadores que viven en el extranjero deben cuidarse de la improvisación y la desorganización institucional. Resulta paradójico que alguien resida en un país caracterizado por estándares elevados de transparencia y organización, y no aproveche esas herramientas en su propio entorno. Es lamentable observar centros islámicos que terminan siendo oficinas personales, ligadas a individuos concretos que las controlan hasta su muerte, o incluso transforman mezquitas y bienes comunitarios en propiedades privadas registradas a su nombre para heredarlas. Tal proceder constituye un grave error y una falta ética inaceptable.

Un ambiente así no produce proyectos duraderos ni confianza; por el contrario, abre la puerta a conflictos, acusaciones y descrédito, proyectando una imagen negativa del Islam. Para muchos no musulmanes, la mezquita y quienes la administran son el principal referente visible de la religión.

Es igualmente importante establecer vínculos formales y respetuosos con las autoridades locales —sean de carácter social, administrativo o religioso—, invitarlas a eventos y mantener transparencia total en el funcionamiento de las instituciones. Toda actividad debe ajustarse a las leyes vigentes. La claridad protege el trabajo; en cambio, la improvisación y la ambigüedad facilitan malentendidos, acusaciones y problemas legales que pueden arruinar años de esfuerzo.

Hoy no existe justificación para que los predicadores no aprovechen los principios de la gestión moderna, la transparencia y la rendición de cuentas, que están al alcance de todos.

No obstante, la sinceridad en la intención, la humildad y el recuerdo constante de la otra vida, aunque esenciales, no bastan por sí solos para preservar un proyecto si no van acompañados de planificación, institucionalización y consulta con especialistas en cada ámbito.

La administración es hoy una disciplina compleja y autónoma que requiere formación adecuada. No hay reproche en que un predicador no sea experto en ella; el error surge cuando pretende saberlo todo, monopoliza la labor o rechaza la corrección, convirtiéndose en un dictador revestido de religiosidad. Pedimos a Dios que nos preserve de ello.

Capítulo VI

La corrección del discurso religioso

Predicadores que solo cuentan cuentos e historias

La exhortación, como toda labor pública, puede verse afectada por errores en su práctica y por la intromisión de quienes no están capacitados. Por eso es necesario señalar fallas, advertir sobre intrusos y, al mismo tiempo, afirmar la importancia de una prédica sensata en la vida de la gente. En este capítulo hablaremos de algunos errores frecuentes y de la necesidad de un consejo religioso equilibrado.

Entre esas desviaciones están los "relatos de cuentacuentos". Existe un tipo de predicadores que se ha habituado a narraciones extravagantes, historias inventadas de arrepentimiento y supuestas "anécdotas de convertidos" presentadas con un tono de excitación y dramatismo.

Se observa, además, que las historias de arrepentimiento que repiten suelen incluir algún elemento de morbo: lo más común es que giren en torno al arrepentimiento de pecados sexuales; rara vez se oye en esos púlpitos una historia sobre arrepentirse de la calumnia, de la usura o del consumo ilícito, porque esas faltas no ofrecen "espectáculo". En cambio, cuando se relata una indecencia —cómo ocurrió, cómo "lo remordió la conciencia", cómo lloró y se arrepintió, y cómo "murió después de arrepentirse"—, casi siempre se remata cerrando el caso con la muerte para evitar preguntas obvias: "¿Quién era? ¿Dónde está?".

Recuerdo que un martes del año 2010 asistimos a la charla de un predicador famoso. La mezquita se llenó de jóvenes. Me senté entre ellos escuchando una exhortación que, a esa edad, me pareció intensísima: vi lágrimas caer como si el discurso llevara fuerzas invisibles imposibles de resistir.

Al final, el predicador anunció que regresaría el sábado siguiente. Ese sábado llegamos temprano. Inició con el mismo patrón: llanto, sollozos y relatos con dosis de insinuación, en puntos donde sabía exactamente cómo mover la sensibilidad de los jóvenes.

Pero lo que de verdad me impactó no fue el contenido, sino una escena fabricada por él mismo. Fingió que acababa de recibir un papel de alguien del público. Lo sostuvo, lo abrió con una lentitud teatral —como si fuera una súplica desesperada— y se presentó como una "pregunta habitual". Lo desplegó con calma ante todos y empezó a leer, con voz afectada, lo que dijo ser el mensaje de un joven presente: afirmaba que había asistido a la charla del martes anterior estando en estado de impureza por haber cometido fornicación; que un amigo lo arrastró para que asistiera; que al escuchar la exhortación su corazón se sacudió y se arrepintió; y que, al volver a casa, Dios lo "premió" con que su madre le comprometió de inmediato con una joven piadosa, se casó y, para colmo, "anoche fue su bendita noche de bodas".

Apenas terminó de leer, la mezquita estalló en takbīr y alabanzas; la gente celebraba aquella supuesta conversión. Yo, en cambio, quedé perplejo: ¿de veras alguien se arrepiente, se compromete, se casa y celebra boda en cuatro días? ¿Y qué recién casado, después de su noche de bodas, saldría al día siguiente a una charla en una mezquita abarrotada?

Lo más grave es que ese cuentacuentos sigue fabricando y difundiendo historias en redes sociales; su "máquina" de invención y espectáculo no se detiene.[85]

De las formas más repugnantes de mentira está la que se pronuncia entre barba y canas, reforzada con juramentos temerarios, dentro de una casa de Dios. En YouTube circulan escenas vergonzosas: uno asegura que una pared se abrió y salieron de ella ʻAbd al-Qādir al-Jīlānī, Ahmad al-Badawī y Ahmad al-Rifāʻī, y que eso ocurrió despierto, no en sueños. Otro afirma que le ofrecieron ver al Mensajero ﷺ despierto y que él "se excusó". Otro "da una clase" a las gallinas, que —según él— lo escuchan con humildad "sin que ninguna picotee un grano". Y así, una cadena de desatinos. Basta imaginar a un universitario oyendo eso como si fuera religión: ¿qué idea formará del Islam y de los religiosos?

De este modo, esa clase de predicadores se ha convertido en narradores populares, en "cuentistas" del púlpito. Y, aun así, rara vez verás en ellos un legado serio: ni explicación de un libro, ni lección de hadiz, ni comentario de tafsir. Su mercancía es el relato coloquial: "había uno que hizo…", "había uno que era…", "les contaré una historia sobre…". Las exhortaciones terminan siendo sesiones de cuentos. Ojalá se hubieran dedicado a la literatura; el problema es que se presentan como guías religiosos mientras mienten.

Aplicar a los creyentes versículos dirigidos a los incrédulos

A veces escuchas a un predicador advertir sobre "pecados en secreto" y citar: **"Pueden engañar a la gente, pero no pueden engañar a Dios" (Corán, 4:108)**, cuando ese pasaje describe a hipócritas que, en realidad, no "se esconden de Dios" porque no creen en el encuentro con Él como corresponde.

Luego construye sobre eso una idea desbalanceada: que las faltas privadas —por el solo hecho de ser privadas— serían más graves que la desobediencia cometida abiertamente. Y la realidad es que ocultar el pecado es mejor que exhibirlo; quien cae y se cubre está más cerca del arrepentimiento que quien presume y se justifica. El Profeta ﷺ dijo: "Toda mi comunidad será perdonada, excepto quienes cometen pecados abiertamente..."[86], y explicó que una forma de pecar abiertamente es que alguien peque de noche, Dios lo cubra, y luego amanezca revelándolo.

Si la persona no errara ni en privado ni en público, tendría la condición de los ángeles. Y el Mensajero ﷺ afirmó: "Todos los hijos de Adán se equivocan, y los mejores de los que se equivocan son los que se arrepienten".[87]

También se oye a quien asusta a la gente ante el encuentro con Dios citando: **"pero Dios ya les mostrará lo que no se imaginan" (Corán, 39:47)**, Luego dice: "¿Quién te asegura que cuando te encuentres con Al-lah no descubrirás que tus buenas obras no fueron aceptadas? ¿Y que tus oraciones te fueron rechazadas? ¿Quién te asegura que cuando te encuentres con Al-lah no verás aquello que no esperabas? ¿Y que los pecados de los que pediste perdón no

te fueron perdonados, y aquellos de los que te arrepentiste no fueron aceptados por Al-lah?".

¿Acaso no dice Al-lah: **"pero Dios ya les mostrará lo que no se imaginan" (Corán, 39:47)**?

Incluso puede que refuerce ese temor con lo que se transmite de Muhammad ibn Al-Munkadir, que sintió una gran angustia en el momento de su muerte, y cuando se le preguntó por qué estaba tan angustiado respondió: "Temo esta aleya: **"pero Dios ya les mostrará lo que no se imaginan" (Corán, 39:47)"**.

Sin embargo, la aleya se refiere a la censura de los incrédulos que negaban el encuentro con Al-lah. Cuando fueron resucitados, se enfrentaron a aquello que habían negado, y se les hizo evidente lo que no esperaban: la resurrección después de la muerte, el encuentro con Al-lah y el juicio por sus obras. Eso era lo que no esperaban.

En cuanto a los creyentes, Al-lah ha informado acerca de su estado cuando sean resucitados, diciendo: **"No los afligirá el gran espanto [del castigo], y los ángeles acudirán a su encuentro [cuando salgan de las tumbas y les dirán]: "Éste es el día que se les había prometido"." (Corán, 21:103)**. ¿Cómo se toma un texto sobre negadores y se lanza contra un creyente que ora, pide perdón y ayuna? Eso es poner las palabras fuera de su lugar y alimentar una mala opinión de Dios. Y el hadiz qudsí dice: "Yo soy como mi siervo piensa que soy con Él".[88]

Sembrar dudas sobre la aceptación de las obras

Otra desviación es presentar la aceptación de las buenas obras como una apuesta incierta, como si la relación con Dios fuera cuestión de suerte: "Tal vez te esfuerzas, eres sincero, y aun así no se acepta". Esto desalienta a la gente y expresa una mala opinión de Dios, cuando Él afirma: **"Sepan que recompensaré todas sus obras" (Corán, 18:30)**, **"Quien haya realizado una obra de bien, tan pequeña como un átomo, la encontrará registrada" (Corán, 99:7)**, y **"Su Señor les respondió sus súplicas diciendo: "No dejaré de recompensar ninguna de sus obras, sean hombres o mujeres" (Corán, 3:195)**.

¿Cómo ignorar todo eso para decir: "No sabes si se aceptó"? La regla general es que toda obra realizada con sinceridad y siguiendo la guía profética es aceptada. Dios dice: **"El bien que hayan hecho antes de adoptar el Islam no será desmerecido" (Corán, 3:115)**. Y en el hadiz qudsí: "Quien presente una buena obra tendrá diez veces su recompensa, y aún añadiré más; y quien presente una mala obra, la retribución de una mala obra será otra igual, o bien le perdonaré. Quien se acerque a Mí un palmo, Yo me acercaré a él un codo; quien se acerque a Mí un codo, Yo me acercaré a él un brazo; quien venga a Mí caminando, Yo iré hacia él apresuradamente; y quien se encuentre conmigo con pecados que llenen la Tierra, pero sin haber asociado nada conmigo, me encontraré con él con un perdón equivalente"[89].

Sí: pedimos a Dios que acepte, por humildad y temor a nuestras propias deficiencias, como Ibrahim e Isma'il al construir la Casa: **"¡Oh, Señor! Acepta nuestra obra. Tú**

eres el que todo lo oye, todo lo sabe" (Corán, 2:127). Eso nace de reconocer la imperfección del siervo, no de sospechar que Dios es injusto o caprichoso. Dios es Ash-Shakūr: agradece lo poco y recompensa con generosidad.

Algunos citan un reporte atribuido a ʻAisha —en el que se interpreta **"aquellos que dan en caridad parte de lo que se les ha concedido" (Corán, 23:60)** — Ella dijo: "¿Son acaso aquellos que beben vino y roban?". Él respondió ﷺ: "No, ¡oh hija del veraz!, sino que son quienes ayunan, rezan y dan caridad, y aun así temen que no se les acepte: **"ellos se apresuran a realizar obras de bien, y son los primeros en hacerlas" (Corán, 23:61)**".[90]

Este hadiz, aunque algunos sabios lo han considerado aceptable, es en realidad mursal, como explicó Ad-Daraqutni en su obra Al-ʻIlal[91]. Además, el significado de la aleya es claro y no estaba oculto para ʻAisha —que Al-lah esté complacido con ella—. Se trata de quienes dan lo que dan mientras temen el encuentro con Al-lah, y ese temor es precisamente lo que los impulsa a dar y a esforzarse.

Esta aleya es semejante a las palabras de Al-lah: **"Dicen: "Les damos de comer simplemente porque anhelamos el rostro de Dios. En realidad no esperamos de ustedes retribución ni agradecimiento. Tenemos temor de que nuestro Señor nos castigue el día [del Juicio que será] terrible y penoso"." (Corán, 76:9-10).** La fe en el encuentro con Al-lah y el temor ante la gravedad de ese momento es lo que impulsa a los creyentes a dar y a obrar con bondad.

De igual modo, negar el Día del Juicio es lo que conduce a la avaricia y a negar la ayuda, como dice Al-lah: **"¿Acaso has**

observado a quien desmiente el Día del Juicio? Es quien rechaza al huérfano y no exhorta a alimentar al pobre" (Corán, 107:1-3).

Así, el musulmán realiza sus actos de adoración y pide a Al-lah que los acepte, reconociendo su insuficiencia y sospechando de ellos por posible error o deficiencia en su cumplimiento.

Puede que algunos de estos predicadores reciban a los siervos piadosos de Al-lah cuando regresan de un acto de adoración que ha implicado esfuerzo y fatiga, paciencia y perseverancia, como quien vuelve de realizar la peregrinación. Entonces se le dice: "No sabes si tu peregrinación ha sido aceptada o no. Cuando dijiste: "Labbaika Al-lahumma labbaik", ¿sabes acaso si se te respondió: "Labbaika wa sa'daik", o si se te dijo: "La labbaika wa la sa'daik"?".

A veces se mencionan algunas historias que aparecen en libros de exhortación, como la historia que se atribuye a Ya'far As-Sadiq, según la cual, cuando entró en estado de consagración y dijo: "Labbaika Al-lahumma labbaik", se desmayó. Cuando volvió en sí, le preguntaron: "¿Qué te ocurre?". Respondió: "Temo decir: "Labbaika Al-lahumma labbaik", y que se me responda: "La labbaika wa la sa'daik"."[92]

¡Subhan Al-lah! El Mensajero de Al-lah ﷺ realizó la peregrinación acompañado por más de cien mil personas, y ninguno de ellos se desmayó, ni ninguno de ellos tuvo de su Señor una sospecha tan mala como esa. Por ello afirmamos con certeza que esta historia no es auténtica respecto a él.

Lo que sí está confirmado de los sabios es lo que se transmitió de 'Abd Al-lah ibn Al-Mubarak, quien dijo: "Acudí a Sufián

Az-Zawri en la tarde del día de ‘Arafah, y estaba de rodillas mientras sus ojos derramaban lágrimas. Yo también lloré. Se volvió hacia mí y dijo: “¿Qué te ocurre?”. Respondí: “¿Quién es el peor de todos los que están reunidos aquí?”. Dijo: “Quien piensa que Al-lah —glorificado y exaltado sea— no los perdonará”.[93]

La prédica con relatos extraños

Entre las formas de alejar a la gente y apartarla del camino recto de seguir el ejemplo está mencionar "curiosidades" o relatos extraños sobre la adoración, y empujar a la persona a exigirse lo que no puede sostener. Por ejemplo, afirmar que alguien completaba la lectura del Corán entre el magrib y el 'ishá, cuando el Profeta ﷺ dijo: "No comprende quien lo lee en menos de tres días"[94]. O contar que otro pasó cuarenta años rezando el fayer con la ablución del 'ishá, es decir, que pasaba toda la noche en oración, cuando 'Aisha dijo: "El Mensajero de Dios ﷺ no permaneció en oración toda la noche hasta el amanecer"[95]. O decir que otro rezaba trescientas unidades (rak'at) al día, mientras que el Mensajero ﷺ no aumentó —ni en Ramadán ni fuera de él— más de once[96].

Muchas de estas historias no son auténticas; y aun las que lo sean representan lo excepcional, no lo habitual. Es un error exigir a la gente común de nuestro tiempo el nivel de una minoría selecta de los primeros piadosos. ¿Cuántos fueron esos "especiales" en toda la historia de la comunidad? Si los contáramos, sus biografías quizá no pasarían de mil; supongamos diez mil. ¿Tiene sentido entonces cargar a millones de generaciones, e incluso a los dos mil millones de musulmanes de hoy, con el estándar de esa élite?[97]

Lo que debe presentarse a la gente es aquello que puedan sostener sin agotamiento. El Profeta ﷺ decía: "La obra más amada por Dios es la más constante, aunque sea poca"[98]. Y advirtió contra el rigor que termina por romper a la persona, diciendo: "Esta religión es firme: adéntrense en ella con suavidad"[99], y también: "Asuman de las obras lo que puedan"[100]. Insistió en el equilibrio, la facilidad y la constancia: "La religión es facilidad; nadie pretende

imponérsela con dureza sin ser vencido. Así que hagan lo correcto, aproxímense a la excelencia, sean felices, esfuércense por la mañana, la tarde y algo de la noche; y vayan con moderación, que así llegarán al destino"[101]. Cuando se muestra el modelo profético en la adoración y en la vida, aparece un equilibrio admirable: facilidad, serenidad y firmeza.

Cuando escribí el libro *El día profético: el programa de un día completo en la vida del Profeta*, se lo dediqué a mi hermano, el doctor 'Abdullah as-Subaih (que Dios tenga misericordia de él). Luego lo vi y me habló del libro con sorpresa. Me dijo: "Empecé a leerlo con la idea de encontrarme con un día abarrotado, un programa rígido y una rutina extenuante. Pero caminé con el Profeta ﷺ a lo largo de su jornada con una tranquilidad sin dureza ni fatiga, y terminé asombrado: ¿así vivía el Profeta ﷺ, con una vida tan amable y llevadera? Sentarse con los compañeros, convivir con las esposas, reír con los niños, visitar a un amigo, atender a un enfermo, recibir a quien llega... caminar por la calle, entrar al mercado; una mujer lo detiene y él se detiene por ella; un beduino le pide y él le da... una interacción con la vida y con la gente, sin aspereza, sin tensión, sino con una vitalidad serena, como una brisa suave". Luego añadí: Dios dice del Corán: **"He hecho el Corán fácil de comprender y memorizar. Pero, ¿habrá alguien que reflexione?" (Corán, 54:17)**. Si Dios facilitó el Corán —a pesar de su grandeza— para que sea recordado y comprendido, ¿cómo imaginar que haría de la vida de Su Profeta, puesto como ejemplo para todo creyente, un modelo imposible y una rutina agotadora? No: su vida ﷺ fue un paradigma de equilibrio, moderación y constancia. Y esas historias, cuando son auténticas, pertenecen a lo raro y

excepcional de una minoría, no a un estándar para todos. La mejor guía es la guía de Muhámmad ﷺ.

Acelerar la recompensa y el castigo

Otro error es presentar la retribución de las obras buenas como un pago inmediato en esta vida, y llenar la prédica de historias "probatorias" de recompensas rápidas: "Este dio caridad y enseguida ganó un gran negocio"; "aquel ayudó y le llegó una beca"; "este hizo tal acto y de inmediato obtuvo el empleo soñado". Se instala así la ilusión del premio instantáneo y del resultado material garantizado. Esa insistencia en la "respuesta inmediata" es un engaño pastoral: promete que la limosna cambia el sustento al instante, que el arrepentimiento transforma la vida en horas, y que el destino se mueve de forma casi mágica apenas el corazón se ablanda con una charla conmovedora.

La consecuencia es predecible: la persona obra y espera el pago urgente en forma de dinero, prestigio o bienestar. Y si no ve esa "recompensa" que le prometieron, empieza a dudar de la utilidad de las buenas obras.

A la par, se cuentan castigos "acelerados" para los pecadores: "a este lo golpeó su hijo porque él golpeaba a su padre"; "a aquel le quebró el negocio por no pagar zakat"; "tal cantante enfermó y murió" … como si los virtuosos no enfermaran ni murieran. Pero vemos tiranos que cometieron atrocidades, vivieron con lujo y murieron sin "castigo inmediato", porque esta vida es disfrute pasajero: **"Diles: "El goce de la vida mundanal es pasajero" (Corán, 4:77)**. Y aun si su placer se prolonga, sigue siendo breve frente a la eternidad. Dios describe a algunos del Fuego diciendo: **"Él vivía alegre con su familia" (Corán, 84:13)**. Y el Profeta ﷺ habló del más miserable de los habitantes del Paraíso en esta vida: será sumergido una vez en el Paraíso, y se le preguntará si alguna vez sufrió; dirá que no. Y habló del que más había disfrutado

de la vida mundana: será sumergido una vez en el Fuego, y se le preguntará si alguna vez gozó; dirá que no[102]. ¿Qué es el mundo comparado con el Más Allá? Un destello.

Cuando Dios amenaza a los opresores, los amenaza con el día en que las miradas quedarán fijas de espanto: **"No pienses que Dios está distraído de lo que hacen los opresores. Él solo está tolerándolos hasta que llegue el día en el que sus miradas quedarán paralizadas. Ese día saldrán apresurados de sus tumbas con las cabezas erguidas, no podrán parpadear ni tampoco pensar [presas del terror]" (Corán, 14:42–43).** Tratar con Dios es tratar con el mundo de lo invisible, no con el cálculo inmediato de lo visible. La virtud del creyente es su certeza en la promesa del Más Allá: por eso trabaja. Si cada bien fuera recompensado aquí y cada mal castigado aquí, todos "creerían" por interés y la fe en lo oculto perdería su sentido.

Sí: Dios puede conceder buenas noticias en esta vida a algunos siervos, por gracia, como en: **"Sepan que a quien tenga temor de Dios, Él le dará una solución, y le dará sustento de donde no lo esperaba" (Corán, 65:2–3).** Y puede adelantar algunos avisos o correcciones a otros, como en: **"Si los aflige una desgracia, es consecuencia de [los pecados] que sus propias manos han cometido, a pesar de que Dios les perdona muchas faltas [por Su gracia]" (Corán, 42:30).** Pero eso no es la retribución completa y definitiva. Esta vida es la casa de la obra; el pago pleno está en la Otra: **"y cada uno recibirá su recompensa íntegra el Día de la Resurrección. Quien sea salvado del Fuego e ingresado al Paraíso habrá realmente triunfado,**

porque la vida mundanal es solo un placer ilusorio" (Corán, 3:185).

Estrechar la puerta del arrepentimiento

Otro desvío es estrechar la puerta del arrepentimiento y exagerar los efectos del pecado, cuando el error forma parte de la naturaleza humana: todos los hijos de Adán se equivocan. El Profeta ﷺ dijo: "Por Aquel en cuya mano está mi alma: si ustedes no cometieran pecados, Dios los reemplazaría por un pueblo que pecaría y luego pediría perdón, y Él los perdonaría"[103]. Lo que se busca es atraer al que cayó hacia la tawbah, abrirle esperanza en el perdón de Dios y recordarle que el remordimiento es arrepentimiento. Por eso el Profeta ﷺ recibía al que volvía con buenas nuevas.

'Amr ibn al-'Ās llegó para abrazar el Islam y, cuando extendieron la mano para su juramento, la retiró. El Profeta ﷺ le preguntó qué le ocurría. Dijo: "Quiero poner una condición". Preguntó: "¿Qué condición?". Respondió: "Que se me perdone". El Profeta ﷺ le dijo: "¿Acaso no sabes que el Islam borra lo anterior, que la hégira borra lo anterior y que la peregrinación borra lo anterior?"[104].

Un hombre le dijo: "He cometido algo que merece castigo; aplícamelo". El Profeta ﷺ guardó silencio. Luego, tras la oración, el hombre insistió. El Profeta ﷺ le preguntó: "Cuando saliste de tu casa, ¿no hiciste ablución y la hiciste bien?". Dijo: "Sí". Preguntó: "¿Y rezaste con nosotros?". Dijo: "Sí". Entonces dijo: "Dios te ha perdonado tu falta"[105].

Abrir la esperanza al arrepentido es la guía del Corán y la práctica profética: **"Cuando se presenten ante ti aquellos que creen en Mis signos, diles: "¡La paz sea con ustedes! Su Señor ha prescrito para Sí mismo la misericordia. Quien cometa una falta por ignorancia, y luego se arrepienta y enmiende, sepa**

que Dios es Absolvedor, Misericordioso" (Corán, 6:54). Y en el hadiz qudsí dice: "Oh hijo de Adán, mientras Me supliques y esperes en Mí, te perdonaré..."[106].

En cambio, asustar al arrepentido hasta empujarlo a la desesperación lo conduce al desaliento y al hundimiento; eso es lo que más alegra a Satanás. Le susurra: "Si pides perdón, no serás perdonado; si te arrepientes, no te aceptarán". Entonces la persona se queda en el pecado, creyendo que la tawbah solo vale si nunca vuelve a fallar.

La postura correcta es la del sabio al que alguien consultó: "He caído en un pecado". Le dijo: "Arrepiéntete, y Dios aceptará tu arrepentimiento". Preguntó: "¿Y si recaigo?". Respondió: "Si recaés, vuelve al arrepentimiento, mientras el sol no salga por el occidente".

Los textos de amenaza se dirigen al descarado, al persistente, al que se envalentona y desprecia el pecado; así se logra el equilibrio entre aliento y advertencia, entre temor y esperanza. Cada uno debe ir en su lugar: **"Los agracié porque siempre se apresuraban a realizar obras buenas, Me invocaban con temor y esperanza" (Corán, 21:90).**

Exagerar el temor al mal final

Una de las formas de alarmismo más dañinas es presentar el "mal final" como una emboscada inevitable que acecha al creyente al término de su vida, sin importar cuán sincero haya sido en sus buenas obras. Se sugiere que, cuando la muerte se aproxima, Dios podría abandonarlo, el demonio dominarlo y terminar muriendo en la peor condición. Para sostener esa idea, se citan expresiones inquietantes o se interpretan de forma errónea ciertos hadices, como el que dice:

"Uno de ustedes realiza las obras de la gente del Paraíso hasta que entre él y el Paraíso solo queda un brazo de distancia; entonces lo alcanza lo decretado y realiza obras de la gente del Fuego y entra en él"[107].

Este hadiz se aclara en otra narración que añade: "...según lo que parece a la gente"[108]. Es decir, quien se desvía al final no lo hace sino porque ocultaba en su interior una intención corrupta. En cambio, quien es sincero y fiel con Dios es protegido y cuidado por Él; no es abandonado. El Profeta ﷺ dijo:

"Guarda a Dios y Él te guardará; guarda a Dios y lo encontrarás ante ti. Conoce a Dios en tiempos de bienestar y Él te conocerá en la dificultad"[109].

Y la mayor dificultad que atraviesa el ser humano es la muerte. ¿Cómo podría Dios protegerte durante toda tu vida mientras le obedeces y te acercas a Él, para luego abandonarte en el instante más crítico? Pensar eso es tener una mala opinión de Dios.

Lamentablemente, algunos presentan esa posibilidad como parte del "designio" divino del que debemos temer, citando:

"Solo se sienten a salvo del plan de Dios los que están perdidos" (Corán, 7:99).

Pero esto es una comprensión errónea del concepto de "designio" divino. Dios dice también:

"Ellos planearon en tu contra, pero Dios desbarató sus planes" (Corán, 8:30).

Es decir, Dios responde al engaño de los hipócritas que creen poder engañarlo al engañar a los creyentes. Es un acto de justicia y reciprocidad frente a la malicia de quienes persisten en ella. No se trata de que Dios abandone a quien le es sincero, sino de que devuelve el mal a quienes lo practican deliberadamente.

Quien trata con Dios con rectitud no debe esperar de Él sino el bien. Dios no lo desampara ni lo entrega a su enemigo en el último suspiro de su vida.

Nuestra necesidad de una exhortación equilibrada

La exhortación es un mensaje esencial del Corán a la humanidad. Dios dice:

"¡Oh, gente! Les ha llegado el Mensaje de su Señor, que es un motivo de reflexión, cura para toda incertidumbre que hubiera en sus corazones" (Corán, 10:57).

También es la misión de los profetas:

"Convoca al sendero de tu Señor con sabiduría y bellas palabras" (Corán, 16:125).

La exhortación sana revive los corazones, purifica las almas y renueva la fe. El Profeta ﷺ acostumbraba exhortar a sus compañeros en momentos oportunos para no fatigarlos. Ibn Mas'ud dijo:

"El Mensajero de Dios ﷺ nos exhortaba en determinados días, para no causarnos hastío".[110]

Cuando hablaba, sus palabras estremecían los corazones y hacían llorar los ojos. Al-'Irbad ibn Saríah relató:

"El Mensajero de Dios ﷺ nos dirigió una exhortación profunda que hizo temblar los corazones y llorar los ojos".[111]

Los compañeros y sus sucesores continuaron con esta tradición, recordando a la gente y purificando sus corazones. La necesidad del corazón por la exhortación es como la necesidad del cuerpo por la limpieza. Pero, como en toda labor, existen desviaciones y personas que la deforman. Por ello, los sabios advirtieron contra los "cuentacuentos" que

difundían hadices inventados y relatos falsos. Obras como *El libro de los cuentistas y predicadores de Ibn al-Yawzi o Advertencia a los selectos contra los hadices de los cuentistas* de As-Suyuti muestran que este fenómeno no es nuevo, aunque hoy se ha multiplicado con las redes sociales, donde proliferan discursos cargados de exageraciones y errores que eclipsan la exhortación auténtica.

Conclusiones

Entre los males que dañan la sinceridad del predicador está considerar su obra como un mérito que "cobra" a su Señor, o como un favor que les recuerda constantemente a otros predicadores. Algunos, explícita o implícitamente, viven repitiendo: "Yo dije, yo hice..."; vuelven una y otra vez sobre sus acciones hasta engrandecerse ante sí mismos y caer en auto elogio.

El predicador no debe limitarse a esperar que la gente acuda a él; por el contrario, debe acercarse a sus reuniones, mercados y espacios de convivencia, incluso si en ellos existen algunas conductas reprobables.

La buena exhortación es la que entra al corazón con delicadeza, profundiza en los sentimientos con tacto y evita el regaño y la recriminación cuando no son necesarios. No expone los errores en público, no los difunde con afán de escarnio, ni se burla de quien ha caído en ellos.

El diálogo "de la mejor manera" es aquel que se conduce sin prejuicios contra el discrepante, sin degradarlo ni denigrarlo, de modo que este se sienta seguro frente al predicador y perciba que su objetivo no es vencer ni imponerse, sino convencer y llegar a la verdad.

El Mensajero de Dios ﷺ tenía en cuenta, al enseñar y orientar, el entorno del aprendiz y su formación previa; así llegaba por el camino más directo a su mente y a su corazón.

No importa tanto la imperfección de los comienzos como la plenitud de los finales. No debemos caer prisioneros de la obsesión por la perfección ni esperar condiciones ideales: esa es una de las mayores trabas para la acción. Se ha dicho: "Lo óptimo es enemigo de lo bueno".

No debemos quedarnos absorbidos por experiencias históricas deslumbrantes: solemos conocerlas en su etapa de madurez. Si hubiéramos visto sus inicios modestos, comprobaríamos que se parecían a los nuestros.

No debemos despreciar un bien pequeño que está a nuestro alcance por perseguir un bien grande que solo deseamos.

La invitación al bien es ganancia en todos sus aspectos. Su mayor triunfo es que Dios guíe, por tu causa, a una sola persona. Aunque creas que esa persona no influirá en otros, salvarla es, en sí mismo, una salvación para ella y una ganancia para ti. Es un logro legítimo para alegrarte y agradecer a Dios Su favor.

Al presentar el islam debemos hacerlo con certeza y confianza, no como quien suplica seguidores para el islam.

No subestimes tu esfuerzo ni minimices tu papel: podrías ser causa de que Dios salve, por medio de ti, a una comunidad en ruina, o reviva con tu acción una tierra "muerta". Tal vez alguien abrace el islam a través de ti y realice obras mayores que las tuyas y logros superiores a los que alcanzaste; a menudo, quien recibe el mensaje lo comprende mejor que quien lo transmite.

Es importante fortalecer la relación con las instancias oficiales del país donde se desarrolla la labor —sean de seguridad, sociales o religiosas—, comunicarse con ellas

mediante reuniones, invitarlas a eventos religiosos y comunitarios, aclararles la realidad del trabajo y asegurarse de que no exista ninguna actividad que contravenga las leyes y los reglamentos.

Debemos enfrentar las campañas de desprestigio de manera positiva: aprovechar el hecho, activarlo y no reaccionar impulsivamente. Si aparece una campaña de burla contra el Profeta ﷺ, se responde con una campaña más sólida para darlo a conocer y mostrar su grandeza. Si surge una campaña de menosprecio hacia el Corán, se contrarresta con traducciones de capítulos y versículos que evidencien su sublimidad, su protección de los derechos, su exaltación de los profetas y su impulso a los valores éticos.

Es necesario cerrar la puerta a las disputas internas entre musulmanes en sus países de origen, y no trasladarlas con ellos a los lugares donde emigran.

El daño se duplica cuando los conflictos entre grupos, partidos o corrientes musulmanas se exportan a las comunidades musulmanas en el extranjero, ocupando con ello a personas recién llegadas al islam.

Los no musulmanes son diversos, y cada tipo requiere un enfoque adecuado en la da'wah: no es correcto dirigirse a un ateo del mismo modo que a un cristiano convencido de su fe.

Al acompañar a quien recién acepta el islam, no debemos introducirlo en ramificaciones que le generen confusión o rechazo; debemos centrarnos en los fundamentos de la fe y en los valores éticos.

Debemos tranquilizar al nuevo musulmán: aceptar el islam no significa perder sus vínculos, ni entrar en conflicto con su

sociedad, ni ver su vida trastocada por completo. Existen deberes sociales y relaciones que debe cuidar, manteniendo en ellas una conducta noble.

Es importante fortalecer el vínculo con el nuevo musulmán y sostenerlo en el tiempo, conectándolo con la comunidad musulmana de su país, especialmente con otros nuevos musulmanes: conocerlos, comunicarse con ellos, formarlos y apoyar a quienes destaquen por sus talentos.

Retrasar la aplicación de algunos aspectos por consideración a las circunstancias de la gente, sus costumbres y sus intereses legítimos es necesario hasta que la fe se afirme en sus corazones y su comprensión del islam se complete.

A veces, una causa de guía puede ser una palabra que crees pasajera, o un gesto que consideras espontáneo; sin embargo, crece hasta dar fruto.

Entre las claves del diálogo está comprender que: quien envió a Jesús (Isa) para completar el mensaje de Moisés fue el mismo que envió a Muhámmad ﷺ para completar el mensaje de los profetas anteriores; quien reveló el Evangelio a Jesús fue el mismo que reveló el Corán a Muhámmad ﷺ. Y que toda evidencia sobre la veracidad de Jesús tiene —con mayor razón— evidencias sobre la veracidad de Muhámmad ﷺ, y toda prueba de autenticidad del Evangelio tiene —más firme aún— su equivalente para la autenticidad del Corán.

Los rangos más elevados de la humanidad corresponden a los profetas. Sus herederos son los eruditos y predicadores que transmiten los mensajes de Dios, difunden el bien, sostienen la religión y rescatan a las personas guiándolas hacia el Creador.

La función de emitir dictámenes religiosos corresponde al jurista competente, no a cualquiera. La labor de la controversia y la disputa intelectual requiere preparación y dominio de sus métodos. La invitación al bien, en cambio, es el ámbito más amplio y puede ejercerla cualquiera según el conocimiento que posea, pues el Profeta ﷺ dijo: "Transmitan de mí, aunque sea un versículo"[112]. Y también dijo: "Que Dios ilumine a quien oyó mis palabras y las transmitió; pues puede ocurrir que quien recibe el mensaje lo comprenda mejor que quien lo oyó".[113]

Entre los propósitos de la revelación del Corán está que los musulmanes lo transmitan a otros: **"Me ha sido revelado este Corán para advertirles con él a todos aquellos que les llegue el Mensaje" (Corán, 6:19)**.

Sorprende ver a personas que siguen religiones míticas de las que otros se burlan, y, aun así, notar su convicción y su entrega. Nos preguntamos: ¿qué ocurriría si estas personas conocieran con claridad el mensaje del islam, su pureza y la fuerza de su evidencia? Dar a conocer ese mensaje es responsabilidad nuestra.

Toda persona que abrace el islam por tu causa suma su vida a la tuya, y sus obras rectas se añaden a tus obras.

El Profeta ﷺ presentaba argumentos convincentes en un marco emocional bello: hacía sentir al interlocutor su valor particular ante él, su cercanía, y que lo que ordenaba provenía de la sinceridad, la compasión y el amor.

Integra el lenguaje de las emociones con el de la razón; haz sentir al invitado tu interés por él y tu deseo de bien para su vida. Por ejemplo: "Así como caminamos juntos por la vida

en este mundo, deseo que caminemos juntos, también, hacia la dicha del reino eterno en la otra vida".

Probablemente solo una minoría de la población mundial ha adoptado una postura religiosa definida frente al islam, de rechazo principista. La mayoría no tiene una posición clara ni interés por las religiones; vive distraída y ensimismada, y necesita a quien despierte su atención y hable a su naturaleza humana.

Algunos predicadores se consumen discutiendo con personas beligerantes que no buscan la verdad; disfrutan la disputa como quien disfruta una partida de ajedrez. Son del tipo de los que se desentienden, a quienes alude el Corán: **"En cambio, al soberbio le dedicaste toda tu atención. Pero tú no eres responsable si él rechaza purificarse" (Corán, 80:5-7).** Es un error ocuparnos en exceso con ellos y descuidar a quienes no han recibido el mensaje ni conocen nada del islam, y que —si lo conocieran— creerían y lo seguirían. Con los disputadores basta con aclarar hechos y presentar el mensaje sin prolongar la polémica.

El Profeta ﷺ dijo: "Cuántos vecinos se aferrarán a sus vecinos el Día de la Resurrección, diciendo: "Señor, este cerró su puerta ante mí y me negó su ayuda"[114]. Si el vecino reclamará por haberle negado alimento sobrante, ¿cómo será la responsabilidad de quien niega a otro la causa de su salvación, la guía que posee y que no disminuye por compartirla?

Entre las cualidades más importantes del predicador está la misericordia hacia las personas. Dios dijo sobre nuestro Profeta ﷺ: **"No te he enviado [¡Oh, Muhámmad!] sino como misericordia para todos los seres" (Corán, 21:107)**. Y dijo sobre al-Jidr: **"Encontraron a uno de Mis**

siervos [Al-Jidr] a quien había agraciado con Mi misericordia y enseñado ciertos conocimientos [que Moisés no poseía]" (Corán, 18:65). Nadie te seguirá ni responderá a tu llamado si no cree que le tienes compasión y deseas para él el bien.

Hay quien predica como si entrara en una batalla: quiere imponerse y salir victorioso, como si su mayor preocupación fuera humillar al otro y no rescatarlo. Esa es una trampa que corrompe la invitación cuando se mezcla con la soberbia, el orgullo y la obsesión por vencer. El imám al-Shāfiʿī dijo: "Nunca debatí con alguien por la mera victoria, sino por hacer prevalecer la verdad que yo veía".[115]

En Estados Unidos intenté invitar al islam a un hombre indígena llamado Robert. Dialogué con él, respondí a sus dudas, le entregué folletos, pero no aceptó el islam. Luego me sorprendió verlo orando con nosotros. Le pregunté la razón y señaló a un hombre sencillo del grupo y dijo: "Él". Fui hacia ese hombre y le pregunté: "¿Cuánto tiempo te tomó convencerlo?". Respondió: "Diez minutos". Al ver mi sorpresa y al contarle mis intentos, me dijo: "Tú lo invitas con tu mente y yo lo invité con mi corazón. Le hablaste con argumentos racionales y académicos, pero descuidaste el aspecto espiritual". Entonces le pregunté: ¿qué le dijiste?... Dijo: "Le dije: "Oh, Robert, temo que mueras y no te vea en el Paraíso. Quiero que, después de esta vida, estés con nosotros en el Paraíso y no seas de los moradores del Fuego". El hombre se conmovió y abrazó el islam.[116]

Dios reprochó a Su Profeta su tristeza por quienes invitó y no creyeron. Dijo: **"¿Acaso vas a dejar que te consuma la pena si ellos se niegan a creer en estas palabras?" (Corán, 18:6)**. Es decir, estabas a punto de agotarte por la

fuerza de tu tristeza por ellos. ¿Qué decir entonces de nuestra propia tristeza por quienes mueren fuera del islam porque nadie se los explicó ni los invitó a él?

El Profeta ﷺ invitó a su tío Abū Tālib mientras yacía en el lecho de muerte, y lo llamó hasta sus últimos instantes: "¡Oh, tío mío, di: no hay divinidad sino Dios!". Sin embargo, no le alcanzó la guía. Asimismo, invitó a un joven judío que estaba muriendo y le dijo: "Abraza el islam". El joven pronunció el testimonio de la verdad y luego falleció. El Profeta ﷺ acompañaba a las personas para rescatarlas hasta los últimos momentos de la vida.

Noé dijo acerca de su pueblo: **"Los llamé abiertamente y les hablé en público y en privado" (Corán, 71:8–9)**. Hay quienes responden a la invitación pública, y hay quienes se adecuan mejor a la invitación privada. Noé hizo ambas cosas; por ello, es necesario elegir lo apropiado para cada persona y cada grupo, y diversificar los métodos y enfoques: cada quien tiene lo que le conviene y lo que más le impacta.

Entre las grandes llaves del diálogo está hablar del Creador y de Su grandeza: de que este universo inmenso, con su amplitud y su orden, es Su creación, por Su sabiduría y Su gobierno; de que Dios creó al ser humano y lo distinguió de las demás criaturas con razón y voluntad; y de que es imposible que haya creado este reino de la existencia sin propósito: **"No he creado a los cielos, la Tierra y todo lo que hay entre ellos como un simple juego" (Corán, 44:38)**. Y es imposible que deje al ser humano sin guía ni responsabilidad: **"¿Acaso cree el ser humano que no será responsable de sus actos?" (Corán, 75:36)**. Por ello envió a los mensajeros, para explicarle su misión en la vida y el camino correcto que debe seguir. Y nuestro destino

retorna a Dios y hacia Él es el final: **“y que ante tu Señor se ha de comparecer finalmente” (Corán, 53:42)**. ¿Nos hemos preparado para ese destino? ¿Hemos buscado con la seriedad que exige la magnitud del asunto y la eternidad del desenlace? Cuando se inicia hablando de la grandeza de Dios —glorificado sea—, de Su majestad, Sus favores, Su misericordia y Su unicidad, muchas dudas y preguntas secundarias se disipan por sí solas.

Si no dominas la lengua de comunicación o no manejas bien el diálogo, al menos selecciona folletos breves que presenten el islam, al Profeta ﷺ y al Corán, textos que una persona pueda leer en una sola sesión; quizá sean la chispa que encienda luz en su corazón.

Si invitas y Dios te abre puertas y tienes éxito, no atribuyas el logro a ti mismo: es pura gracia y asistencia de Dios. Recuerda: **“Cuando llegue el socorro de Dios y la victoria” (Corán, 110:1)**. Si llega la ayuda, es ayuda de Dios; si llega la apertura, proviene de Él. Por eso el Profeta ﷺ entró a La Meca el día de la conquista recitando: **“Te he concedido una victoria evidente” (Corán, 48:1)**, como si dijera: “Señor mío, no fui yo quien trajo libertad: Tú lo hiciste; no fui yo quien venció: Tú concediste la victoria”. Y dice Dios: **“No fueron ustedes quienes los mataron, sino que fue Al-lah quien les dio muerte” (Corán, 8:17).**

Y si invitas, no cargues con toda la responsabilidad: no pretendas ser jurista; remite a los especialistas. Conecta al interlocutor con centros en su país, con recursos de divulgación en su idioma, y derívalo a asociaciones que acompañen y atiendan al nuevo musulmán. Así se complementan los esfuerzos, se coordinan y dan fruto.

Dios no quiso que los compañeros del Profeta ﷺ quedaran ligados a su persona, sino a su llamado y a su religión. Dijo: **"Muhámmad es un Mensajero a quien precedieron otros. ¿Si muriera o le dieran muerte, volverían al paganismo?" (Corán, 3:144)**. Por eso, cuando invitamos a alguien, lo vinculamos con las constantes del islam, con la biografía del mejor de la creación y con su Sunnah ﷺ. Es nuestro hermano, no nuestro seguidor. Somos musulmanes como él: no monopolizamos el islam ni lo "poseemos".

Quienes invitamos no son seguidores nuestros; nosotros y ellos somos seguidores de nuestro Profeta Muhámmad ﷺ. Por ello, el invitado no debe sentir dependencia de quien lo invitó.

La convivencia con las personas exige paciencia frente a sus daños, y su invitación exige una paciencia aún mayor. Por ello Dios mencionó la paciencia junto con la recomendación mutua de la verdad: **"y se aconsejen mutuamente con la verdad y con la paciencia [ante las adversidades]" (Corán, 103:3)**. Y quien asume la labor de invitar y advertir es llamado a la paciencia por Dios: **"Ponte de pie y advierte...Sé paciente [con las dificultades que enfrentarás al divulgar el Mensaje] de tu Señor" (Corán, 74:2-7).**

Y el Profeta ﷺ dijo: "El musulmán que convive con la gente y soporta su daño es mejor que el musulmán que no convive con la gente ni soporta su daño"[117]. Ese daño puede no ser intencional; a menudo surge de la diversidad de hábitos, temperamentos y culturas.

No es válido justificar la falta de respuesta diciendo que el Profeta ﷺ informó que habrá un profeta que vendrá y no tendrá a nadie con él. Ese relato se refiere a profetas de

naciones anteriores que merecieron castigo y destrucción. En cambio, la comunidad de Muhámmad ﷺ es comunidad de respuesta; y nuestro Profeta ﷺ será el que tenga más seguidores el Día de la Resurrección. Además, se nos ha informado que su comunidad constituye la mitad de los habitantes del Paraíso.

Si alguien observa poca respuesta, que revise su método y su desempeño: quizá la falla esté en el estilo o en la ejecución.

El predicador trata, en la medida de lo posible, a los enemigos de su llamado con contención, procurando no escalar el conflicto. El Profeta ﷺ soportó a los judíos pese a su malicia y mala educación: entraban donde él estaba y decían "as-sāmu ʻalaykum" (muerte y perdición sobre ti). Él entendía su intención, y no respondía más que: "Y sobre vosotros"[118]. También trató con prudencia a ʻAbd Allāh ibn Ubayy ibn Salūl, jefe de los hipócritas, hasta que murió sin llegar a un choque directo con él. A quien sea posible captar, se lo capta; a quien sea posible neutralizar, se lo neutraliza; y a quien sea posible reducirle la hostilidad, se procede por ese camino.

En toda persona hay algo que merece elogio, y el elogio es una llave para la aceptación del mensaje. El Profeta ﷺ preguntó por Jālid ibn al-Walīd cuando este entró a La Meca durante la ʻumrah, y dijo, en esencia, que alguien como Jālid no era de quienes ignoraran el islam, y que, si hubiera puesto su fuerza y esfuerzo junto a los musulmanes contra los idólatras, habría sido mejor para él, y lo habrían puesto por delante de otros[119]. Entonces Jālid acudió al Mensajero de Dios ﷺ, quien lo recibió con alegría y le dijo: "Siempre vi en ti una inteligencia y esperaba que no te condujera sino hacia el bien"[120]. Así llegó a ser "la espada desenvainada de Dios".

Dijo también sobre ‘Abd Allāh ibn ‘Umar: “¡Qué buen hombre es ‘Abd Allāh, si tan solo orara por la noche!”. Desde entonces, ‘Abd Allāh casi no dormía de noche[121]. Y dijo sobre Ashajj de ‘Abd al-Qays: “En ti hay dos cualidades que Dios ama: la paciencia serena y la prudencia”.[122]

Por ello es importante elogiar a quien invitas: su búsqueda de la verdad, sus preguntas, su deseo de comprender, y todo lo que lo motive a investigar y reconsiderar.

Necesitamos reavivar la conciencia misionera en el común de los musulmanes, para que vivan en estado de movilización positiva, transmitiendo el mensaje del islam. Es lamentable que un no musulmán viva años en un país musulmán y lo abandone sin que nadie le presente el islam ni se lo explique; o que un musulmán viva años en un país no islámico y regrese sin que nadie se haya guiado por su causa, ni haya presentado el islam a alguien.

“Tú solo debes divulgar [el Mensaje]” (Corán, 42:48) a quien ha hecho su esfuerzo en la invitación con misericordia, interés sincero y dedicación, y luego sufre por el rechazo de algunos, se le dice: tu recompensa está confirmada y la transmisión se ha cumplido. Es un consuelo para quien se esforzó y se entristeció; no una excusa para quien invita de cualquier modo, sin sabiduría ni claridad, y luego, al ver el rechazo, repite: **“Tú solo debes divulgar [el Mensaje]” (Corán, 42:48).**

El predicador es un rescatista: busca la salvación de aquel a quien invita mediante su delicadeza, su misericordia y su palabra amable; su misión no es solo “transmitir” para dejar establecida una prueba, como si quisiera asegurarse de que el otro entre al Fuego “con méritos”.

Es importante arraigar la invitación en los países, hacerla germinar en tierras no musulmanas y asignar a quienes aceptan el islam allí la responsabilidad de invitar en su propio país. Esto es lo que hizo el Profeta ﷺ con los miembros de tribus que se islamizaban: los enviaba como predicadores a sus pueblos. Es lo que hicieron los compañeros con los habitantes de las tierras: de hecho, muchos sabios pertenecieron a pueblos no árabes que entraron al islam, como los tabi'īn Muyāhid ibn Yabr y al-Hasan al-Basrī, entre otros; y luego continuó la ciencia y la labor de invitación en las generaciones siguientes, como Abū Hanīfa y al-Bujārī, y otros.

No existe una medida única de conocimiento que "habilite" para hacer da'wah: lo importante es invitar con el conocimiento que se posee, no con todo el conocimiento. Presentar la fe en Dios, Su unicidad y la importancia de conocer el islam basta con un nivel de saber que está al alcance de la mayoría de los musulmanes.

No dejes que te frenen la falta de información o la ausencia de formación religiosa especializada: lo que tú sabes es más de lo que sabía Abū Dharr al-Ghifārī cuando el Profeta ﷺ lo envió a su pueblo; y más de lo que sabía al-Tufail ibn 'Amr cuando fue enviado a su gente en los inicios del islam.

¿Sabes quiénes son los "inteligentes perezosos"? Son quienes justifican su pereza con su inteligencia. Llevan una lupa: encuentran defectos en todo esfuerzo y errores en todo intento, sin ofrecer alternativas ni esforzarse por corregir; solo buscan excusas para quedarse sentados. Debemos cuidarnos de que esa actitud se nos contagie: son desmotivadores que comercializan la inacción y la disfrazan de razones.

Ibn al-Yawzī dijo, en esencia: no he visto nada más dañino para el creyente que convivir con quien no es adecuado; el temperamento "roba". Si no los imita ni adopta sus hábitos, al menos su esfuerzo se debilita[123]. Es decir, se comparará con ellos; la vanidad lo alcanzará, se conformará con lo que tiene y su determinación por crecer se reducirá.

El camino de la invitación está lleno de caminantes; gracias a Dios, los esfuerzos son numerosos y las instituciones y centros están extendidos. Por ello, es fundamental integrarse con los trabajos existentes, beneficiarse de ellos y armonizar con ellos. El predicador no debe actuar como si fuera el primero y el único en el terreno: así se evitan duplicaciones, choques, desperdicio de energía y dispersión del trabajo. También es clave enfocarse en los espacios vacíos y adelantarse a aquello que aún no ha sido atendido.

Un hombre acudió al Profeta ﷺ y le dijo: "Estoy perdido; mi montura se ha perdido, así que provéeme de transporte". El Profeta ﷺ respondió: "No tengo". Entonces otro hombre dijo: "Mensajero de Dios, ¿quieres que le indique a quien pueda transportarlo?"[124]. El Profeta ﷺ dijo: "Quien guía hacia un bien tendrá una recompensa equivalente a la de quien lo realiza". Aquel hombre no hizo más que pronunciar una palabra de bien, y aun así se equiparó en recompensa con quien finalmente dio la montura. Del mismo modo, quien orienta hacia el bien con una palabra puede obtener la recompensa de muchas obras sucesivas.

El predicador sincero vincula su corazón solo a Dios: no invita para un partido, una secta o un grupo particular. Ama a todos los predicadores sinceros, ruega por ellos, se alegra por sus logros y defiende su honor, los conozca o no. Ama la expansión del bien, haya ocurrido por su causa o por la de

otros. No envidia a nadie por su obra, ni obstaculiza su camino, incluso si discrepa en algunos asuntos interpretativos.

El fruto de la sinceridad es purificar el corazón de impurezas. Dijo el Profeta ﷺ: "Tres cosas no permiten que el corazón de un musulmán guarde rencor: la sinceridad de la obra para Dios, el consejo leal a quienes tienen autoridad y mantenerse con la comunidad de los musulmanes; pues su súplica los rodea".[125]

El Mensajero de Dios ﷺ pasó por el mercado entrando por una zona elevada, y la gente lo rodeaba. Vio un cabrito de orejas pequeñas, muerto; lo tomó por la oreja y preguntó: "¿Quién de ustedes quisiera que esto fuera suyo por un dírham?". Dijeron: "No lo querríamos ni gratis; ¿para qué nos serviría?". Él insistió: "¿Lo querrían para ustedes?". Respondieron: "Si estuviera vivo ya sería defectuoso por ser de orejas pequeñas; ¿y estando muerto?". Entonces dijo: "Por Dios, el mundo es más despreciable ante Dios que esto para ustedes"[126]. Observa cómo el Profeta ﷺ aprovechó un paso casual por el mercado para amonestar a personas ocupadas en su vida mundana. Educar mediante la situación puede ser más elocuente y más profundo que la palabra directa. Cuántas ocasiones pasajeras atraviesan al predicador sin que las perciba; pero el líder perspicaz las convierte en oportunidades, en "evento". Y si aprovechar lo inesperado es signo de inteligencia, desperdiciar oportunidades grandes y conocidas es muestra de grave negligencia.[127]

Se cuenta que un vendedor ofrecía miel, y junto a él otro vendía vinagre. La gente se agolpaba ante el vendedor de vinagre y se alejaba del vendedor de miel. El vendedor de miel se sorprendió y preguntó el motivo. El otro respondió:

“Yo vendo vinagre con lengua de miel, y tú vendes miel con lengua de vinagre”. Así ocurre con quien hace da’wah: ofrece miel, pero debe presentarla con lengua de miel. Tienes un alimento delicioso: sírvelo en un plato bello.

Es importante que el predicador lea obras sobre la invitación al bien: su mérito, sus modales y sus reglas, pues aportan energía motivadora y claridad. También resulta útil leer historias de personas que abrazaron el islam (hay varios compendios), la biografía de Malcolm X, El camino a La Meca de Muhámmad Asad, y las biografías de predicadores influyentes, como el doctor ‘Abd al-Ra□mān al-Sumay□ —que Dios tenga misericordia de él—, entre otros.

Al final de este recorrido, me detengo contigo, hermano lector, agradeciéndote la compañía en este viaje bendito junto a la da’wah. Estoy seguro de que habrás encontrado una omisión, detectado un error, recordado una historia conmovedora o un significado importante del llamado al bien que no apareció en estas páginas. Por ello, te ruego que me hagas llegar aquello que consideres necesario corregir o lo que propongas añadir, para que seas socio en la culminación de esta obra y socio en la recompensa que esperamos por ella. El conocimiento sigue siendo un vínculo de parentesco entre quienes lo comparten.

La paz, la misericordia y las bendiciones de Dios sean con ustedes.

Abdul-Wahhab al-Turayri

Notas

1. Sahih al-Bujari (631) y Sahih Muslim (674).

2. Sahih al-Bujari (3461).

3. Sahih al-Bujari (1741).

4. Véase: Sahih al-Bujari (63), Sahih Muslim (12) y Sunan an-Nasa'i (2094).

5. Musnad Ahmad (2380).

6. Véase: Fi Dilal al-Qur'an (A la sombra del Corán), de Sayyid Qutb (pp. 2963–2964).

7. Sahih al-Bujari (2942) y Sahih Muslim (2406).

8. Musnad Ahmad (26483, 26657) y Sunan Ibn Mayah (1625).

9. Sahih al-Bujari (3340) y Sahih Muslim (194), entre otras fuentes.

10. Sahih al-Bujari (2856) y Sahih Muslim (30), entre otras.

11. Véase: Musnad Ahmad (14653).

12. Tafsir at-Tabari (12/6) y (22/620).

13. Sahih al-Bujari (1275).

14. Sahih al-Bujari (1275).

15. Sahih al-Bujari (3231).

16. Sahih al-Bujari (2937) y Sahih Muslim (2524).

17. Véase: Sunan Ibn Mayah (154), Yami' at-Tirmidhi (3790) y 'Ilal ad-Daraqutni (2676).

18. Publicado por el shéij Muhammad al-Astal.

19. Musnad Ahmad (18958) y Sahih Ibn Juzaimah (1778). "Musharriq Zaqif" era su mercado. Véase: An-Nihayah, de Ibn al-Azir (2/464).

20. Véase: Sahih al-Bujari (2940).

21. Yami' at-Tirmidhi (1937).

22. Sahih al-Bujari (3038) y Sahih Muslim (1733).

23. Sunan Abi Dawud (1522) y Sunan an-Nasa'i (1303).

24. Musnad Ahmad (17849) y Sahih Muslim (2702).

25. Yami' al-Bayan, de at-Tabari (23/416).

26. Musnad Ahmad (15794) y Yami' at-Tirmidhi (2376).

27. Hilyat al-Awliya', de Abu Nu'aym (7/39).

28. Comentario del hadiz "No son dos lobos hambrientos...", de Ibn Rayab al-Hanbali (p. 20).

29. Hilyat al-Awliya', de Abu Nu'aym (3/70).

30. Musnad Ahmad (21224).

31. Sahih al-Bujari (6449) y Sahih Muslim (2986).

32. Sahih Muslim (223). Resumen tomado de Los cuarenta hadices para la prédica, del shéij Ahmad as-Suwayyan.

33. Musnad Ahmad (16023) y Sirah Ibn Hisham (1/423).

34. Sahih al-Bujari (2092, 5420, 5435) y Sahih Muslim (2041).

35. Sahih Muslim (2664).

36. Sahih Muslim (149).

37. Véase: Musnad Ahmad (22211), Al-Mu'yam al-Kabir de at-Tabarani (8/162), Musnad ash-Shamiyyin (2/139, 373), Sunan al-Bayhaqi (9/45) y Shu'ab al-Iman (5032).

38. Sunan Ibn Mayah (42), Sunan Abi Dawud (4607) y Yami' at-Tirmidhi (2676).

39. Véase: Musnad Ahmad (7361), Sahih al-Bujari (462, 4372), Sahih Muslim (1764), Comentario de an-Nawawi sobre Sahih Muslim (12/87), Fath al-Bari (8/87) y Al-Isabah (1/410; 3/581).

40. Sirah Ibn Hisham (2/580), Al-Ahadiz at-Tiwal de at-Tabarani (1) y Dala'il an-Nubuwwah de al-Bayhaqi (5/343).

41. Sunan Ibn Mayah (3251) y Sunan at-Tirmidhi (2485).

42. At-Tawhid, de Ibn Juzaimah (1/277). El hadiz original se encuentra en Sunan at-Tirmidhi (3483).

43. Sahih al-Bujari (7372) y Sahih Muslim (19).

44. Véase: Sahih al-Bujari (4854) y Sunan Abi Dawud (811).

45. Sahih al-Bujari (6116).

46. Sahih Muslim (38).

47. Sahih al-Bujari (12) y Sahih Muslim (39).

48. Sahih al-Bujari (26) y Sahih Muslim (83).

49. Fath al-Bari, de Ibn Hayar (1/121).

50. Véase: Fi Dilal al-Qur'an (A la sombra del Corán), de Sayyid Qutb (p. 2022).

51. Rawa'i' min Adab ad-Da'wah (Maravillas de la literatura de la prédica), de Abu al-Hasan an-Nadwi (pp. 11–18).

52. Musnad Ahmad (10677) y Sahih al-Bujari (6463).

53. Al-Muwafaqat, de ash-Shatibi (2/344).

54. Maymu' al-Fatawa, de Ibn Taimiiah (10/512; 20/54).

55. Sahih al-Bujari (1356) y Sunan Abi Dawud (3095).

56. Yami' at-Tirmidhi (1987), quien señaló: "Este es un hadiz hasan sahih (bueno y auténtico)".

57. Musnad Ahmad (13209).

58. Sahih Muslim (1017).

59. Sahih al-Bujari (50) y Sahih Muslim (8).

60. Véase: Sahih al-Bujari (3861) y Sahih Muslim (2473).

61. El asombro de los Compañeros: sus corazones y lo más profundo de su interior.

62. Sahih al-Bujari (220).

63. Tarij at-Tabari (3/520).

64. Sahih al-Bujari (4230) y Sahih Muslim (2503).

65. Sahih al-Bujari (1395) y Sahih Muslim (19).

66. Sahih al-Bujari (6008) y Sahih Muslim (674).

67. Sahih al-Bujari (4993).

68. Sahih al-Bujari (4341) y Sahih Muslim (1733).

69. Sahih Muslim (2750).

70. Al-Muwafaqat, de ash-Shatibi (5/326).

71. Al-Ihkam fi Tamiz al-Fatawa 'an al-Ahkam, de al-Qarafi (p. 232).

72. Lawami' ad-Durar fi Hatk Astar al-Mujtasar, de al-Maylisi (1/71).

73. Sahih Muslim (2162).

74. Sunan Abi Dawud (547) y Sunan an-Nasa'i (847).

75. Véase: Sahih al-Bujari (2753, 4771) y Sahih Muslim (206). La expresión "Sa'abl-luha bi balaliha" significa: "Mantendré con ustedes los lazos en esta vida, pero no podré protegerlos de nada ante Dios". Véase: An-Nihayah, de Ibn al-Azir (1/153).

76. Sunan Ibn Mayah (1977) y Sunan at-Tirmidhi (3895).

77. Sahih al-Bujari (3884) y Sahih Muslim (24).

78. Véase: Sahih al-Bujari (1127, 7347) y Sahih Muslim (775).

79. Sahih al-Bujari (2024) y Sahih Muslim (1174).

80. Sahih al-Bujari (5361) y Sahih Muslim (2727).

81. Sunan Abi Dawud (1425).

82. As-Sunan al-Kubra, de an-Nasa'i (9131), y Al-Mustadrak, de al-Hakim (8526).

83. Véase: Bayna al-Fallahin wa al-Mallahin (Entre campesinos y marineros), de Muhammad Fikri Tamam.

84. Sahih al-Bujari (4770) y Sahih Muslim (208).

85. Bayna al-Fallahin wa al-Mallahin, de Muhammad Fikri Tamam (pp. 503–504).

86. Sahih al-Bujari (6069) y Sahih Muslim (2990).

87. Musnad ad-Darimi (2769) y Sunan Ibn Mayah (4251).

88. Sahih Muslim (2675).

89. Sahih Muslim (2687).

90. Yami‘ at-Tirmidhi (3175).

91. ‘Ilal ad-Daraqutni (2216).

92. Véase: At-Tamhid, de Ibn ‘Abd al-Barr (2/70).

93. Husn ad-Dann billah (Tener buena opinión de Dios), de Ibn Abi ad-Dunya (p. 92), y Lata’if al-Ma‘arif, de Ibn Rayab al-Hanbali (p. 287).

94. Sunan Ibn Mayah (1347) y Sunan Abi Dawud (1390).

95. Sahih Muslim (746).

96. Sahih al-Bujari (1147).

97. De una conferencia de nuestro shéij, el Dr. ‘Abd al-Karim Bakkar.

98. Sahih Muslim (2818).

99. Musnad Ahmad (13052).

100. Sahih al-Bujari (6465) y Sahih Muslim (2818).

101. Sahih al-Bujari (6463).

102. Sahih Muslim (2807) y Sunan Ibn Mayah (4321).

103. Sahih Muslim (2749).

104. Musnad Ahmad (17827).

105. Sahih Muslim (2765).

106. Musnad Ahmad (21472) y Sunan at-Tirmidhi (3540).

107. Sahih al-Bujari (7454) y Sahih Muslim (2643).

108. Sahih al-Bujari (2898) y Sahih Muslim (112).

109. Yami‘ at-Tirmidhi (2516).

110. Sahih al-Bujari (68) y Sahih Muslim (2821).

111. Sunan Ibn Mayah (42), Sunan Abi Dawud (4607) y Yami‘ at-Tirmidhi (2676).

112. Sahih al-Bujari (3461).

113. Sahih al-Bujari (1741).

114. Al-Adab al-Mufrad, de al-Bujari (111).

115. Manaqib ash-Shafi‘i, de al-Bayhaqi (1/173).

116. De una conferencia de nuestro hermano, el shéij Hayyan al-Yafi‘i.

117. Sunan Ibn Mayah (4032) y Yami‘ at-Tirmidhi (2507).

118. Sahih al-Bujari (6024) y Sahih Muslim (2165).

119. Tabaqat Ibn Sa‘d (7/394).

120. Tabaqat Ibn Sa‘d (4/252).

121. Sahih al-Bujari (1121) y Sahih Muslim (2479).

122. Sahih Muslim (18).

123. Sayd al-Jatir, de Ibn al-Yawzi (p. 411). Véase también: Al-Arba‘un ad-Da‘awiyyah, del shéij Ahmad as-Suwayyan.

124. Sahih Muslim (1893).

125. Musnad Ahmad (13350) y Sunan Ibn Mayah (231). Véase también: Al-Arba‘un ad-Da‘awiyyah, del shéij Ahmad as-Suwayyan (p. 61).

126. Sahih Muslim (2957).

127. Véase: Al-Arba‘un ad-Da‘awiyyah, del shéij Ahmad as-Suwayyan.

Índice

Introducción 2

Capítulo I · La Da'wah 4

La divulgación o prédica 5

La universalidad del mensaje 6

La responsabilidad frente al Islam 9

Un hombre que vino desde el extremo de la ciudad 12

Mejor para ti que los camellos rojos 16

La vida es da'wa y la da'wa es vida 18

Un predicador en las profundidades de la prisión 21

Un hijo creyente y un padre incrédulo 26

El alcance del impacto del predicador 28

Un objetivo que guía todos los objetivos 30

Capítulo II · El da'i 33

No cosechar el fruto antes de su madurez 34

El predicador y el desarrollo del conocimiento 37

La respuesta tiene sus etapas 40

No te dejes arrastrar por el pasado ni mires hacia atrás 42

La instigación del demonio 44

La purificación interior 47

No des esperando recibir más a cambio 50

Un predicador con iniciativa 54

Capítulo III · Métodos de da'wah 56

Asumir la religión con orgullo y fortaleza 57

Fuerza de impacto y rapidez de expansión 59

¿Cómo debemos invitar a la gente? 61

Exhortación sabia y mejor debate 65

La da'wah a través del ejemplo 69

Comenzar desde el punto de acuerdo 73

La guía a través del Corán 76

La da'wah con sabiduría 79

La da'wah: emoción y compromiso 82

El buen carácter como forma de da'wah 84

Rectificar la distorsión y contener la provocación 87

Presentar los fundamentos del islam 89

El fruto es mayor que la semilla 92

Capítulo IV · El predicador emigrante 94

Valorar espiritualmente la experiencia de la migración 95

La intención de la emigración y del 98

alejamiento de la patria 99

La migración y sus pruebas 101

Comenzar por los fundamentos 104

Las opiniones jurídicas (fatwa) en contextos de minorías . . . 109

La construcción de la comunidad musulmana 112

Capítulo V · La comunidad de la da'wah 114

Los más cercanos 115

Los ídolos de las ilusiones 120

Los neutrales: el espacio más amplio 123

La da'wah y los medios de comunicación 125

La da'wah y el trabajo institucional 128

Capítulo VI · La corrección del discurso religioso 130

Predicadores que solo cuentan cuentos e historias 131

Aplicar a los creyentes versículos dirigidos a los incrédulos . . 134

Sembrar dudas sobre la aceptación de las obras 136

La prédica con relatos extraños 140

Acelerar la recompensa y el castigo 143

Estrechar la puerta del arrepentimiento 146

Exagerar el temor al mal final 148

Nuestra necesidad de una exhortación equilibrada 150

Conclusiones 152

Notas 168

Guiar con conocimiento

Metodología y orientación para los que invitan al Islam

Tuve la dicha de visitar centros islámicos en tierras donde se difunde el Islam y adonde han emigrado quienes lo predican. Su dedicación y sus logros me llenaron de admiración y alegría.

Cada vez que me reunía con ellos, sentía que renovaba mi ánimo y cobraba fuerzas. Muchos de estos hermanos son un ejemplo de entrega, de dedicación al trabajo y de alegría por lo que consiguen.

En el entusiasmo de aquellos encuentros compartí con ellos algunas reflexiones y aprendí de lo que me contaron. Decidí reunirlo en estas breves páginas para que sirvan de recordatorio y de consejo mutuo, para reafirmar lo dicho y recordar lo que quedó por decir. Espero que los hermanos que las lean me hagan llegar sus observaciones, ya sea para añadir algo o señalar alguna omisión. Pido a Dios que nos cuente entre quienes cooperan en el bien y la piedad y se exhortan mutuamente a la verdad y a la paciencia.

Abdul-Wahhab al-Turayri

